

Cañas y bueyes

FRANCISCO MOSCOSO PUELLO

Novela

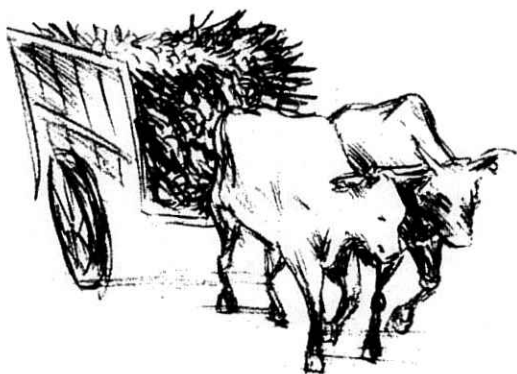
abc editorial

Cañas y bueyes





Cañas y bueyes





Santo Domingo • República Dominicana

Teléfono: (809) 537-2544 • e-mail: libros@mail.com

Primera edición: Santo Domingo, Editorial *La Nación*. 1935 [?], 420 páginas

Cañas y bueyes © 2004

Edición reducida

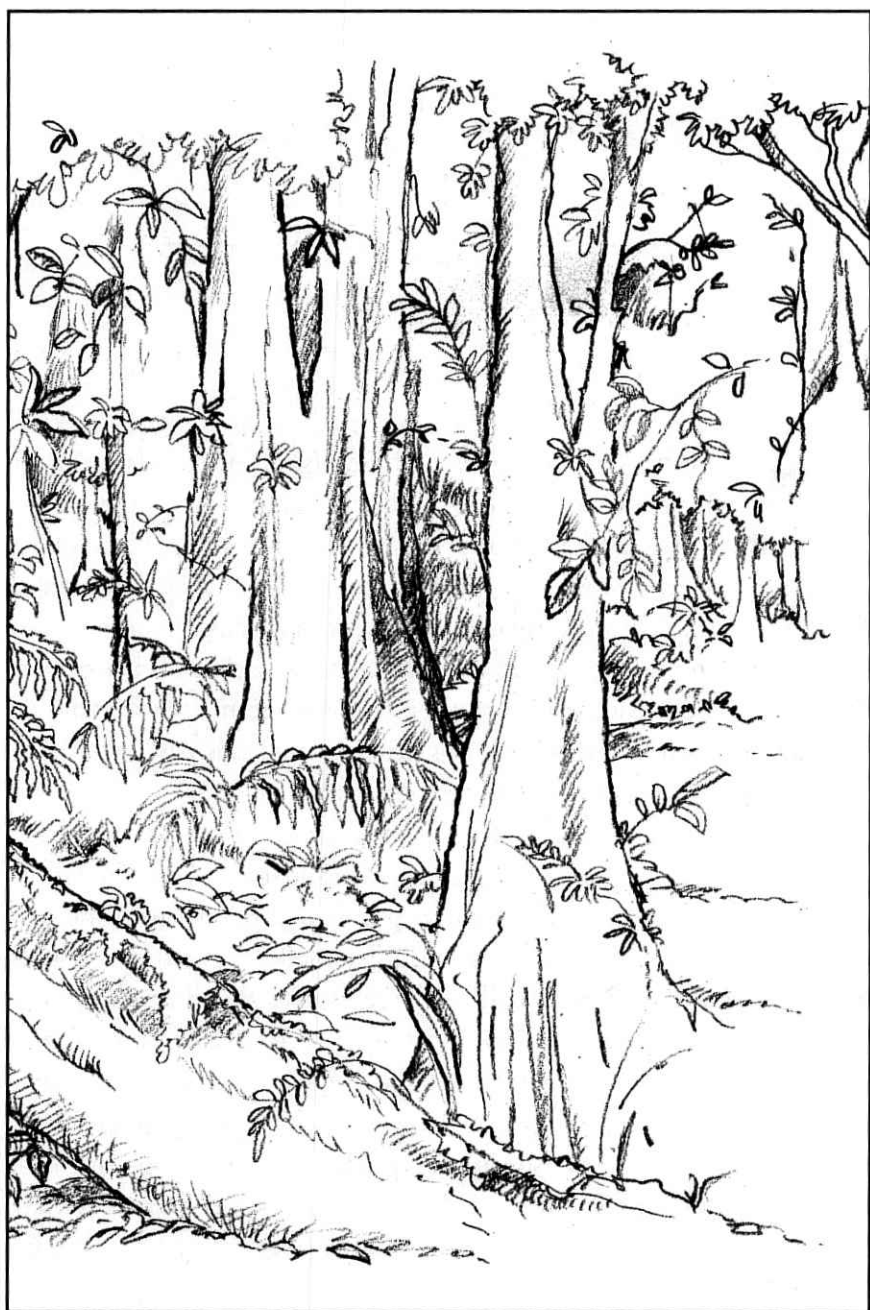
Pintura de portada de Guillo Pérez. Dibujos interiores de Cristian Hernández

1

Al norte de la provincia de Macorís, un poco más arriba de sus límites políticos, cruzaba un camino cuyo nombre no es del caso recordar y por donde, sin duda, anduvo hace siglos, lleno de las mejores esperanzas, fundando ciudades, don Juan de Esquivel. Era una antiquísima trocha que se mantenía abierta porque los vecinos le repicaban por temporadas. Sobre el suelo de esta trocha se marcaban varios trillos caprichosos bordados de grama. Comprendido este camino entre dos ríos, unía dos de sus numerosos pasos y cruzaba por un bajo cubierto por un monte centenario.

Cuando el viajero lo alcanzaba a-ver respiraba. Ya se protegería del sol, encontraría agua fresca en algunos de sus hoyos o en sus manantiales, que brotaban debajo de una roca pulida o al pie de un tronco. Ya podría desmontarse y hacer su parada allí, para descansar o para comer, abrir la alforja o para que el caballo se refrescara. Cuando se divisaba, ya se había recorrido la mitad de la distancia entre dos comunes importantes y se llegaba a él con alegría. Cuando se dejaba a la espalda, a poco se podían escuchar las campanas de la iglesia del otro pueblo vecino.

Era este un monte denso, tupido, poblado de numerosos palos de calidad. Lo constituían una variedad de troncos de diferentes dimensiones, rectos, inclinados, con curvas variadas, de corteza lisa o rugosa,



blanda o dura, agrupados caprichosamente. Se levantaban como columnas. Se cubrían los unos a los otros de modo que no podían verse todos al mismo tiempo. A diferentes alturas, se desprendía de estos troncos una innumerable cantidad de ramas vigorosas, que se entrelazaban desordenadamente para sostener el follaje, a través de cuyos espacios se colaba la luz del sol o las gotas de lluvia.

Cerca ya, se podían distinguir sus árboles. Casi todos palos de calidad. Cayas, ciguas, quiebrahacha, cabilma, capá. Podía distinguirse una gran variedad de colores y tintes sobre el verde del fondo. Verde pálido de retoños, casi blanco, verde negruzco, verde amarillento y, aquí y allí, las hojas plateadas de los yagrumos, las hojas rojizas de los caimitos, las hojas grises de las caobas y los diferentes matices de las yayas, de las ceibas, de los espinillos.

Dentro de este monte se escuchaba el canto de una infinidad de pájaros, desde el colibrí hasta la paloma silvestre y las cotorras y los pericos que llegaban de las lomas próximas. Todo el día rasgando el aire, revoloteando entre el follaje, persiguiendo a los insectos que vivían allí dentro.

Al entrar a este monte, las pisadas de las bestias no se sentían a causa de la cantidad de hojas secas y de hojas podridas que cubrían la tierra como una alfombra. La temperatura se mostraba agradable en su interior y el canto de los pájaros y el ruido de los insectos producían la impresión de que se entonaba bajo esa bóveda de hojas un himno extraño.

El aspecto de este monte era imponente. Con frecuencia se sentían en él cruzar cerdos salvajes y se veían, aquí y allí, los dormideros de estos al pie de los troncos. La tierra aparecía limpia en estos dormideros, pulida y excavada. Cuando soplaba la brisa se producía en este monte un ruido agradable de mar embravecido. Varias horas se empleaban en cruzarlo. Las monturas debían ir al paso, porque no había caminos y el jinete tenía que ser dirigido por un verdadero práctico. Se caminaba

observando los árboles, observando los caminitos de los cerdos o los rastros de las reses que conducían a las salidas, a las aguadas, a los sitios en que goteaban las frutas o las hojas que les servían de alimento. Daba trabajo cruzarlo por las muchas ramas que podían herirnos o producirnos golpes. Era necesario doblarse sobre las monturas muchas veces para evitar esto.

Sitios había en el corazón de este monte en que era necesario dejar las bestias y continuar a pie.

Durante la época de lluvia había que atravesarlo muy temprano, porque en la tarde las nubes se resolvían en agua encima de las copas de sus árboles. Casi todas las tardes llovía sobre ese camino. Se veía tempranito un humo que se desprendía de las hojas secas, acumuladas al pie de los troncos como un colchón. Un olor de madera podrida, mezclado con el perfume de sus flores silvestres, se respiraba en él.

Si arreciaba el agua al cruzar por el camino había que seguir. Colábase esta por entre las hojas, produciendo un ruido sordo, agudo, fuerte, como si llovieran piedras o arena. Dentro del monte persistía largo tiempo la lluvia, después de haber cesado fuera, porque las gotas que habían quedado en equilibrio sobre el hojérfo iban resbalando a medida que el viento aumentaba y continuaba de este modo la lluvia. “El que pasa agua debajo de un monte se moja dos veces”, dicen en el campo. Al cesar la lluvia corría el agua precipitadamente por los declives para los bajos, se formaban caños y hasta arroyitos, cuyo ruido se oía desde lejos. Estas aguas iban reuniéndose en cauces cada vez mayores hasta alcanzar los hoyos del camino para formar lagunas de agua sucia, enrojecida, que permanecían semanas y semanas sin secarse o llegaban hasta los ríos próximos, deslizándose por sus vertientes como minúsculas cataratas.

Pero en verano, después de atravesar la sabana, donde el sol se sentía sobre la cabeza, sobre la espalda, sobre las manos, sobre la silla de montar, cuando habíamos sudado un poco y teníamos la ropa empapada, el

cuello húmedo, las manos pegajosas, al entrar a este monte sentíamos un fresco agradable, un deseo de detenernos para gozar de la brisa fría que nos envolvía. El sol no calienta el aire de los montes. Cuando lo cruzábamos nos parecía que habíamos descansado y salíamos de él con más ánimo para seguir la ruta. El piso estaba seco. Las hojas no se podrían tan pronto. Había más aves entre el follaje.

Cuando se ha nacido a la vera de un monte no se puede vivir sin él. El monte es como una nodriza. Nos provee de alimentos. Nos da la madera para el fundo, nos da la leña, cría nuestros animales, protege el agua que bebemos, atrae la lluvia, modera el calor. Nos regala la sombra para protegernos del sol. Detrás o enfrente del bohío lo vemos todo el día. Escuchamos sus ruidos. Lo observamos para ver si sus hojas se mueven o están quietas.

Hace años que la caña de azúcar reemplazó este monte y borró aquel camino. Desde entonces, sólo se ven por allí innumerables campos de cañas, alguna que otra ceiba, tres o cuatro bateyes y en los sitios por donde cruzaba el camino, espacios claros cubiertos de pajón, pequeñas manchas de grama dulce, mucho barro y tierra oscura.

La caña que llegó primero a la orilla de aquel camino fue la de la colonia Inocencia, de don Marcial Martínez.

En el centro de esa colonia se levantó un batey. Una calle de bohíos, media docena de casitas de zinc, una bodega, cuatro barracones y un molino de viento. Don Marcial Martínez, que fomentó su colonia donde se encontraba el monte de Las Malas Mujeres, fue el primero que trancó un pedazo de ese viejo camino y dejó uno nuevo, lleno de peligros, que se cubre de baches en la época de las lluvias y es menos derecho que el antiguo.

Cuando las hachas abatieron aquel monte y el fuego lo redujo a carbones y cenizas, los moradores de las secciones vecinas pusieron el grito en el cielo. Una protesta, un clamor, se extendió por aquellos parajes, en donde flotaba, como una niebla, la indignación de centenares

de campesinos, que perdieron para siempre su ambiente, su tradición y sus fortunas.

Esa indignación no tuvo límites cuando se les notificó, a la vez, que ellos no tenían nada allí y se les desalojó violentamente y tuvieron que dejar sus cercados, sus conucos y sus fundos. Azorados, presos de dolor y de espanto al mismo tiempo, cruzaban los caminos silenciosos, resignados con su suerte, como si una fuerza sobrenatural los empujara. No faltaron, sin embargo, quienes alzaron su voz.

—¡Una cosa nunca vista! —decía el viejo Pancho, mordiéndose los labios—. Esas colonias acabarán con el prójimo.

¡Cómo no lo iba a decir! Acababa de ver cientos de matas de plátanos arrancadas. Vasos de potreros abiertos y vio las palmas que había sembrado Juan José trozadas rodando por el suelo. Venía por el camino sufriendo y no sabe cómo no se le saltaron los ojos de ver tanto destrozo en un momento, como si una maldición hubiera caído sobre aquel lugar.

Para los moradores de esos sitios, desde que se fomentó la Inocencia y las otras colonias que le siguieron a poco, todo lo bueno que por allí había se acabó. Hubo que sacar la crianza, llevársela a las lomas, entregarla en manos de amigos y hasta de simples conocidos, a la media, o al tercio, según se conviniera. Las rabizas padecieron mucho por los robos, por la pérdida de sus sitios, porque muchos animales se extraviaron, se desgarraron, por habérseles quitado sus comederos. Se secaron los hoyos donde *josaban*. Tumbaron entonces los palmares y todos los árboles de frutas que les engordaban tanto desaparecieron también.

Apenas hay hoy donde cortar una vara, coger una yagua, procurarse anón para las sogas. Desde entonces no se puede criar sin cerca, ni vivir sin la preocupación de los dichosos portillos, para evitar que los animales se vayan para la finca y vengán multas o los apresen, como sucede con frecuencia. ¡Fue una calamidad sin nombre!

Por todas partes sólo se ven ahora cañas o retoños, alambres de púas. Carretas y bueyes. Han aumentado los robos y los caminos están llenos de gentes desconocidas que no tienen un maíz que asar.

—¡Una desgracia grande! —decía la vieja Juliana moviendo la cabeza—. ¡Un verdadero castigo!

¡Y cómo no iba a serlo! Si le contaban tantas historias. ¡Más vale que no las hubiera sabido nunca! ¡Si no fuera porque las presencié su compadre, cuándo iba ella a creerlas! A ser verdad lo de Josefa y lo del vale Hilario, qué otra cosa podía decir sino que se trataba de un castigo.

El vale Hilario fue desalojado de sus trabajos a viva fuerza y a Josefa le abrieron el conuco para que los animales se metieran dentro. Las vacas acabaron con el platanar y no quedó rabiza de batata que los puercos no sacaran.

Había que preparar las tierras cuanto antes para sembrar la caña. Y los peones se ayudaron con los animales para dejar limpio el terreno. Con los picos, con las mochas y con el fuego se iban agrandando las colonias de la finca. Todo quedó abierto. Los conucos, los potreros. Se arrancó la yerba y todo quedó liso como el camino, mientras los fundos parecían estar dentro de una sabana. Por todas partes golpes de hachas, estallidos de candela y humo que hacía llorar los ojos y a veces cortaba el resuello. ¡Una devastación!

—Pa que no hable habría que trozarme la lengua —repetía indignado Evaristo.

Un mayordomo le advirtió a Evaristo, el de Las Cañas, que se callara, que no le convenía hablar tanto de la finca, porque lo podía pasar mal. ¡Y qué más mal podía pasarle a Evaristo ya, si hacía días *sí* que andaba detrás de una vaca jorra que por causa de la finca se le había perdido!

—¿Monte? Hay que dir a *Los Haitises* —dice Medardo con frecuencia—. Dentrarse por las lomas. Lo que es po aquí no *queará* ni con que parar un bohío ni componer una cerca.

Porque desde cualquier sitio se alcanza a ver ahora el cielo limpio, sin que lo manche una sola copa de árbol ni lo cruce ningún pájaro. Es una claridad que corta la vista. Todo de un solo verde que cansa, que fatiga. Y un calor que no se puede soportar. El sol le derrite al cristiano los sesos. No se puede dar la menor salida sin tener que cubrirse la cabeza, para evitar un tabardillo.

—Pero, ¿y los víveres? ¿Dónde vamos a descosechar los víveres? —se preguntaban muchos.

Las mejores tierras las habían perdido. El bajo del arroyo, la cuchilla de la cañada Prieta. ¿Dónde harían ahora conucos? ¿Cómo traerían los frutos si tenían que ir a fundar a las lomas, con tanto camino malo y sin bestias suficientes? Por allá dentro se darán rabizas y las siembras se volverán tabucos, porque la distancia impedirá ir a menudo para mantenerlos limpios. ¿Dónde vamos a trabajar conucos?

—¿Dónde? —repetía José Lelo, encogiéndose de hombros—. ¡Donde no estorben! ¡Donde se *puea*!

Las colonias se multiplicaron con asombrosa rapidez. Todas las tierras apropiadas fueron puestas en estado de cultivo. Por allí no quedó alambre que no fuera de la finca. La Inocencia, la Elisa, la Esperanza, Doña Ana, Juana Lorenza, ocuparon toda la faja de tierra que comprendía los ríos. Sobre las cabezas el azul del cielo y abajo el verde uniforme de los retoños, reemplazó a la variedad de tonos del monte y de los conucos. Apenas queda alguna que otra ceiba a medio trozar o seca, con las ramas pobladas de pequeños pájaros que apenas se escuchan al pasar. Los cañaverales se multiplicaron y ahora había que dar innumerables vueltas para cruzar de una sección a otra y para salir a la sabana.

Las Malas Mujeres, Tavila, Palmo Espino, Doña Ana, sólo existían de nombre. La inmensa cantidad de maderas que allí se encontraban se convirtió en cenizas. Muchas noches permaneció el cielo enrojecido y tan altas fueron las llamas que allí se vieron, que desde la subida del Higuamo parecía que el cielo era un mar de sangre.

Añoran la tremenda bejuquera de ese monte que sin machete no se podía franquear, cruzado sólo por rastros de vacas y bestias y en cuyo centro Eulogio, como un perdido explorador, les daba posada, les ofrecía en qué dormir, porque era con los primeros claros del día o en las últimas horas de la tarde, con la fresca, cuando podían montear, evitando fatigas, vaqueros y perros, y sorprender los ganados al levantarse o al recogerse entretenidos en rumiar por lo alto las hojas del monte, que es fama que dan mejor carne que los pajonales sabaneros.

Los muchachos escuchaban estas historias como si fueran fantásticas, atentos, silenciosos, pendientes de los labios de Fausto o de cualquier peón que las hiciera. Les parecía imposible que eso hubiera pasado en el sitio en que se encontraban las nuevas colonias, tan claras, tan limpias, donde se veía tanta caña, donde se encontraban esos bateyes que parecían pueblos.

—Por el número 15 —decía uno—, había un tronco de caobán que dos hombres no lo abarcaban. En ese lugar tuvo peleando *Teniente* con un toro josco más bravo que el de la Piedra. ¡Fue un pleito sin comparación! Tuvimos que dejarlo.

—Y donde está la casa de don Marcial —decía otro—, maté yo un puerco cimarrón con una navaja así. —Y ponía el índice de la mano derecha sobre la muñeca de la mano izquierda, para dar una idea aproximada del tamaño del colmillo.

—¡Ofrézcome! —exclamaban todos.

El viejo Gollo Brito, apretando su andullo en el cachimbo, murmuraba:

—Pa lo que quea, más valiera que arrasaran con tó. Y con nosotros también.

Por todas estas calamidades y otras más que proporcionó, es por lo cual, aun todavía, los campesinos del lugar miran a don Marcial con mal disimulada ojeriza.

Todo este mal fue la obra de la finca y de don Marcial, que sembró la primera caña.

Y por eso es que Manuel, al oír las pisadas de una bestia y ver una cara extraña, exclama en tono despectivo:

—¡Ese será un finquero! Po aquí no andan otras gentes.

Y los trataba así, por rencor y porque sabía que se creían muy grandes. Como trabajaban a los blancos ya se consideraban más gente que los otros. Y ponía por prueba a Candelario, que después que usaba zapatos de la bodega no era con él como antes.

Al pasar por los carriles algunos campesinos miran su desgracia en esos extensos campos de cañas tan hermosas, en esos bateyes llenos de tanta gente mala, entre las cuales muchos no parecen cristianos.

Es verdad que ahora se consiguen cosas de la bodega y se puede vender algo en los bateyes, pero con tanta dificultad que preferible sería vivir como *de antes*. ¡Tantas leyes nuevas se han sacado!

Pero lo peor de todo, lo más triste, es que don Marcial encontró quienes lo defendieran. Gentes que lo alabaron y encontraron bueno todo lo que estaba haciendo en perjuicio de los *probes campesinos*.

Estos amigos de don Marcial y de la caña eran muchos, por desgracia.

A uno de ellos fue a quien el viejo Pablo oyó decir una vez en la bodega en tono jactancioso:

—¡Desengáñese compadre! ¡El monte es para los pájaros!

¡Para los pájaros! ¡Para los pájaros tanto caobán que no lo abarcaba un hombre, tanta caya, todos esos árboles de madera tan dura y que tenían tantos años, que nadie en el lugar se acuerda haberlos visto de otra manera que como estaban ya de grandes! ¡Ese monte tan fresco, ese sombrío con tantas aguadas! ¡Con qué dificultad se van a hacer ahora los fundos! ¡Dónde se va a *acotejar* el hombre de trabajo?

Estos amigos de la caña, sin duda, han mejorado después que llegó allí don Marcial. Muchos han conseguido monturas y mujeres y hasta han fundado. Gautier Mojica, Chéncho, Murciélagó, que nunca quiso hacer conucos, se sienten bien. Hay ahora sueldos. Quincenas. *Mani-jan plata*.

—Todo eso debía ser caña —siguen diciendo cada vez que ven alguna que otra punta de monte—. El monte no da producto. ¿Cuándo?

—¡Yo tumbo con gusto, compadre! —le oyó decir el mismo viejo Pablo a un *correo de a pie* en la bodega—. Alzo caña, cojo una carreta, cualquier cosa, pero los víveres, ¡que los siembren otros más brutos que yo! Eso no deja. Lo tengo exprimentao. Por mi parte no habría conucos.

—¡Jesús! Estos hombres no tienen *conciencia* —exclamó la vieja Juliana cuando se lo contaron.

Una tarde esta misma vieja Juliana preguntó a Gollo Brito, el de la Lima:

—¿Y de ónde ha venido don Marcial?

—¡Hombre, yo no sé! Pero él no es de estos *laos*.

Muy pocos sabían en La Inocencia que don Marcial era de Santo Domingo. Nació en la Capital. Una noche, cuando apenas le apuntaba el bozo, a bordo de un balandro, se trasladó a Macorís. Don Marcial deseaba trabajar. Una vez en Macorís, ¿qué podía hacer don Marcial? Dedicarse al comercio o ser colono.

Tuvo un empleo en una casa de comercio importante. Y un día lo mandó su jefe a hacerse cargo de una bodega en Quisqueya. Allí fue donde se apasionó y le cobró amor a la caña. Más tarde, con sus economías, compró unas tierras que retuvo mucho tiempo. Cuando se deshizo de ellas fue para comprar otras y fomentar La Inocencia. Esto era lo único que sabía Chencho el mayordomo.

Pero un día Chencho quedó mejor informado. Don Antonio se sintió ofendido. Supo que don Marcial lo había murmurado con Abelardo. No fue gran cosa lo que dijo, pero no debió decirlo. Y desde ese momento don Antonio le pagó con la misma moneda. Abelardo le suplicó que guardara reserva y no se diera por entendido. Por eso, por proteger al ajustero fue por lo que no hizo una averiguación. ¿Dudar de su honradez? Si ese era el único capital que él tenía.

Este enojo de don Antonio dio lugar a que un día este le dijera a Chencho:

—Aquí nadie puede hablar. El que más y el que menos tienen sus trapos sucios.

—Pero yo estaba engañado —respondió el mayordomo—. Yo le tenía por muy honrado.

—Pues estabas equivocado. Yo porque no hablo. Ni quiero que lo repitas tampoco. Eso pasó hace mucho tiempo. Ya casi se ha olvidado. Pero de que fue así, no tengas duda.

—¡Parece mentira!

Don Antonio le contó casi todo lo que él sabía. Se lo dijo un comerciante muy serio de Macorís. Se reservaba el nombre. Dio malas cuentas en Quisqueya. Casi quebró la bodega. Compró tierras, compró casas y todo eso lo puso a nombre de otra persona. No lo procesaron porque lo salvó un abogado. Fue un desastre.

Chencho se quedó asombrado. Don Antonio agregó:

—Pero no repitas eso. Que se quede entre tú y yo. Te lo he dicho porque me ha dado soberbia que se pusiera a hablar de mí en estos términos. Sin tener razón.

Don Marcial gozaba, sin embargo, de muy buena reputación. Todos en la colonia lo consideraban recto y honrado. Y para los campesinos y para sus peones un colono muy importante.

—Lo que yo sé es que como cañas tiene —decía Gollo—. ¡Eso es una barbaridad!

—Debe tener buen resto —afirmó Juliana.

—¡Tomaríalo yo! ¡Ese es rico y rico!

Pero en la apreciación de la fortuna Gollo se había equivocado. ¿Rico, don Marcial? Así creían también los peones y un día el mismo don Marcial oyó de paso que lo murmuraban.

—¡Si don Marcial aflojara!...

—¡Es un hombre muy agarrao!

—¡Duro como una piedra!

Iba sobre su caballo para el corte y no pudo menos que sonreír al oír una de estas expresiones.

¡Las cosas de la vida! Sus trabajadores no podían conocer su verdadera situación. ¿Rico? Debía serlo. ¡Pudo haberlo sido! Y si la cantidad de trabajo midiera la fortuna, si el trabajo honrado fuera el medio de adquirir riquezas, don Marcial tendría que contarse entre los ricos. Desgraciadamente para él, no es trabajando que se logra la fortuna.

¿Rico? A menudo don Marcial pensaba en las circunstancias que lo determinaron a fomentar esa colonia.

Las tierras ocupadas por La Inocencia se conocían por el sitio de Las Malas Mujeres.

En Las Malas Mujeres, sitio muy nombrado, quedó fuera de las compras de la Compañía la parte que ocupaba La Inocencia. Era esta una especie de bejuquera muy estratégica, difícil de explorar y por donde no había trillos, ni transitaban los moradores de las secciones de la sabana. En esos terrenos había vacas cimarronas y era difícil el monte. Allí estaba sitiado el ganado de don José Contreras, que se vio obligado a tomar esos terrenos por la circunstancia de que en ellos tenía la mayor parte de su crianza del monte. Cuando hicieron la mensura del sitio, que comprendía muy buenas tierras, llanas y fértiles y con innumerables aguadas, él expresó el deseo de que le midieran allí sus títulos y desde entonces una gran área de tierra se había respetado como de su exclusiva propiedad.

José Contreras nació rico. Sus padres fueron propietarios de grandes puntas de ganados y extensas propiedades en diferentes sitios. Las principales tierras que poseía las había heredado. Compró después algunas con el propósito de asegurar pasto a sus ganados, entre ellas el pedazo de Las Malas Mujeres.

Durante su juventud se ocupó de la crianza de ganados. Era considerado como un campesino acomodado. Al pasar por ciertos lugares los ganados no mostraban otra estampa que la de él, constituida

por una figura extraña que recordaba una de las letras del alfabeto griego.

La casa de sus padres era un antiquísimo fundo situado al pie de una cuchilla de monte. El sitio se conocía por La Ceibita. Allí había un viejo corral, donde se trabajaban las reses, dividido en corral grande y corral pequeño. En este último se hacía el ordeño. Hubo un tiempo en que la familia se ocupó en la fabricación de quesos criollos. En la sala del bohío podía verse, sujeta por dos sogas torcidas en la casa, una tabla ancha sobre la cual se ponían a secar los quesos en sus *sunchos* de yaguas. No faltaba allí también la buena longaniza, como tampoco en la tasajera, situada del lado del patio, un par de cecinas, hechas por Cundo, un negro fuerte y alto que hacía las funciones de esclavo cuando sus progenitores, que lo fueron, habían ya desaparecido.

José era el más pequeño de la casa. La familia estaba compuesta por cuatro. Una sola hermana. Permaneció soltera toda la vida. Blanca y alta como una espiga, con su pañuelo de madrás muy bien atado a la cabeza y su cachimbo en la boca, su túnico de prusiana morada o de fondo blanco con diminutos dibujos negros, se veía hasta hace poco en el dintel del fundo desde que abrió los ojos al mundo. Uno de los hermanos, el mayor, que a la muerte de su padre, también llamado José, se había encargado de los bienes, murió en la Capital a causa de las viruelas. El otro hermano casó joven y levantó su fundo cerca de *Casa Vieja*. Allí formó una familia numerosa, entre la cual se encontraban algunos varones trabajadores y honrados.

Siendo José el más pequeño entró muy tarde en posesión de lo suyo. Él y su hermana soltera quedaron en comunidad. Él administraba los bienes de los dos. Su fortuna consistía en tierras situadas en lugares muy distantes y casi todas comprendidas en sabanas, porque su haber principal consistía en ganados.

José siguió viviendo en la casa vieja con la hermana y Cundo. La Ceibita era un sitio muy conocido de todos los criadores.

—El que tiene ganado gana de noche y gana de día, por eso los Contreras son ricos —decía mano Hilario.

Siempre fueron respetados y queridos en el lugar. Se les acusaba de avaros, pero muchos los consideraban generosos, porque allí obtenían leche en primavera, cuando los pastos estaban buenos y las vacas venían paridas. También la tasajera dio de comer en muchos fundos.

Como don José tenía ganados por los lados de Hato Mayor, donde su padre había entregado al tercio una becerra, perdida hacía muchos años y ya su estampa era la más numerosa en aquellas llanuras, tenía que ir todos los años a esos sitios para trabajar las reses que allí tenía. Esos viajes duraban más de una semana. Continuó don José las viejas relaciones de su padre. Dejó los mismos mayores y en las mismas condiciones hasta que el último, José el Tuerto, murió a causa de un palo que le cayó sobre la cabeza haciendo una tumba. Fue entonces cuando encargó del ganado de Cola Sucia y del de Las Malas Mujeres a su compadre Eudósio Sosa, casado con una prima segunda de él. Hasta ahora estaba satisfecho de su conducta. Era un hombre honrado. Siempre le guardaba los cueros de las reses que se morían o malograban para poner a salvo su conducta. Esto satisfacía mucho a don José.

Fue en uno de esos viajes que José conoció a Anastasia Rojas. Era hija única de unos pobres campesinos muy honrados y distinguidos del lugar. José se enamoró de ella y formó una familia compuesta de tres hijas. Hubo una época en que Contreras permaneció hasta un mes en casa de Anastasia, pero nunca vivió allí permanentemente. No quiso dejar sola a su única hermana y quizás fue esa la causa por la cual en esa época no se casó con la hija de Rojas.

Viviendo con ella murieron los padres de Anastasia y desde entonces tuvo que ir periódicamente a ver a sus hijas. Estas visitas no fueron tan regulares a partir de la fecha en que, por razones de conveniencia, tuvo que casarse con una joven prima hermana suya que vivía en el pueblo.

Toda la vida guardó José la más tierna afección por Anastasia quien observó una conducta ejemplar.

A la muerte de los padres de don José la herencia estaba constituida por un centenar de reses sitiadas en diferentes lugares y por unos cuantos pesos de derechos de tierras. Esto sin contar la casa y una infinidad de chucherías de menos valor. El padre de don José tenía tierras en Las Pajas, en El Cuero, en Juana Lorena y ganados en el primero y en el último de estos sitios. Las reses se dividieron entre los hermanos. Las tierras quedaron en comunidad hasta que el hermano mayor tomó estado. Don José recibió entonces lo que le correspondía. Esta partición se hizo sin intervención de la justicia.

Cuando don José se casó a su vez aumentó su fortuna. Su esposa también tenía reses y tierras. El padre de la mujer le entregó en seguida lo que le correspondía.

En una ocasión don José quiso darse cuenta del valor de sus bienes. Las reses de Las Pajas estaban divididas en dos ganados, el de Cola Sucia y el de Las Malas Mujeres, uno de monte y otro de sabana. No sabía exactamente el número de cabezas que poseía. Nunca las había contado, porque eso era de mal agüero. Se lo oyó repetir muchas veces a su papá. Y si sabía exactamente el número se cuidaba mucho de decirlo.

—Una poquita —repetía a todo el que le preguntaba como cuántas reses tendría—. Una migajita.

Tenía además otras reses en otros sitios, pero en pequeña cantidad.

En cuanto a sus tierras la apreciación era más precisa. En Las Pajas tenía cincuenta pesos de títulos. De estos, veinte eran de su mujer. Y el resto proveniente de su herencia. Con estos derechos había tomado solamente dos posesiones. Una en la sabana y otra en el monte, en el sitio de Las Malas Mujeres. La posesión de la sabana era la misma que tenía su padre. Solamente que el antiguo vividor había muerto y él, don José, puso a otro, a su compadre Magdaleno del Rosario, hombre honrado y de trabajo. En la de Las Malas Mujeres tenía a Eulogio Mejía, un

negro como pocos. Estos vividores tenían derecho hacer conucos para su provecho, con la condición de traer de cuando en cuando a don José algunos víveres. Podían aprovecharse de todo, pero no tenían autorización para desperdiciar el monte, cortar maderas, hacer carbón. Podían vender yaguas y frutas. En cambio atenderían al ganado, lo curarían y podían ordeñar las vacas paridas que quisieran, hacer quesos a la media y si alguna se malograba o se moría, les correspondía una parte de la carne, la mayor porción era para don José.

La cantidad de tierras que poseía don José era enorme. El sitio era muy grande. Una vez don Gerardo, un agrimensor, le dijo que podía tener, por lo menos, diez caballerías, es decir, unas doce mil tareas nacionales. Para su ganado eso era más que suficiente. No las necesitaba para otra cosa, puesto que tenía más tierras en su propia casa y estas las utilizaba para tener los animales del servicio y hacer conucos. Aquí donde estaba el fundo sí tenía cercas.

No ambicionaba tener más tierras. Por eso cuando en una ocasión llegó a su casa un señor de Macorís, muy apurado, ofreciéndole en venta unos cien pesos de títulos de Las Pajas, los rehusó. ¿Qué iba a hacer con más tierras? Inútil fue que este señor se las propusiera a buen precio. Ni regaladas que se las hubieran dado las quería. ¿Para tener más papeles?

Refiriéndole al alcalde esta visita, don José recalcó:

—¿Qué voy yo hacer con más tierras? Yo creo que la mitad de Las Pajas es mío.

Pero el alcalde que había llegado la víspera de Macorís, lo puso en autos de lo que él no sabía.

—En Macorís —le dijo— se rumorea que van a fomentar nuevas colonias en ese lugar y dicen que hay muchos títulos falsos. Que los están haciendo a la carrera.

Luego agregó:

—¿Usted se fijó de quién eran esos títulos?

Don José ni siquiera los tuvo en la mano.

Por la noche, en su casa, don José pensó un buen rato en esta noticia que le dio el alcalde.

Dos meses después se apareció otro individuo en casa de don José vendiéndole otros títulos del mismo sitio. Esta vez don José quiso averiguar a quién pertenecían. Tomó el título en la mano, se colocó sus espejuelos y se acercó a la lámpara. Don José quedó sorprendido. Esos títulos eran de José del Carmen, un negro más pobre que un ratón de iglesia, que él conoció muy bien y que además, hacía años que había muerto.

Don José se limitó a decir al vendedor:

—¿Y cómo consiguió esas tierras este sujeto? ¿De quién las heredó? ¿A quién se las compró?

Pero el vendedor no pudo contestarle. Realmente él no era el dueño. Le habían entregado esos títulos en Macorís para que los vendiera a personas que tuvieran interés en esas tierras.

Cuando don José volvió a ver al alcalde lo puso al corriente de lo que pasaba.

Algunos meses después los propietarios del sitio de Las Pajas se reunieron para pedir al Tribunal, por medio de una instancia, que ordenara la mensura del sitio, que hasta entonces había permanecido comunero.

Se realizó esta mensura y como resultado de ella, don José se enteró de que no poseía las tierras que él imaginaba. Con los títulos que poseía apenas podía cubrir la tercera parte de la cantidad de tierras que en ese sitio, desde tiempo inmemorial, se habían considerado como de propiedad de los Contreras.

Esto ocasionó a don José una gran preocupación. ¿Cómo se haría para que su ganado dispusiera de la cantidad de tierras que necesitaba? Le era indispensable proporcionar pasto a estas reses. Y además asegurar las posesiones que allí tenía.

Después de reflexionar un poco resolvió comprar una cantidad de títulos suficientes para cubrir esas tierras. No le quedaba otro remedio.

Con ese motivo hizo un viaje a Macorís y allí celebró un compromiso con un individuo que poseía títulos de Las Pajas, porque los había comprado a diferentes propietarios. Don José no quiso averiguar si eran de los legítimos o de los falsos. Lo importante era que estuvieran reconocidos por la Comisión correspondiente. No quedó hecho el negocio, de una vez, pero el señor le dio palabra de que contara con ellos. Don José no disponía en ese momento de efectivo y tenía que vender algunas maderas para hacer dinero.

Don José no pudo ocultar la contrariedad que esto le produjo. Pasó un tiempo haciendo diligencias para conseguir el dinero para los títulos. Se le presentaron algunas dificultades, porque no quería quemar sus reses. Deseaba venderlas bien y la situación no era muy buena. El dinero estaba escaso.

Transcurrió un tiempo. Un día fue informado de que los títulos que tenía tratados en Macorís fueron vendidos a don Marcial Martínez y que este vendría a medir lo que le correspondía de un momento a otro. Fue inútil que don José hiciera un viaje expresamente para arreglar este asunto. Cuando se vio con el dueño de los títulos ya era tarde. Hacía cosa de dos semanas que había cerrado el trato con el otro comprador. Por toda excusa le dijo:

—Yo le aguardé bastante, mi amigo. Y le escribí dos o tres cartas que usted no me contestó.

Don José no había recibido nada. Estaba seguro de que no se las escribió. En vista de esto, don José regresó a su casa y no le quedó otro remedio que conformarse con lo sucedido.

Como consecuencia, perdió casi la mitad de la posesión que tenía en Las Pajas. La más importante. El pedazo de monte de Las Malas Mujeres, donde tenía el mejor ganado. Allí sólo le quedó una cantidad de

caballería y media. Y en la sabana se hizo medir unas seiscientas tareas para cubrir el otro sitio.

Este fue uno de los mayores disgustos que experimentó don José. Pero ya había tenido otros no menos desagradables.

Hacía cosa de dos años le ocurrió otro incidente que estuvo a punto de arruinarlo. De esa fecha databa su odio a los abogados y a la justicia. Cada vez que se refería a su pleito exclamaba:

—Ya sí que no se puede vivir. Estamos rodeados de pillos, mi amigo.

Todos los años iba don José de temporada a casa de su compadre Eudosio Sosa, que vivía en la sabana y que era su mayoral, para recoger el ganado mostrenco, señalarlo y herrarlo. Una semana pasaba allí. Durante ese tiempo, en compañía de Eudosio y de algunos peones, monteaba todos los días, sacando el ganado que allí se hacía extravagante. Considerábase buen comedero el sitio de Las Malas Mujeres, porque ese ganado así salvaje se conservaba siempre grueso. En el centro se levantaban los trabajos de Eulogio, el vividor, quien mantenía un par de conucos en buenas condiciones. Era la única persona que se había arriesgado a fundar dentro de ese monte por donde no pasaba un cristiano. Cuando monteaban en él tenían que ir provistos de machetes para hacerse camino en ese intrincado laberinto de bejucos. A esa circunstancia se debía que ese ganado padecía poco a causa de los cuatreros, que por esos lugares no eran escasos.

Eudosio Sosa se había hecho cargo de ese ganado extravagante de su compadre José, porque contaba con Fausto y con *Chaqueta*. Como Fausto eran pocos los hombres que había conocido Eudosio. Una noche se presentó en su casa. Supo después que había desertado del Batallón en Santo Domingo. Le dio posada. Luego trabajó en sus conucos y le amansó unas reses. Fue su brazo derecho.

Y en cuanto a *Chaqueta*, se lo llevó su compadre José, después de habérselo ofrecido muchas veces y por su comportamiento le cogió cariño. ¡Cuántos disgustos le ocasionó con los vecinos! Lo tuvo oculto

un tiempo porque se lo entregaron después que produjo una avería en Hato Mayor. Le clavó un colmillo al hijo del alcalde. Pero ya había pasado un tiempo de ese suceso y todos sabían en el campo la historia del perro. Para *Chaqueta* no había ganado bravo que no sujetara. Él era el verdadero mayoral de las vacas de Contreras. Hasta la más extravagante, la *Careta*, una vaca jorra que siempre estaba gruesa, se podía traer al corral con gran facilidad. Perro que trabajara como ese no lo había en esos contornos. Salir al campo con él era no perder el tiempo. Las encontraba donde quiera que estuvieran. *Regendía* los montes, atravesaba ríos, no reconocía obstáculos, y las paraba en cualquier forma y en cualquier sitio. Nunca lo habían herido y más obediente que él ni la misma *Azucena*.

Pero hubo una época, sin embargo, que no se podía trabajar. En el Este se declaró un bandidaje sin nombre. En todas partes aparecían partidas de bandoleros que no respetaban ni la vida ni los intereses de nadie. No se podía contar con nada. Todo estaba perdido. Y Las Malas Mujeres se convirtió en madriguera para estos bandidos. Con ese motivo don José no pudo ir a Las Pajas a ver sus intereses durante mucho tiempo. Era un peligro coger un camino. No había garantías. Hasta el mismo Eulogio tuvo que salir huyendo. Allí paraban los malhechores más renombrados que ha tenido la República. Más de dos años pasó Eudasio sin ver esas reses. Entonces no se podía montar ni dar salidas con frecuencia. Por muchos sitios y a todas horas se podía tropezar con partidas de aquellos. En el campo no había tranquilidad. Diariamente se referían andanzas, crímenes, robos y atropellos. Los campesinos honrados vivían asustados. A cada hora un suceso.

Y de allí, de Las Pajas, de La Sierra, de La Yerbabuena, de todos los rincones surgían bandadas de malhechores que infestaron toda la provincia.

Y una noche se acercaba al mostrador de una bodega un hombre oscuro, vestido de andrajos, con un sombrero de cana con el ala baja

cubriéndole parcialmente el rostro. Pedía un trago y, mientras el dependiente se lo servía, echaba una mirada por los alrededores. Luego desaparecía sin decir una palabra, sin hablar con nadie. Solamente se le vio un cuchillo en la cintura. A poco, un peón se acercaba al dependiente y con mucho sigilo le decía:

—¿Uté vido ese hombre? ¡Ese no e de po aquí! Yo credé que e de la *gente*.

Y no se hablaba de eso. Quizás, si al dependiente no se le olvidaba, al cerrar la bodega decía al dueño, sin darle gran importancia:

—Esta noche estuvo aquí un gavillero. Pidió un trago y se fue.

El encargado de la bodega no contestaba. Simplemente examinaba su revólver, le recordaba al empleado que revisara las puertas y luego se acostaban para no dormir.

Otro día, un sábado, se bailaba en la enramada del camino del Hoyón. Frituras, bebidas, caballos, gritos y vivas. Gran animación. Es Ventura quien está en el palo. Nicumedio canta.

¡La guardia *rudal*, ay!

¡La guardia *rudal*, ay!

De pronto, Eufemio se retira fuera y llama a su compadre:

—Vale, sálgase. ¿Uté conoce ese hombrequito que se ha arrimao a la esquina del bohío?

—No, compadre. Deberá ser de los que tan tumbando pallá arriba.

—No, compadre —respondía Eufemio, y casi en secreto añadió—: No me gusta esa facha. Ese pue ser de la *gente*. Vámono quedando aquí por si acaso.

Pero en una ocasión, detrás del primero que aparecía en la fiesta se presentaba un segundo, más tarde un tercero y cuando la bachata culminaba en entusiasmo, sonaba un tiro, y otro, media docena en seguida. Relucían los machetes, las mujeres huían dando gritos, se oía un tropel de caballos, las luces se apagaban y las detonaciones continuaban, pero más lejos. En el piso hay tres o cuatro hombres y sangre. En

la bodeguita una mujer está casi desnuda, con los vestidos rasgados, el cabello alborotado y hablando en alta voz.

—Fueron *ellos* —decía uno.

Y mientras se ocupaban del muerto y de los heridos, comentaban:

—A mí se me puso. Yo no quería venir.

—Y mi compadre me lo dijo —decía otro.

—Ese hombrecito que taba pegao al palo me dio mala epina.

Y una negrita que no cesó de bailar desde que llegó y no repuesta todavía del susto, al ver cómo cayeron a balazos y cuchilladas aquellas gentes, exclamó:

—¿Y por ónde vinién?

Mientras un hombre delgado, ya un poco viejo, murmuraba:

—A mí me lo dijén, pero como jablan tanto no lo quise *creder*.

Y un negro con un pañuelo rojo en el cuello, lanzando quejidos e imprecaciones decía a otro:

—¡Me han cortao, vale, pero no hay cuidado!

Una noche, seis hombres a caballo, cuatro o cinco de a pie, unos detrás de otros, descendían hablando en voz baja, cuesta abajo, en dirección al llano, encendiendo cigarrillos o arreglándose las armas que se les deslizaban en la cintura. A trechos una densa oscuridad en la cual apenas se veían unos a otros. Más adelante, en un claro, la luna dejaba ver los contornos de los troncos y las manchas del ramaje. A veces el trillo y los gramales. Un paisaje a dos tonos. Saturado de silencio, tanto más profundo cuanto que sólo recogía las pisadas de las bestias y el susurro de la cañada que corría por un lecho de piedras.

Allá fuera les esperaban otros tantos para juntárseles y resolver lo que harían esa noche. Eran *ellos*, los del monte, que iban a desparramarse a esas horas por los bateyes, por los bohíos o se encaminaban en busca de algún hablador o de algún acomodado para obtener fondos o simplemente para conseguir dos o tres revólveres más.

Camino de La Piedra, del fundo de Felipa, los perros ladraban un buen rato y dentro Patricio murmuraba:

—¿Vale, uté ta oyendo lo perro? ¡Asunte!

—Parece que e gente. Y no son poquito.

Mientras Felipa, intranquila, agregaba:

—No prendan lú.

Y luego de pasar una hora desvelados, volvíanse a dormir confiadamente.

Y transcurrían días, semanas, meses, viviendo esa vida sin remedio, sin consuelo. En cualquier sitio, a cualquier hora, alarma, pánico o una desgracia inesperada, tanto más trágica y dolorosa cuanto más impune. Pero muchos sentían secretas simpatías por ellos. Por su mediación había crecido su hacienda, a su protección debían el aumento de su prestigio, y de su amistad derivaban variados y frecuentes beneficios. No hay desgracia, ni mal, ni acontecimiento que no sea útil. Todo en la vida tiene necesariamente su compensación. Los del monte, pues, tenían sus favorecedores, que a veces eran aliados o simplemente copartícipes a la hora del botín. ¡Cómo recuerdo ahora mi reloj de bolsillo! De las manos de Bulito Batías volvió a las mías, haciendo escalas.

Mucho tiempo se prolongó esta situación en el Este. Y como don José Contreras fueron muchos lo que se arruinaron.

A lo largo de los caminos se veían las casas y los conucos abandonados, cubiertos de *brosque*. En alguno que otro sitio se quemaron ranchos y las familias tuvieron que salir huyendo para salvar la vida. En el campo no estaban garantizadas ni esta ni la propiedad. Fue una situación que recordaba la época de los cimarrones, en que los esclavos fugitivos saqueaban las fincas y mataban a discreción. Pero muchos, lejos de arruinarse se enriquecieron. Los bandidos pasaban o favorecían la venta o el abandono de las propiedades. Muchas tierras pasaron en esa época a manos de compañías que las obtuvieron por precios ridículos. Los gavilleros cumplieron una misión. Parece que respondieron a una necesidad.

Fueron muchos los cabecillas. Vicente Evangelista, Bulito Batías, El Fañoso, Tolete, El Niño, Chepito, Ramón Nateras y muchos más menos famosos. Yo tuve la oportunidad de conocer algunos y no los he olvidado jamás.

¡Oh! ¡Tolete! Cómo evoco ahora tu figura singular. Parecías un batracio gigante, con tu vientre péndulo, tu color de aceituna, tu cara cuadrada, tu frente estrecha. Paréceme verte. Tenías los ojos pequeños, oscuros, de mirada fría y vaga. La sonrisa entre mueca y amenaza. Los dientes blancos y recios y el bigote hirsuto. Veo tu cinturón ancho sellado de cápsulas relucientes, tu par de revólveres niquelados y tu enorme puñal. Cruzaste las calles de Macorís seguido de la muchachería curiosa y tocada de admiración por la leyenda que te aureolaba.

Vestías un pantalón caqui, lucías unas polainas nuevas, un sombrero de vaquero y te mostrabas a todo el mundo como un héroe. Contaste a muchos tus aventuras por las montañas y por el llano y eras celebrado. Yo fui de los pocos que enmudecieron ante tu presencia. De los pocos a quienes serviste de motivo de hondas reflexiones. No te he olvidado más y hay días, como hoy, en que mi pensamiento no se aparta de ti, ¡Tolete magnífico! Émulo de El Chivo y del no menos célebre Florentino. ¡Tolete!, que compartes conmigo el privilegio de haber nacido en esta tierra. Quiera el cielo que algún historiador indocumentado o caprichoso no te presente a la admiración de las generaciones futuras como un héroe de la Tercera República. Aún suena en mis oídos el romance que te ha inmortalizado:

*Tolete, tú me va a matá
Tolete, por la madrugada,
Tolete, ya lo rulo tan
Tolete, pa comé con pan.*

*Tolete, mañana me diba
Tolete, ya yo no me voi,*

*Tolete, sólo e pa que sepa
Tolete, lo que es el amor.*

*Tolete, tú tenía una novia
Tolete, llamada María
Tolete, ya tú no me quiere
Tolete, como me quería.*

Durante esa época el ganado de Contreras sufrió mucho. Se le perdieron reses y le mataron bastantes. Más de una vez su compadre Eudósio fue avisado para que viera en bohíos de la misma sabana los cueros tendidos al sol.

Pero cuando las dificultades de don José llegaron al colmo fue cuando don Marcial fomentó La Inocencia y la Finca resolvió casi al mismo tiempo abrir extensiones por esos terrenos. Llegó a su conocimiento que un agrimensor estaba midiendo sus posesiones, que se fomentarían nuevas colonias y que había que retirar toda la crianza. Pero todavía le ocurrió otra cosa peor. Un día vino Eulogio expresamente, enviado por su compadre Eudósio para participarle que estaban abriendo una trocha en su monte. Inmediatamente don José hizo un viaje para ver por sus propios ojos lo que estaba pasando. Al llegar vio que no sólo habían hecho una trocha sino que habían comenzado una tala. Mandó a buscar al pedáneo y protestó delante de él del atropello que se estaba cometiendo. Logró ese día que se suspendieran los trabajos. El encargado de estos le prometió que iría en seguida a participárselo a la Administración. Esta vez le dieron una satisfacción. Se le hizo saber que habían sufrido los empleados una equivocación.

Todas estas cosas produjeron en Contreras un gran disgusto. Pudo enterarse igualmente de que la Central abriría trabajos en seguida y que un gran número de propiedades desaparecerían, porque los que se consideraban dueños de ellas sólo podrían disponer de las mejoras. Casi

nadie tenía títulos suficientes para cubrir y muchos los tenían ilegales, por no haber cumplido con las formalidades de las nuevas leyes que se habían votado.

Pero don José Contreras creyó prudente consultar con un abogado. Esta vez se dirigió al bufete del licenciado Martínez López, en Macorís. Llevaba una carta de recomendación del alcalde. López lo recibió con deferencia y le oyó con atención. Don José comenzó por decirle que él no creía mucho en los consejos que pudieran darle los abogados, porque estos le habían causado muchos perjuicios, pero que su amigo el alcalde le dio muy buenas referencias sobre su persona.

—Me ha dicho que usted es uno de los abogados más honrados que hay aquí. Por eso no tuve inconveniente en venir a verle.

Contreras se extendió en detalles. Le refirió todo cuanto le había pasado con sus tierras.

—Ese es uno de los problemas más importantes de este país. Sobre todo aquí en el Este. Ahora mismo tengo pendientes muchos asuntos parecidos. Aquí ha venido mucha gente a verme. Eso es una barbaridad.

—¡Barbaridad no! Eso es un crimen. Ustedes no se pueden dar una idea aquí en el pueblo de lo que está pasando por allá.

—Cómo no. Aquí me han contado atrocidades.

Y don José refirió al abogado cómo se estaban haciendo las cosas en el campo. No quedará nada, ni un fundo, ni una mata, ¡nada!, ¡nada! La gente está loca. Son una infinidad los campesinos que se han quedado en la miseria. Abren los potreros, sueltan el ganado, matan los puercos, sacan la yerba, tumban los plátanos. ¡Es un *acabóse*! Tienen un ejército de hombres en ese trabajo. ¡Hacha y candela por todas partes! ¡Y amenazas y hasta golpes!

—¡Yo no sé qué será de esto! —exclamó don José.

El licenciado se quedó mirándolo, mientras pensaba en las cosas que acababa de oír.

—Este es un desgraciado país —dijo—. ¡Un pobre país! Cualquiera se hace chino, mi amigo. Lo único que puedo decirle es que están sucediendo cosas inauditas. Jamás se habían visto hechos tan extraordinarios como ahora. No se respeta la propiedad, ni la vida, ni las costumbres ni los usos del pueblo, mi amigo. A mi conocimiento han llegado noticias de atropellos innumerables sin sanción. Y lo peor es que tenemos que ver y que callar. Yo estoy a punto de cerrar la oficina por inútil. Para qué alegar derechos, ni leyes, ni procedimientos, ni nada. Todo eso es vacuencia. Es el más fuerte el que domina. ¡El capital! ¡El dólar! Yo me imagino cómo estarán esos campos. ¡Qué país, mi amigo!

Don José escuchó estas palabras con visible satisfacción.

—Bueno —le dijo el abogado volviendo al asunto de la consulta—. Yo estudiaré eso. Veremos lo que se pueda hacer, lo que yo le pueda aconsejar.

Después de un silencio, el abogado tiró de una gaveta de su escritorio y sacó unos papeles.

—¡Vea esto! Hace tiempo que tengo escrito estos apuntes con el propósito de publicarlos, pero creo que es inútil. Aquí nadie lee más que tonterías. A estas cosas no les hacen caso.

Arreglando las cuartillas, el licenciado Martínez no se pudo contener:

—Voy a leerle algunos párrafos:

“Hace poco más de medio siglo que estas regiones estaban casi despobladas. La cantidad de habitantes por kilómetro cuadrado era irrisoria. Se cruzaban grandes extensiones sin encontrar un bohío ni un conuco. Eran inmensos bosques vírgenes que rodeaban el pequeño caserío de pescadores que se habían establecido en la margen oriental del río Macorís. Los escasos pobladores de esos montes estaban amparados por títulos de pesos de tierra que poseían por herencia o por compra. La cantidad de tierra que correspondía a esos pesos de títulos era excesiva. Los propietarios de esos títulos podían ocupar cualquier pedazo de

monte en el lugar que designaba su escritura, siempre que no estuviera ocupado antes o fuera reclamado por otra persona. Así, con una docena de pesos se podía ocupar una extensión equivalente a una caballería o más. La cantidad de tierra dependía de la extensión del sitio y del número de habitantes con que contaba. De este modo, había sitios en los cuales una docena de pesos sólo correspondía a una peonía, es decir, aproximadamente unas trescientas tareas.

“No había necesidad de disputar pedazos de tierra por esa época. ¡Era tanta para tan poca gente! Muchos años duró este estado de cosas en el Este. Los trabajos que en esas tierras se realizaban se reducían a conucos o cercas en *botaos* para encerrar dos o tres familias. Una vaca o dos y uno o dos caballos. Junto a esos trabajos se levantaba el fundo, para ser ocupado por la familia a menudo numerosa, pero sin demasiada ambición. No se podía hacer más. El caserío que se levantaba a la orilla del río contaba con una escasa población que consumía muy poco, y gran parte de este consumo lo encontraba en sus alrededores. Así es que los habitantes de los bosques retirados de la costa sólo producían lo indispensable para su manutención y el excedente tenía una difícil salida, por la distancia a la cual se encontraban las otras aldeas y por las condiciones de los caminos, que eran prácticamente intran-sitables.

La tierra, pues, tenía muy poco valor. En este estado de cosas comenzó el fomento de potreros en grandes extensiones para la crianza de animales. Estos trabajos fueron iniciados por inmigrantes cubanos. En este país no se conocieron hasta entonces los pastos artificiales. Los ganados pastaban en los montes o en la sabana, que en el Este son numerosas. Además, el ganado que existía por aquella época era poco, gran cantidad de estos salvajes, residuos de los que habían quedado abandonados en diferentes épocas a causa de las emigraciones que la historia accidentada de esta parte de la Isla ha vivido desde el descubrimiento, hasta hace pocos años.

El Este estaba dividido en grandes sitios que comprendían inmensas extensiones de tierras, montes vírgenes y sabanas. Estos sitios abarcaban hasta centenares de caballerías. Muchos pertenecían a las sucesiones de los favorecidos por mercedes concedidas por SS. MM. los Reyes de España. Los títulos y demás documentos que amparaban el derecho de propiedad se originaron en estas donaciones y luego de pertenecer a españoles pasaron, en el transcurso de los años, hasta las manos de los esclavos y sus descendientes por ventas o donaciones igualmente. Los terrenos que no pertenecían a particulares, los de la Corona, pasaron por derecho de conquista a los países que dominaron esta parte de la Isla. De este modo fue subdividiéndose la propiedad territorial hasta el estado en que se encuentra en nuestros días.

A medida que las tierras fueron utilizadas, primeramente para el fomento de potreros bajo cercas, su valor fue aumentando paralelamente a la codicia por su posesión o retención, necesidad que no se había experimentado antes”.

Al terminar el licenciado Martínez López, don José, que oyó la lectura con marcada atención, exclamó:

—¡Eso está muy bueno! ¡Pero muy bueno!

De regreso, don José fue a ver inmediatamente al alcalde.

—Ese abogado es una potencia. Sabe mucho.

—¡Cuando yo se lo recomendé! Yo no lo iba a mandar a usted donde una porquería, donde un chivito. Ese es un mozo de porvenir. Dios quiera que no lo echen a perder. Porque aquí, compadre, todo se malogra. Aquí no se puede andar por el camino. Hay que coger el atajo.

—¡Eso sí es verdad!

Y don José contrajo los labios y movió la cabeza.

2

Hacía meses que la Compañía Nacional de Inversiones Territoriales, propietaria de algunos ingenios en el Este de la República, había creado una situación de intranquilidad en aquella región. Esta compañía estaba presidida por míster Franklin Harrison, un norteamericano inteligente, audaz y ambicioso, conocedor de las condiciones económicas y políticas del país, por haber permanecido una temporada residiendo en él. Vivía habitualmente en Nueva York, donde dirigía además uno de los más poderosos bancos de aquella metrópoli.

La Compañía Nacional tenía necesidad de expandirse, de extender sus cultivos de cañas de azúcar, y el Presidente, de acuerdo con sus abogados y contando con la benevolencia de la administración y la complicidad de las autoridades, puso en ejecución un vasto plan para adquirir una gran cantidad de tierras.

Se comenzó por poner a sueldo algunas autoridades rurales. Dos o tres alcaldes pedáneos fueron nombrados Inspectores de Montes de la Compañía Nacional. Se contrató un agrimensor, Juan Bautista Guerrero, para que levantara los planos de seis o siete sitios importantes, que comprendían una extensión de más de trescientas mil tareas nacionales. Esos planos, en los cuales estaban incluidos los límites de todas las pro-

piedades privadas, con todos sus detalles, se dividieron en zonas, y cada una de estas zonas se le atribuyó a un agente especial encargado de hacer las compras por cuenta propia, sin que la Compañía figurara directamente en esta operación. Luego se haría el traspaso. Juan Bautista era además otro de los agentes compradores. A medida que hacía sus mensuras informaba a la Compañía Nacional de las condiciones en que se encontraban las propiedades. Él había hecho mensuras en años anteriores en esos mismos sitios por comisión de los tribunales de esas jurisdicciones y era una persona bien conocida por todos los campesinos de la región. Por esta circunstancia nadie estaba mejor preparado que él para influir en los ánimos de los campesinos, que le reconocían gran autoridad en el conocimiento de las leyes de tierras. Juan Bautista era asistido en esa tarea por uno o dos de los alcaldes pedáneos o inspectores de monte, previamente interesados y aleccionados. Durante algunos meses, anteriores a la campaña, estuvieron visitando a los pequeños propietarios para hablarles de las condiciones en que se encontraban sus propiedades. A muchos les pedían sus papeles para examinarlos y ponérselos en debida forma. Como se trataba de la autoridad y el agrimensor estaba encargado de ese trabajo, los campesinos no vacilaban en entregar sus viejas escrituras, muchas de las cuales estaban mal instrumentadas, por ignorancia o por mala fe. A menudo les devolvían esos títulos diciéndoles:

—Usted compadre, tiene que salir de este punto. Usted no tiene nada. Todos esos terrenos son de la Compañía Nacional y si usted no hace algún negocio ahora, luego lo perderá todo. Usted no cubre con sus títulos ni siquiera el lugar que ocupa su fundo.

Estas expresiones se repetían en todos los bohíos por el alcalde y por el agrimensor. La ignorancia de nuestros campesinos en muchas regiones de la República es extraordinaria. Por lo cual esta campaña tenía que dar sus frutos.

Una vez demarcadas las zonas y levantados los planos, estas fueron repartidas entre dos o tres agentes de la Compañía. Las zonas de Jua-

na Lorenza, Las Pajas, San Jerónimo, se atribuyeron a un tal míster William, un hombre muy activo y astuto. Completamente sin escrúpulos y hablando perfectamente el español, hacía creer a los campesinos que actuaba por cuenta propia. La adquisición de la zona William estaba a cargo de Juan Bautista, que tenía una comisión, del alcalde Díaz y del propio míster William. El notario de la común vecina, Medardo López, también estaba asociado. Los tres se trasladaban en días determinados a los diferentes sitios y establecían allí sus oficinas, en cualquier enramada, previa convocatoria de los vividores del lugar por el pedáneo Díaz.

Los campesinos dominicanos sienten una gran admiración por el blanco extranjero. No le discuten nunca y creen que todo cuanto les pueda decir es verdad. Y si estas opiniones son corroboradas por dos o tres dominicanos, sobre todo si son personas conocidas por ellos, no se atreven a discutirlos.

En una ocasión, un domingo, en una bodeguita del Hoyón, la oficina ambulante se estableció en la mañana. Díaz había hecho venir allí a más de cincuenta propietarios. Se había organizado una fiesta. La bebida y la música corrían por cuenta de míster William. Durante toda la mañana el güiro, el acordeón y el balse no cesaron de hacerse oír y se tomó en demasía. Con doce o catorce pesos el pedáneo organizó este *fandango*. En un rincón de la enramada, frente a una mesita rústica, estaba instalada la oficina. Medardo López, míster William y el pedáneo estaban sentados alrededor de la mesita. Los campesinos, en su mayoría pequeños propietarios del sitio, pasaron una mañana llenos de alegría, tomando y comiendo, obsequiados tan suntuosamente con ron *Campana*, anís y cerveza y empanadas. Míster William había llevado algún dinero en oro acuñado. Sabía que nuestros campesinos sienten amor particular por las monedas de oro, que consideran como las únicas verdaderas y que se pueden guardar indefinidamente sin que jamás se desvaloricen.

Esta fiesta, patrocinada por los delegados de la Compañía, duró toda la mañana y algunas horas de la tarde por cuenta de ellos y se prolongó en la noche por cuenta de los campesinos enriquecidos esa mañana con la venta de sus mejoras, por sumas ridículas y miserables. De sus mejoras únicamente, porque ya se les había dicho, y casi probado, que no eran propietarios de la tierra, según afirmaban el agrimensor, el notario y los demás agentes de la Compañía.

En esa sola mañana míster William, con un gasto de diez o doce pesos en la fiesta, que resultó suntuosa y con algunos centenares de dólares en papeletas nuevas y oro acuñado, se había hecho propietario de más de diez mil tareas de tierras, con el concurso de dos o tres dominicanos, asociados y amigos suyos.

Conseguidos de este modo los propietarios más importantes, los demás vendrían voluntariamente a deshacerse de lo poco que tenían, para aprovecharse de la oportunidad que se les ofrecía y evitarse contratiempos con el amo mayor en el futuro.

Por la tarde de ese día, regresaba a su fundo Baldomero Rubert, un loco, acompañado de su mujer con cuatro morocotas en el bolsillo. Había vendido su potrero, media caballería, situado en un sitio muy importante, por donde debía pasar el proyectado ferrocarril, que transportaría la caña de las nuevas colonias que se abrirían para las próximas zafras, que se estimaban por este motivo que serían extraordinarias. Esas morocotas que traía Rubert serían enterradas, con toda probabilidad y aun cuando ya no tendría este dónde soltar sus bestias, no le faltaría algo que hacer a él o a sus hijos, aunque fuera tumbar alguno de esos montes que había vendido o sembrar caña o encargarse de algún tiro de bueyes. De esta manera fácil, ingeniosa, quedaron convertidos en simples peones, si acaso, más de un centenar de campesinos, dueños de conucos y fundos, de donde sacaban el diario sustento para sus familias.

Una vez adquiridas de tal modo las diferentes zonas, la Compañía dio principio inmediatamente a sus trabajos y todos los antiguos pro-

pietarios fueron desalojados violentamente, sin que pudieran muchos *descosechar* sus frutos como se les había prometido.

Transcurridos algunos meses, una mañana, José Prieto, padre de una familia numerosa, contemplaba en la puerta de su fundo, que estaba situado en el centro de un potrero, en el cual tenía cuarenta vacas, algunas bestias de silla y de carga, cómo los peones de su amigo Antonio le estaban sembrando cañas en el patio y en la misma puerta de su casa. Triste, apesadumbrado, encendió su cachimbo y se sumió en un silencio profundo. Su fisonomía no tenía expresión. Aquello era obra de la fatalidad, algo superior a sus recursos y fuera del alcance de su escasa inteligencia.

No todos sintieron esa estúpida resignación y no fueron pocos los que protestaron por ese despojo violento e inaudito. Instruidos por algunos de sus relacionados en los pueblos vecinos, buscaron quienes les redactaran una protesta y una comisión, formada por antiguos propietarios de aquellos sitios, fue a visitar al Gobierno sin que obtuviera ningún resultado. La Compañía Nacional estaba obrando conforme a sus derechos, garantizados por la ley.

Las pérdidas de don José fueron de consideración. Muchas reses se extraviaron, los cerdos que cuidaba Eulogio fueron robados en su mayor parte. Todo esto sería poco, si no se le hubiera agregado el dolor de ver despojadas a sus hijas de las tierras y del fundo que allí tenían.

Sin dificultad pudo enterarse de que esas tierras estaban comprendidas entre las que se debían tumbar de un momento a otro. Uno de los primeros pasos que dio fue en el sentido de tratar de hacerles donación de una cantidad de títulos para que se cubrieran. Pero él no poseía ninguno y ya era tarde para conseguirlos. Con motivo de lo que sucedería los precios a los cuales estos títulos se vendían eran fabulosos.

Las preocupaciones y sufrimientos de Anastasia no eran menores. Mientras José estaba lejos, ella estaba al corriente de todo lo que pasaba en el campo y sobre todo en su vecindario. No transcurría una semana

sin que a su puerta llegaran amigos, compadres o familiares con malas noticias. Sabía que de un momento a otro se abrirían los trabajos en sus alrededores. Gollo Brito le hizo una relación de cómo se habían hecho las mensuras y de los planes que él oía acerca de las nuevas colonias que se fomentarían.

Un día se presentó en casa de Anastasia Anselmo Benítez.

—¡Yo creo que esto será caña —dijo, después de referirse a otros asuntos que aparentemente eran el motivo de la visita—. Yo le dije al vale José que sus papeles no estaban en regla como los míos. Si se hubiera llevado de mí no le pasa lo que le pasó.

Y le repitió a la vieja que José era muy testarudo.

Otro día se presentó el pedáneo con el propósito de tratar el fundo. Le interesaba la horconadura, que era de calidad.

Anastasia no respondió. Prefirió callar y que sus yernos y José se ocuparan de salvarle sus tierras si podían. Pero a menudo le decía a Ramona:

—Me tienen sin juicio estas gentes. Ya deseo que llegue el agrimensor para que esto se acabe.

Pero ya Juan Bautista había medido el terreno. Sin decirle nada a la vieja hizo un replanteo y cuando terminó, al pasar por delante del fundo de Francisco, le dejó un mandado.

—Dígale que no se apure. Que esta mensura no quiere decir nada.

A menudo se presentaban allí trabajadores que le informaban lo que se decía en las colonias acerca de las tierras, de la mucha caña que se iba a sembrar y del peligro que corrían los animales si no los encerraba a tiempo. Ya en su conuco habían hecho algunos robos.

Una tarde, Rosendo, un hombre que había llegado de Angelina para trabajar en la nueva colonia de don Marcial, subió hasta el fundo de Anastasia. Después de hablar largo rato sobre la situación tan triste que atravesaban los vividores de esas tierras; tras un largo silencio, preguntó a la vieja:

—¿Cómo cuántos años tendrá usted?

Le habían dicho que él era más viejo que Anastasia y aunque se sentía y veía más joven, la ocurrencia lo dejó confuso. Ahora quería disipar esa duda.

—¡Hombre yo no sé! —respondió la vieja y después de reflexionar un momento añadió—: Yo me acuerdo de los blancos. Yo estaba una zagaleja. Una vez tuvimos que dirnos al monte para salvarnos de los mambises que andaban por esas lomas.

—Entonces —afirmó Rosendo—, yo soy más nuevo que usted, porque yo sí no hago memoria de los blancos. Yo sé de los blancos por las historias. Por lo que me han contaó.

Y después de una pausa, agregó:

—Me han dicho que entonces corría más plata que agora.

—¡Cristiano! ¡Eso no tiene comparación! Entonces cualquier viejito tenía onzas guardadas. En mi casa no faltaban.

Rosendo se quedó pensativo. A poco dijo:

—¡Por qué se dirían! Aquí no para na bueno, vieja. Más malos que nojotros, ¡no hay cristiano!

—¡Y dígalos! Y pa estos blancos de agora que nadie los entiende en su jerga, más valían aquellos. Hablaban como nojotros. Y no eran interesados. No le quitaban a nadie lo suyo. Esos sí eran buena gente. ¡Figúrese! Con tanta gente mala como andan por esos bateyes.

Rosendo volvió a quedarse pensativo y después de un rato murmuró:

—¿Entonces, no habría finca?

—Por aquí no había —respondió Anastasia—. Yo no sé por otra parte. Por aquí sólo había monte. De aquí salía uno y no veía claro hasta la sabana, del otro lado del río, camino de Los Llanos. Por Palmo Espino, por las Taranas, por Tavila, al medio día estaba oscureció. Y del lado de Macorís se llegaba hasta Higuamo por entre monte. Sólo se veían conucos. Y entonces sí que había crianza. Y no había esa tanta medía. Yo he oído mentar el agrimensur agora. No había esa tanta angurria.

Conversaron un buen rato. Anastasia sólo tenía noticias de Gerardo. Él fue quien dio la mensura de todas esas tierras. Hace mucho tiempo. Pero ahora ya la tenían cansada con ese cuento. Y Rosendo insistió en que las tierras traían muchas dificultades.

—Ya nadie es dueño e nada, vieja. Ni se puede hacer conuco ni se puede criar. Agora to e caña. Jasta los viejitos de la sabana quieren tumbar el montecito que les quea. ¡Es un entusiasmo!

—Lo que ha traído esa finca son robos. Al probe Francisco no le para gran cosa en el conuco. Es un saqueo en grande.

Anastasia dejó solo a Rosendo para ir a la cocina a colarle una taza de café.

Rosendo se quedó contemplando el monte que rodeaba el bohío. Monte claro, flojo, donde sólo se podían sacar varas y alguna leñita, *charamuscos*, si acaso. Observó el caimito de perro con sus hojas rojizas, los yagrumos con sus hojas redondas. Las palmas, la *pana* parida. Fijó por último la vista en el árbol que trajo José que él tampoco conocía.

Al volver la cabeza hacia el trillo alcanzó a ver a Francisco que subía la cuesta.

—¿Y usted que tal?

Rosendo se levantó para tocarle el brazo con la mano.

—Ya pué ver. ¡Bregando!

Las gallinas iban subiendo a la varía que les servía de dormitorio. Unos carpinteros alborotaban en la palma. El sol acababa de hundirse detrás del monte.

Anastasia vio a Francisco al traerle el café a Rosendo y después de saludarlo volvió para la cocina para servirle café a su yerno.

Hablaron de trabajos. La cosa estaba floja. Luego se refirieron al agrimensor. Hacía días que se decía por el campo que estaban aguardando ese momento para ver lo que iba a resultar. Francisco trabajaba en las tierras de la vieja Anastasia. Había levantado un conuco y otro

viejo lo convirtió en potrero. Allí tenía dos vacas paridas y su caballo. También hacía negocios y cuando necesitaba plata y le pagaban bien trabajaba en la finca. Chapeaba, componía empalizadas y tumbaba monte. Otros trabajos no le atraían. Pero prefería ocuparse de lo suyo. La caña no le gustaba.

—¡Y qué nos hadremos! —exclamó Francisco—. La finca tiene más fuerza que nojotros.

Y refirió que en la mañana se había tropezado con Anselmo Benítez y que le aseguró que Juan Bautista no tardaba.

—Me dijo —agregó Francisco—, que él lo estaba esperando de un momento a otro. Que le iba a probar que él no tenía facultá para mensurar posesiones ajenas. Dijo que Juan Bautista le anda sacando el cuerpo, porque con él sí que no hay *tutla*. ¡Ese Anselmo es un coloquio, vale! Que a él le habían salío los colmillos bregando con tierra. Que Juan Bautista sabrá ma de número, pero que con la inteligencia que Dio le ha dao no se deja engatusar.

Rosendo sonrió.

—Yo no sé quien se va a llevar de Anselmo. Esos abogaos de sabana son lo que ofuscan a la gente.

Anastasia depositaba toda su confianza en José. Él le había asegurado que a ella no le tocarían lo suyo, que sus papeles estaban en regla.

—¡Y como él sabe de letra —agregaba—, tal vez no me la quiten!

Rosendo aseguró que ni la letra valía. Lo malo es que se antojen. Había visto muchos atropellos por tierras. Esa era una angurria de todos los diablos. Y concluyó:

—¡Y tó nos vamos a morir! Yo sí que no sé pa qué tantas agallas, si solamente necesitamos la del joyo. ¡Magnífica! Por eso yo no he tenío nunca ná. Toy conforme con mis brazos. To lo que gano me lo hecho encima. El que no tiene na, vale, no pierde na. ¡Ni sufre! Yo no tengo na que me roben ni que perder. Como lo que encuentro y bebo en el río. Los camino pa andar. ¡Y eso jata que Dios quiera! Nunca le he

tenío tirria a na, ni an la vida mesma la he querío, porque la he jugao más vece que pelo tengo en la cabeza. Toy vivo porque el malo no se muere.

—¡Jesús! ¡No hable así, cristiano! —murmuró Anastasia.

—¿Y cómo voy a hablar?

Se levantó, se alzó los calzones y se echó atrás el machete. Es que ya eso de las tierras lo tenía cansado. Ese era un cuento de nunca acabar. Los pesos ya no valían, así le dijo Candelario el de La Loma. El que contaba con pesos de tierra no tenía nada. Tampoco los que no llevaron sus papeles a la firma. Y los que dejaron pasar el plazo lo perdieron todo. Gautier Mojica dice que a muchos les ha pasado por desconfiados y el mayordomo asegura que por brutos. Los amparos reales dizque se habían perdido. Sólo había uno en casa de Silverio el de La Sierra, según Anselmo Benítez. No entendía bien ese *rebú*. Y terminó por referir con detalles que una vez vio en la cárcel a un notario, junto con otros hombres decentes, que estaban presos desde que falsificaron escrituras con semillas de aguacate. No pudo explicarse bien el asunto, pero aseguró que conoció al notario muy bien y que hasta habló con él. Por cierto que se quejaba de los mosquitos. No parecía tan pícaro un hombre tan blandito.

—Yo nunca había visto, vale, picar una gente con tanto gusto. Parecía como de *virgüelas*. O tenía el pellejo muy fino o la sangre muy dulce, porque lo que es a mí vale, jasta los mayes me respetan.

A poco descendía Rosendo por la cuesta, camino de La Inocencia y los demás quedaban solos en el bohío. Era casi de noche. Lejos sonaba un balsié, en el Hoyón, sin duda y el fundo iba a ser arropado por las sombras, mientras sobre su techumbre refulgían ya las estrellas.

Francisco se despidió.

Cuando quedó sola, Anastasia rezó un Padrenuestro y luego se entregó al tema habitual de sus meditaciones. Cuántas cosas pasa una mujer sola en la vida.

José pasó por su imaginación. Cuándo hubieran pasado tantas cosas si José se hubiera quedado a su lado, ayudándola a criar las hijas.

Allí, en ese sitio y en ese fundo, nació. Allí creció. Fue ese fundo el nido de sus únicos amores. Nacieron en él sus padres y allí nacieron sus hijas, las hijas de José, que la abandonó después de haberla hecho sufrir tanto, para casarse con una del pueblo. La más pequeña, Ramona, mudaba los dientes cuando José dejó de vivir con ella. ¡Era tan bonita entonces! ¡Daba gusto verla!

Para criar esas hijas trabajó mucho. Hizo conucos con sus propias manos, lavó mucha ropa, planchó por paga. Lo que sí no hizo nunca fue ir al pueblo a vender cargas de víveres, como hacen otras. Sus hijas sí fueron. ¡Levantar una familia cuesta muy caro! Afortunadamente los vecinos la querían mucho y ella se llevó bien con todos. Por eso tal vez pudo criarlas. Su compadre Domingo, más que ningún otro, siempre la ayudaba. En su conuco podía coger los víveres que quería cuando a ella le faltaban.

Hacía tiempo que Anastasia se quejaba de la vista. Cuando se asomaba a la puerta del bohío para ver si alguien subía por el trillo o cuando venía a su casa alguna persona, colocaba la mano derecha abierta sobre la frente a manera de pantalla para amortiguar la luz. Y como esto no fuera suficiente para permitirle distinguir mejor, sonreída solía decir:

—¿Y quién eres tú?

Otras veces se hacía repetir las palabras para reconocer a las personas por la voz.

Y concluía siempre:

—¡Suponte hijo! ¡Sólo figuro bultos! Lo que es la vista ya la tengo comida.

Todas sus hijas estaban colocadas ya. La mayor, Rosario, se casó con Faustino y las otras dos se aplazaron con hombres buenos, aunque pobres. El peor era Polín, porque era viejo y casi inútil. Trabaja en la finca. Cuando Anastasia lo nombraba no podía evitar un gesto de

inconformidad. A Polín no le gustaba hacer conucos. No quería saber más que de cañas.

Era del Sur. Una tarde se apareció en el fundo y pidió posada. Al segundo día le dieron unas calenturas y se quedó casi una semana en la casa. Las muchachas le cogieron pena y lo atendieron de tal modo que con teses y bebedizos se las pudieron cortar.

Una mañana llegó José de paso para el llano y como necesitaba un peón para que ayudara a Fausto a trabajar el ganado se llevó a Polín, que no tenía qué hacer. Pasaba el día allá en la sabana enlazando y herrando reses, señalando becerros mostrencos. Por la noche venía siempre a tender su hamaca. Eduviges le guardaba cena.

Después que se fue José quedó sin trabajo. Entonces ayudaba en la casa. Iba al conuco, daba algunos mochazos y después de mediodía venía al fundo.

Se declararon unas aguas fuertes y le atacó un poco de reumatismo. Un mes permaneció sin salir del bohío. Mientras tanto Eduviges le conseguía hasta la fuma.

Por fin abrieron los primeros trabajos de la finca y un lunes dio una salida para ver al mayordomo, por la tarde llegó diciendo que había *enganchado*.

Desde entonces todas las mañanas salía para el trabajo y regresaba en la tarde. Las colonias quedaban lejos todavía. Los días de paga le traía algo a la vieja. Venía con dulces, con andullos y con otras cosas que sólo se conseguían en la bodega.

Poco a poco el vecindario se acostumbró a verlo en la casa. Algunas veces la vieja Anastasia, malhumorada, decía:

—¿Y cuándo saldremos de este cristiano?

A lo que contestaba Eduviges:

—¡Mamá, si este probe hombre no la ofende! Cuando no nos sirviera para mucho, nos sirve para respeto.

Algún tiempo después ya no le molestaba.

—¿Cuándo vendrá Uribe?

—Sácale su comida a Polín.

—¡Jesús! Cuánto tarda Uribe. Ni me fío que le haya pasado algo.

Los domingos Uribe salía por el vecindario vestido de limpio. Su chamarra de fuerte azul brillaba. Su camisa no carecía de almidón. Y Eduviges anudaba los *chavos* que por este servicio Polín le daba en todas las quincenas. En una ocasión le llevó un túnico de la finca, en otra, un par de chancletas, lo cual justificaba a los ojos de Anastasia las atenciones que con él gastaba su hija.

Pero una mañana Eduviges no se levantó. Sintió unos dolores atroces en el vientre. Se tomó unos cuantos teses que le hicieron, pero le arreciaron tanto esos dolores que ella misma le dijo a la madre:

—Mamá, yo creo que sería bueno que viniera Nieve.

—¿Nieve? ¿Y pa qué? —contestó la vieja.

—Mande por ella. Después le digo.

La vieja no fue tonta. Se le clavó una sospecha, pero no dijo nada. Uribe estaba en la finca, trabajando.

Por la noche Anastasia tenía una nietecita oscura, una negrita y se acostó temprano para no verle la cara a Uribe, que la había engañado, traicionando su confianza.

Es por eso y porque es amigo de la finca, por lo que Anastasia todavía no podía reprimir un gesto de inconformidad cada vez que lo nombraba.

Un tiempo después se instalaba en la sabana, del otro lado del arroyo, en tierras de José, que lo autorizó a fundar.

Los otros dos yernos eran más trabajadores y más apegados a lo suyo. Ramona vivía al pie de la loma. Del otro lado del monte que rodeaba el fundo. Rosario, un poco más lejos, en Las Puntas. Varias veces al día subía Ramona para darle vueltas. Más apegada que Eduviges, le hacía los oficios, le cargaba el agua, le ayudaba a arreglar la cocina, le traía leña, le lavaba la ropa. Anastasia ya no tenía gran cosa que hacer. Y los

yernos también le daban vueltas. Cuando iban a la Finca le traían café, pan, galletas, azúcar y una o dos veces al año algún vestido. El pañuelo que usaba fue regalo de Francisco.

—No puedo quejarme —decía—. ¡A naide le falta Dios!

Por las mañanas Ramona subía a besarle la mano. Entre días venía Eduviges, y muchas veces, antes que Ramona, llegaban los nietecitos, un varón y una hembrita. Se le colgaban del cuello, la besuqueaban y se disputaban sus piernas. El varoncito se quedaba luego hasta tarde, dándole tormento. Le alborotaba la casa, pero la ayudaba a buscar los huevos en el monte. Le hacía compañía y muchas veces dormía con ella. Y mientras permanecía en el fundo, *Lechuza* abandonaba su rincón y se animaba un poco.

Causábale, sin embargo, sufrimientos, entre otras cosas, el estado del bohío, que ya se le quería caer encima. Muchas tablas se le habían zafado y los principales horcones estaban casi trozados. Afortunadamente las goteras no le preocupaban tanto, porque uno de sus yernos, Faustino, vino expresamente un domingo para cogerlas todas. Ya no se mojaba. Pero las reparaciones que debían hacerse le eran tan costosas, que sus fuerzas no le permitían realizarlas. Panchín se lo había arreglado hacía ya años. Le compuso la puerta, lo entabicó, lo blanqueó y le repasó la cobija. Entonces ella podía trabajar. Pero ahora, ya no tenía fuerzas para nada.

—Un día —dijo Ramona—, me van a encontrar muerta, debajo del fundo. Desde que sople un ventarrón fuerte.

—¡No diga eso mamá! ¡De que tamo nojotro! De aquí allá lo compongamo.

Su única esperanza era vender el novillo que tenía en La Piedra. Anastasia tuvo sus vaquitas, pero ya no le quedaba casi nada. La seca por un lado y los ladrones por otro, terminaron con la bobería que le restaba.

—Y sin hombre en la casa. ¡Figúrese!

Iba para dos años que apenas salía. La última vez que lo hizo fue para ir a la sabana a un mortuorio de un compadre que se portó muy bien con ella. Desde entonces, sólo bajaba de tarde en tarde donde Ramona. Ni siquiera había visto el alambre de la finca. Sabía de esos trabajos por el pito de la máquina, por lo que oía hablar a sus yernos y por los peones que llegaban al fundo. Rosendo era el que más le había contado. Pasaba con ella las tardes de muchos domingos, sentado a la puerta del fundo o sobre la canoa de la sala. Para él no había en todo ese lugar una vieja más servicial y honrada.

3

La Compañía Nacional inició sus trabajos para terminar con todos los litigios que se le pudieran presentar y tomar definitivamente posesión de las nuevas tierras que había adquirido. Los trabajos se iniciaron por las tierras de Anastasia, que estaban comprendidas en una de las zonas que la Compañía consideraba de su propiedad.

Fue un vértigo. Los paños de monte eran abatidos como por una tormenta. Por los caminos se cruzaban los compradores de tierras. Los agrimensores pasaban temporadas en los campos midiendo. La humareda de las quemas, de los habites, cubría el cielo en grandes extensiones. Se destruyeron potreros, conucos, cacaotales. Se rectificaban caminos, construyeron líneas férreas, bodegas y pozos. Aquí se alzaba un nuevo molino de viento, allí se destocaba un carril, más allá aparecía un peso. Las colonias surgían como por obra de encantamiento. Los campesinos se perdían en sus propias posesiones. Todo cambió de la mañana a la noche.

El sitio de Anastasia se pobló de tumberos. Coplas y golpes de hachas se oían desde el camino. A la semana se alcanzaba a ver todo el bohío desde muchos sitios. El monte iba desapareciendo poco a poco. Los trillos que por allí pasaban para la sabana, para el arroyo, para los otros

fundos, se cubrieron de ramas y de troncos. No se podía transitar más por allí. Nuevos senderos abrieron los tumberos para ir a sus cuadros. El cielo se veía más grande, como si hubiera aumentado al desaparecer el monte que lo recortaba. Y los pájaros parecían más numerosos, porque cruzaban muchos, desorientados, buscando refugio.

El fundo quedó a merced del viento y del sol. El jardín perdió su empalizada, destrozada por las vacas que de noche entraban y salían por las tumbas. Unas cuantas yaguas desaparecidas dejaron un boquete en el alero del frente. La puerta no cerró más. Desde lejos se veía el hueco comprendido en su marco. El conuco quedó a discreción de los trabajadores. Se abatieron los troncos para coger los frutos.

Pero Anastasia no hizo resistencia, no podía hacerla. Cuando le avisaron que iban a ocupar sus tierras no dijo una palabra.

—¿Qué voy a hacer?

Francisco fue a ver al notario de la común vecina.

—Yo no puedo hacer nada. Me parece que ya es tarde.

Vio de paso al jefe.

—Eso es cuestión de la justicia —dijo.

Una semana después fue a Macorís. Un abogado le manifestó:

—Ustedes no tienen dinero para un pleito.

Vio a otro. Le habló más detalladamente y este le contestó:

—Lo mejor es ver si la finca les regala algo. Les hace una pequeña indemnización. El fundo ese, según usted dice, no valía nada. Era una ruina.

Francisco regresó al batey y quiso ver a míster Moore, pero no estaba allí. Se lo dijeron en la bodega.

Al día siguiente, ya desesperanzado, resolvió que Anastasia se fuera a casa de Polín. Él se iba a La Loma. Hasta allí no irían.

Cuando don Marcial Martínez vivía en Quisqueya, encargado de la bodega de Atilano y Compañía, consideraba la caña de azúcar como un buen negocio. En ese ingenio había aproximadamente unas doscientas

colonias, casi todas pertenecientes a dominicanos. La mayoría de estas eran pequeñas, hasta de doscientas tareas y todos los colonos vivían relativamente bien. El dueño del Central era un hombre excelente, cubano, y el sistema por el cual se administraba era totalmente distinto al de las compañías americanas.

—Nosotros no estamos aquí para jacer favores. Estamos para ganar dinero —le dijo un día míster Moore.

¡Cuándo iba a decir esta expresión el dueño del Central Quisqueya! ¡En realidad, qué podía traerlos a este país! Muy tarde lo vino a comprender.

En aquella época no había bancos y las refacciones se hacían por intermedio de una casa alemana muy antigua que existió en Macorís.

Tres años pasó don Marcial en esta bodega. La casa ganó dinero y él también. Durante esa época compró una propiedad en la ciudad y formó su familia. Vivía bastante bien, hasta que un día Atilano y Compañía mandó a hacer un inventario y, tan pronto como este se realizó, lo despidió de la manera más cordial, pero sin darle explicaciones. Se trasladó seguido a Macorís y allí se estableció por su cuenta.

Los negocios no le fueron bien. No podía hacer economías. Apenas los gastos. Pero en una ocasión en que ganó unos *chavos* se le ocurrió comprar unos títulos de tierras a don Rafael Pérez, negociante de tierras, siempre con la idea de que quizás con una colonia podía hacer dinero.

Guardó estos títulos hasta que se ordenó la mensura del sitio de Las Pajas. Fue de este modo como adquirió las tierras en las cuales se encontraba La Inocencia.

A don Marcial Martínez le hicieron varias proposiciones para compra de esas tierras. Un amigo le hizo una visita en su casa de la ciudad con ese propósito. Él le manifestó que no pensaba vender. Más tarde le propusieron que las arrendara o hiciera una colonia, que el ingenio le daría el dinero suficiente y todas las facilidades para el fomento.

Don Marcial vaciló, pero consultó con personas entendidas. Todos le aconsejaron que se decidiera. Hizo una visita a míster Moore y este se mostró muy complacido.

—Muy bien. ¿Usted quieri jacer colonia? Ta bien. No estar lejos. Yo llevar línea allá. Yo dar buen semilla. ¿Quién jace cargo de esa? Ta bien. Yo mandar después contrata.

Dos días después recibía una carta de la Administración en la cual se detallaban las condiciones bajo las cuales haría la colonia, así como un proyecto de contrato.

—Es un buen negocio —le decían—. Usted ha obtenido ventajas que no se las conceden a todo el mundo. Dinero barato, azúcar en el muelle, los sacos. No hay que vacilar. ¡Y ahora que hay buen precio!

Una noche don Marcial vio un amigo en el club.

—¿Me dicen que vas a hacer una colonia?

—Así pienso.

—¿Cuántas libras te dan?

—90.

—Te has salvado. A la mayoría sólo le dan 80, dos o tres reciben 85. Aquí no dan más. Sólo en Cuba es que se dan 125. Yo no sé por qué aquí no obtenemos eso. Yo creo que es porque no nos hemos propuesto.

Don Ezequiel se quedó pensando un momento. Luego preguntó:

—¿Cuántas tareas vas a tumbar?

—Tres mil, poco más o menos.

—Buena cantidad.

Don Ezequiel sacó un lápiz y buscó en el bolsillo interior del saco un papel. Sacó varios sobres y en la cara sin dirección de uno se puso a hacer números. Sumó, multiplicó, borró dos o tres veces.

—El primero y segundo año puedes calcular cinco toneladas por tarea. Son quince mil toneladas. Luego calcularás tres toneladas a partir del tercer corte. En el primer corte harás alrededor de cuarenta mil

pesos. La colonia te costará veinte mil. Muy bien. Es un negocio redondo.

Don Marcial observaba los cálculos y escuchaba a don Ezequiel, hombre reputado de mucha experiencia en el negocio de cañas. Hacía muchos años que vivía en su colonia. A veces se le consideraba como un hombre rico y a veces se decía que estaba apurado. En realidad pocos conocían su verdadera situación.

Después de rectificar los cálculos le preguntó a qué tipo de interés recibiría el dinero de la refacción:

—El ingenio me da el dinero y me cobrará 6 por ciento.

—¡Magnífico! Todos pagamos el 12 por ciento. Y los sacos, ¿te darán los sacos?

—Creo que sí.

—¿Y el azúcar en el muelle?

—Eso lo voy a exigir.

—Muy bien. Todo eso hay que detallarlo. Mientras más claridad mejor.

—¿Tienes bueyes? Eso es muy importante.

Los interrumpió Miguel López, un negociante en azúcar muy conocido en la localidad.

—Aquí, aconsejando a Marcial. ¿Sabes que va a ser colono?

López lo felicitó:

—Te meterás en plata.

Don Marcial recogió estos cálculos de su amigo y los repasaba con frecuencia. En realidad los números no engañan. La caña era un buen negocio. Sin embargo, a menudo pensaba en que casi todos los colonos estaban apurados por lo regular. Algunos habían botado mucho dinero, pero otros perdieron sus propiedades y no podían soportar sus compromisos. “En fin —pensaba—, hay que probar”.

Uno de esos amigos insistió:

—No dejes que pasen la cuenta al banco. Si el banco te agarra te embromaste. Eso sí que es un peligro.

Afortunadamente, a él lo iba a refaccionar la misma finca. Ya procuraría evitar esta contingencia.

Pero no le faltó quien le hiciera serias advertencias. Manuel Rodríguez le dijo un día:

—Esa es una cuestión que hay que pensarla. Para entrar todo se facilita. Le ofrecen a usted todo y de todo. Pero después que se ha entrado comienzan las dificultades. Entonces baja el azúcar. Sube el tipo de interés. Se quema la caña. Le pasan la cuenta al banco. Se piden nuevas garantías. Se tienen que hipotecar las tierras y todo lo que uno pueda tener para garantizar la cuenta. No es tan bello país el de América...

Pero don Marcial sabía que Rodríguez era un botarate. Muchos aseguraban que había ganado dinero con la caña, pero que lo había despilfarrado en mujeres, en autos, en parrandas. Una vez fue a Nueva York y gastó un buen pico.

A menudo pensaba don Marcial en la diversidad de opiniones. ¿Quién tenía razón? Unos aseguraban que la colonia era un buen negocio y otros decían que era la ruina. Y todos eran personas serias y reputadas como prácticas y conocedoras del negocio.

—Lo mejor será probar. Sólo se experimenta con la propia cabeza. ¿De quién me llevo?

Un amigo abogado le dijo:

—Con esa carta basta. Ese es un contrato. Conteste aceptando esas condiciones.

Otro abogado opinó:

—Esa carta y nada es lo mismo. Todavía en los tribunales de la República no ha cursado la primera demanda por incumplimiento de contratos de colonias de cañas. Allá, en el país de ellos, hasta las cocineras tienen contratos cuyo incumplimiento puede causar serios trastornos al jefe de familia, pero aquí todo esto es pura solfa. Por eso han arruinado muchas gentes. La única obligación que no eluden las compañías es

pagar los impuestos que crean razonables, de este modo favorecen el cumplimiento del presupuesto que, sin esas entradas, sería ridículo y comprometería la existencia de la República. Por eso pesan tanto esas compañías en el ánimo de todos los gobiernos. Lo demás, no vale la pena.

Y dirigiéndose a otro colega que estaba en la oficina, agregó:

—Imagínese Fresito, estas gentes tienen una opinión muy triste de nosotros, pero nosotros parece que ignoramos esto y siempre estamos como dicen *pelándoles el diente*. Somos unos ilusos. Están cansados de vernos frente a sus escritorios vendiéndoles hasta la camisa. Y una infinidad de funcionarios han vivido *echándoles fajazos*. ¿Qué concepto pueden tener de nosotros? Nos montan en un caballo, nos ponen a voltear por los carriles, nos dan unos golpecitos en la espalda, nos sonríen y terminan por burlarnos siempre.

“Ustedes tienen ahora gobierno. Presidente estar simpático. País estar in paz. Mocho progreso in todo —dice míster Perkin a un diputado. Y en seguida nos hacemos eco de esta opinión, que por ser dicha por un extranjero nos parece muy valiosa y repetimos llenos de satisfacción: “¡Míster Perkin habla muy bien del Gobierno!”. Así somos todos Fresito, unos ignorantes, pretenciosos, que no tenemos concepto de nada. Le ofrecen muchas cosas en esta carta y después la dan por no escrita”.

Pero don Marcial creyó que estos juicios eran exagerados y se decidió.

Tumbaría tres mil trescientas tareas para comenzar, casi la totalidad de las tierras que poseía en ese momento.

¡Con qué entusiasmo dio comienzo a sus trabajos! No podía olvidar la mañana que detuvo por primera vez su caballo en el camino de Palmo Espino, ahora convertido en carril. El azúcar valía algo entonces. La semana anterior a su viaje había subido más de tres puntos. La perspectiva se presentaba halagadora. Todo el mundo hablaba de las extensiones que hacían los ingenios. Recordaba la animación que existía en el campo. Muchos amigos de él compraron tierras y pensaban sembrar

cañas. Se hablaba de la posibilidad de que el precio subiría más todavía. Los bancos abrieron créditos. El valor de las tierras se elevó. En la ciudad se comentaba el futuro halagador y próspero que se avecinaba.

¡Cuántas ilusiones! Don Marcial paseó su mirada aquella mañana por el monte. Monte virgen por el cual cruzaron algunas bandadas de pericos y cotorras que venían de las lomas próximas. Un bosque poblado de árboles antiquísimos. Duro, tupido, oscuro. Acompañábalo Ambrosio, un peón de confianza, práctico en el lugar, que le dieron en la colonia Amistad y el cual le había repetido una infinidad de veces durante el reconocimiento del terreno la misma expresión:

—Esta es una tierra bendita, don Marcial. Aquí se da de todo bueno, la caña se dará como en ninguna parte.

Por dos o tres ocasiones le señaló lugares en los que se veía una gruesa capa de tierra, negra como el carbón, en los hoyos, en los derrumbes producidos por las aguas, en las remociones causadas por la raíz de un gran árbol caído.

—Esta tierra no engaña, don Marcial. Aquí va usted a coger como diez toneladas por tarea en el primer corte. Usted se va a salvar.

Cruzaron ese día el monte en varias direcciones y al regresar al camino por segunda vez, ya alto el sol, alcanzaron a ver un grupo de hombres al cual se acercaron. Eran peones que habían llegado allí para tratar la tumba. Ya sabían que se iba a fomentar esa colonia y que don Marcial llegaría ese día y a esa hora para tratar.

Algunos portaban hachas, otros solamente machetes. Casi todos cuchillos en la cintura.

—¿A cómo van a pagar? —preguntó uno de ellos.

Don Marcial respondió:

—A dos pesos cincuenta. Tala, tumba y habite.

Para colonia, a *son de desjarrete* no estaba caro. Don Marcial sacaría después la leña. Tenía interés en sembrar caña de frío. Aprovechar el tiempo.

Varios de estos hombres se internaron en el monte para reconocerlo y señalar sus cuadros. Cortaron varas, las hendían por un extremo con su machete y enganchaban en este extremo otro pedazo de palo para formar una cruz y clavaban estas cruces en el sitio que les parecía mejor. Otros cortaron varas de tamaño determinado, varas conuqueras, y con ellas empezaron a medir su cuadros. Algunos, los más, se fueron sin hacer nada. Pero todos prometieron volver el lunes y avisar a otros para que no faltara gente.

—Con tanta gente —dijo Ambrosio a don Marcial—, esta tumba será una pasada.

Él conocía a muchos de los que habían venido. Al vale Tiburcio, a Juan Francisco, a Petronilo. Esos eran los mejores hombres del lugar. Vio también algunos de los que acababan de perder sus conucos. Allí estaba José del Carmen. Cibaños vio pocos. Sin duda no sabían por allá de esos trabajos. Esas gentes son muy *largos* en cuestiones de tumbas.

Don Marcial preguntó a Ambrosio por un hombre que le llamó la atención por ser el único que tenía zapatos:

—Ese es Prudencio. Ese tiene gente. Si usted ve que la cosa va floja no tiene más que avisarle. En un momento le llena la tumba de hombres. Lo que tiene es que trabaja más caro, porque él gana con sus hombres. Cada uno le paga por el *enganche*.

Ambrosio y don Marcial al regreso pasaron por delante del fundo de Anastasia Rojas y siguieron la sabana para ver de paso el monte que le había quedado a don José Contreras y otros sitios que se pudieran utilizar para potreros y que don Marcial pensaba comprar después.

Frente al fundo de Anastasia, Ambrosio le dijo a don Marcial:

—Ese es el fundo más viejo del sitio. De momento esa vieja tendrá que soltarlo.

Don Marcial no pudo reprimir la curiosidad que le despertó ese bohío torcido y solitario. Todavía al dejar el claro en que se encontraba, al internarse en la ceja, volvió la cara por última vez para contemplarlo.

A las dos semanas el monte de don Marcial estaba lleno de hombres. La tumba prosiguió con algunas interrupciones, pero se hizo con bastante rapidez. Fue una tumba al *desjarrete*, los troncos se trozaban por su base, no muy alto, y luego se le daban dos o tres cortes, según su largo, y en seguida se *destoconaban*. La finca no necesitaba leña de momento y míster Moore le prometió que poco a poco se la compraría, lo cual le produciría algún beneficio.

Al terminar el habite, don Marcial había gastado una cantidad de dinero razonable. La suma invertida hasta esa fecha era sensiblemente igual al promedio gastado por los otros colonos en esa época. Al iniciarse la siembra fue cuando comenzó su desastre. La semilla fue suministrada por el ingenio. Por orden del administrador se escogió para cortarla una colonia que quedaba del otro lado del río, porque según míster Moore era de las pocas en las cuales la caña no padecía *mosaico*. El transporte de esa semilla resultó demasiado costoso. Pagó viajes de carretas muy caros, porque estas sólo podían dar un viaje por día. Esto dio lugar a innumerables contratiempos. Primeramente se traían las cañas enteras, muchas de estas después de haber permanecido días en el cargadero a causa de que las carretas de que se disponía no eran suficientes, llegaban a la colonia completamente borrachas, apenas se podían utilizar algunos pedazos para semilla y de estas nació una cantidad muy pequeña.

Don Marcial tenía interés en que Uribe apurara la siembra, pero como había necesidad de seleccionar la semilla antes de dársela a los muchachos y los picadores sólo tenían órdenes de picar las cañas que estuvieran sanas, no se podía avanzar. Muchas veces se vieron obligados a utilizar semillas borrachas, porque aflojaba el tiro y las cuadrillas perdían tiempo.

Varias veces se quejó don Marcial de los gastos, pero míster Moore le decía que era preferible gastar más y tener una buena semilla que echar a perder los campos con caña enferma.

La consecuencia fue que su cuenta aumentó de tal modo que el costo de cada tarea representaba una suma escandalosa. ¡Qué iba a hacer! Tenía que soportar esto. La Compañía lo refaccionaba y esta no ponía objeción al gasto que se hacía.

—Don Marcial, usted se va a arruinar —le decían hasta los mismos carreteros.

Por varias ocasiones vio al administrador y siempre le repetía lo mismo:

—Usted va gana dinero. No tener miedo. Yo va ayuda a usted.

La siembra fue hecha por administración. Se la hizo Polín, un trabajador honrado y competente. Se lo había recomendado Gautier Mojica.

Su mayordomo fue un día a casa de Anastasia y le dejó un mandado.

—Dígale que don Marcial lo quiere ver.

Polín estaba sin trabajo. Vivía en la sabana. Organizó algunas cuadrillas y dio comienzo a la siembra en un *verano*. Los primeros campos hubo que sembrarlos *hondo*, porque no llovía hacía cosa de un mes. Esto ocasionó también perjuicios a don Marcial, a causa de la mucha semilla que dejó de nacer, porque se secó.

Varios meses permaneció en la colonia, porque, además de la siembra, tuvo que hacer una gran resiembra y no se logró por esa causa que los campos quedaran bien cerrados el primer año. El costo de fomento de La Inocencia, por estos y otros contratiempos, se elevó considerablemente sobre el presupuesto que se había calculado. Pero se consiguió que la caña cerrara al fin. Y se dio excelente, tal como Ambrosio le había pronosticado a don Marcial. En los bajos fue una bendición. Caña gruesa, larga, matarrones que provocaban la admiración de cuantos los veían.

—Buenaza esa caña —afirmó Gautier Mojica, al pasar por la colonia—, don Marcial en el primer corte empata lo que le ha costado la siembra.

Detrás de La Inocencia quedó una faja de monte que pertenecía a un particular que no deseaba sembrar cañas, porque se dedicaba a la crianza de animales. Era un monte grueso que producía un bello contraste, por su altura y su tinte oscuro. Era el monte de Manuelico.

Le faltaba un ojo y por eso usaba unos espejuelos oscuros. No quería saber de cañas. Continuamente estaba averiguando en el batey quiénes eran los que cortaban varas en su monte. Y constantemente el jefe le apresaba reses que se pasaban por los alambres a la colonia. Vivía en continua zozobra.

Un día, pasando por delante del monte de Manuelico en compañía del mayordomo, Gautier Mojica no se pudo contener.

—¡Vea que monte, vale!

Y Gautier Mojica refirió al mayordomo que una vez Manuelico se expresó en estos términos: “Dejen a cada cual con su idea, señore. Pa eso e que uno manda en lo suyo”. Mojica no pudo reprimir su indignación.

—Si es un hombre tan bruto, vale. No come yerba de casualidad. Más cerrado que un calabazo.

Bajo los troncos una capa de hojas secas amortiguaba el ruido del paso de las bestias.

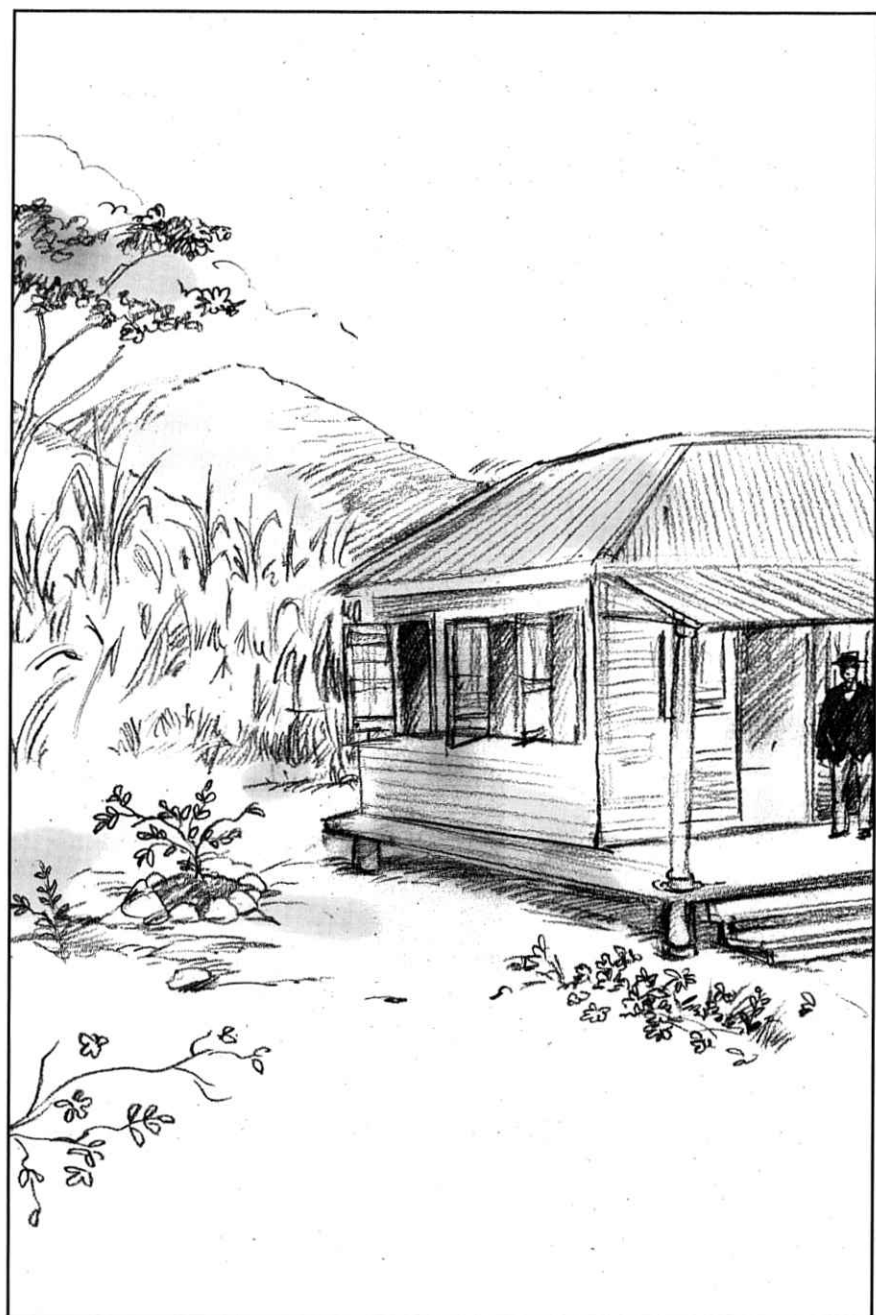
—Yo no sé qué piensa este hombre —agregó Mojica.

—Quizás espera que se lo compren a buen precio.

—O se lo quiten. Él no puede enfrentársele a la finca. Para mí es un estúpido.

Y mientras siguieron el estrecho camino que separaba este monte de la caña, Mojica siguió hablando:

—Este hombre es muy bruto. ¿Qué va a hacer con esa tierra? Él creará que con rabizas de yuca, con ahuyamas y plátanos se va a salvar. Ni que hiciera diez conucos se salvaría. Los conucos no dan ná. Para los ladrones. Si acaso para un mal sancocho. Con todo ese monte sembrado de víveres no encuentra quien le dé un centavo. No puede manejar más *chavos* que los de la carguita que vende. ¡Desgracia! Si tuviera aunque fuera cien tareas de cañas estaría a salvo. Manejaría plata. No hay como la caña. Si yo me viera con ese monte ya lo hubiera tumbado. ¡No embrome Manuelico! No en balde es tuerto. Yo creo, vale, que a



Manuelico debe pasarle como a los gallos tuertos, que nada más ven media valla.

—Pero no se apure, vale, él tendrá que caer. Más tarde o más temprano eso será caña. ¡Qué remedio!

Porque Gautier Mojica sentía un entusiasmo extraordinario por la caña.

—Si no fuera por la caña toditos nos estuviéramos muriendo de hambre. Hablan de ella, pero la necesitan. Sin caña no veríamos ni un *chele*. ¿Dónde? La caña es la que nos mantiene a toditos.

El mayordomo está de acuerdo con Mojica. Para manejar dinero hay que estar con la caña. Esta es la salvación de todos. Por eso él está de acuerdo con que sembraran más.

A causa de ese monte de Manuelico, La Inocencia resultó una colonia más larga que ancha, situada de sur a norte y sobre una superficie ligeramente accidentada. Era un bajo la parte más importante, la otra tenía una ligera elevación. Un arroyo la dividía en dos partes casi iguales. Contaba cerca de veintiocho campos irregulares y en todos ellos la caña no había alcanzado el mismo desarrollo. La parte alta era seca, pedregosa, en cambio, la baja era más húmeda y de mejor terreno. Por aquí cruzaba un camino que hubo que desviar, no sin que se presentaran algunas dificultades con las autoridades, las cuales se vencieron al fin, gracias a las facilidades que se les conceden a las compañías azucareras. El arroyo ofrecía inconvenientes para la comunicación entre las dos porciones de la colonia. Un gran trabajo tuvo que realizar don Marcial para rebajar los barrancos a fin de que las carretas pudieran pasar de uno a otro lado.

El costo de la porción alta fue mayor que el de la baja debido a esta circunstancia. Por el lado del este el límite de la colonia era la sabana. Doce o más kilómetros la separaban del Batey Central. Y la línea férrea se encontraba a dos kilómetros aproximadamente. Esto creaba más dificultades al personal. Muchas razones obligaron a la Administración

a abrir esos trabajos, aun cuando no dispusieran de las comodidades indispensables en estos casos. Entre otras, había que aprovechar los precios y sobre todo, ocupar rápidamente las tierras que todavía estaban en litigio y fomentar las de los particulares para evitar que pasaran a otras manos.

Diez mil tareas de cañas y dos o tres bateyes se encuentran ahora en el sitio de Las Malas Mujeres, en las tierras de Anastasia Rojas y en las de sus vecinos. Una red de carriles dan paso a los trenes de carretas, y a los vividores de la sabana y de La Sierra, que por ellos cruzan continuamente. Y en los dos chuchos allí establecidos, el pito de la locomotora ha sustituido al bramido de las reses montaraces.

Desde la galería de la casa de vivienda que estaba en un alto, se podía apreciar la cantidad de cañas que tenía don Marcial. Desde allí se podían ver muchos campos de su colonia. Esos campos de La Inocencia se continuaban con las cañas de la finca, que parecían la mar. No tenían los cañaverales ninguna interrupción, a no ser la que le oponían los ríos que los cruzaban a manera de canales de riego o alguna que otra cinta de monte, tan estrecha, que apenas daba sombra. La caña no terminaba hasta llegar al pueblo y al mar, porque seguía a la de los otros ingenios. Allí en el mar ya no se podía sembrar, ni en el pueblo tampoco. Esos eran sus límites infranqueables. Desde el batey de La Inocencia hasta allí se podían contar cerca de cuarenta kilómetros. Poco más o menos. ¡Qué barbaridad de cañas!

Fue la casa de vivienda lo último que hizo don Marcial en la colonia. Poseído de su entusiasmo, quiso hacer una construcción amplia, fresca, ventilada, donde pudiera vivir con la mayor comodidad. Se levantaba en la parte más alta y más seca. La tierra era allí negruzca. Debajo de esta capa se encontraba un barro amarillo, que podía verse en los cortes y en los hoyos. Cuando llovía se hacía lodo, pero las aguas corrían pronto para las partes bajas, y bastaban algunas horas de sol para que el piso se secara.

De toda la colonia era el lugar más a propósito para una vivienda. Esta circunstancia decidió a don Marcial a fundar allí. La casa era regular de tamaño. De cuatro aguas y una galería corrida. Techo no muy alto y de zinc acanalado. Montada sobre altos pilotillos, de un poco más de cinco pies de altura, el espacio o piso que quedaba debajo se podía utilizar como depósito. Y lo era, en efecto.

La casa tenía una sala regular. En el comedor había una mesa de pino en la cual comía. En el aposento una cama provista de mosquitero. Se sentía a veces una cantidad enorme de mosquitos. En los setos, sillas de montar, frenos y sogas. Un almanaque de La Tabacalera, una chamarra y un capote colgado en sendos clavos. Junto a la cama una mesita en la que colocaba don Marcial el revólver cuando se acostaba. En un rincón una escopeta de dos cañones, la mejor de por esos lados.

Detrás de la casa, la cocina, a ras del suelo. El servicio se hacía por medio de una escalera y esto daba lugar a que no le pararan cocineras, porque le huían a este tanto subir y bajar que, como es sabido, “causa tanto daño a las mujeres”.

En el fondo la caballeriza. Dos mulos, muy buenos, comprados en San Juan, y el caballo. En el centro del cercado que limitaba el patio, el tanque para el agua, montado sobre pilotillos de cemento.

Don Marcial quiso tener un jardín. En el frente dos o tres arbustos de malvarrosa eran testimonio de sus intenciones. Y unas cuantas matas de albahaca. No omitió detalles para no echar de menos nada en el campo, mientras preparaba su futuro bienestar.

En el primer año don Marcial no pudo tirar su caña. El chucho que le prometió míster Moore no se pudo construir. Por este motivo le ofreció comprar gran parte de su caña para semillas.

Un día míster Moore dio órdenes para que empezaran a cortar. Le ofreció pagarle a quince pesos por tarea. Era un buen negocio. Pagaría su colonia y le sobrarían algunos miles de pesos. Realmente la caña era un negocio brillante para don Marcial.

Pero solamente vendió quinientas tareas. Y lo que esto produjo se lo abonaron en cuenta.

Al año siguiente le ofreció darle dinero para comprar bueyes. Quincenalmente le daría ciento cincuenta pesos. Don Marcial se llenó de esperanzas. Compró doce yuntas y cuatro carretas para pagarlas con este dinero. A la tercera quincena, después del compromiso, no le pudieron dar más y don Marcial tuvo que hipotecar su casa de Macorís para responder por la deuda de los bueyes. Fue un desastre.

En la zafra siguiente pudo tirar toda la caña, pero ya su cuenta estaba por las nubes. Y el precio del azúcar había bajado. Ya no saldría nunca más a flote. ¡Adiós ilusiones! Desde ese momento la vida de don Marcial fue una lucha continua en medio de la más negra miseria.

Muchas tardes contemplando desde la galería de la casa los inmensos cañaverales dentro de los cuales había vivido y donde se habían consumido algunos de sus mejores años sin beneficio apreciable, estimulado solamente por las alzas y bajas del azúcar, sufriendo un millón de contrariedades, no podía reprimir su inconformidad.

Varios años llevaba metido allí, embrutecido, contemplando ese panorama monótono todos los días. El batey lleno de peones. Un montón de hombres ignorantes, casi salvajes. Atravesando carriles. Alejado del mundo. Con una mesa pobre. Trabajando únicamente para cubrir necesidades ordinarias de la vida. Esclavo del capital ajeno. Desconsiderado a veces por hombres inferiores a él, pero más afortunados.

El estado de sus negocios lo mantenía preocupado. La colonia lo había endeudado de una manera extraordinaria. No sabía exactamente lo que le debía a la Administración. Pidió su cuenta en varias ocasiones, pero el auditor le dijo que se la estaban preparando para el final de la zafra. El año pasado llegó a cerca de cincuenta mil pesos, pero pensaba que este año podría hacer un fuerte abono. Hacía tiempo que vivía estrecho con el propósito de bajar esa cuenta, porque le tenía miedo a los intereses. Se había visto obligado a tomar algunas sumas al doctor

Giacomo, un italiano que vivía de eso, pero que era muy exigente, imponía unas condiciones y garantías que pocos podían ofrecérselas a cabalidad. Todos los años le prometía abonarle algo, pero era imposible. Ya habían transcurrido tres, sin que le sobrara un solo centavo. Apenas los gastos de la familia. Y eso muy estrechamente. Privándose de todo. Su familia no iba a ninguna parte. Las hijas vestían mal. La casa del pueblo, hipotecada a Gutiérrez y Compañía, estaba al perderla. Hace dos años que míster Moore le prometió que lo ayudaría a salir de ese compromiso, pero a última hora se excusó con el pretexto de la baja del azúcar, que ocurrió en los últimos meses de la zafra pasada. También tenía otras deudas en el comercio. La señora tomaba fiado en algunos establecimientos. De vez en cuando, con grandes sacrificios, abonaba algunos pesos. Afortunadamente su reputación de hombre honrado le protegía, hasta cierto punto, de que lo desconsideraran.

Las noches que pensaba en estos brollos interminables no podía dormir. Se alegraba de permanecer en el campo para evitar humillaciones y disgustos. Ni los días que venía al pueblo salía. Leía las cartas, abría los memorándums, rompía los papelitos y de vuelta a la colonia los lunes, procuraba olvidar todas esas cosas, dedicándose a su trabajo. Había perdido la fe. Otros años luchaba con entusiasmo. Noticias oídas en la Administración sobre el precio lo animaban. Esto ocurría siempre al principio de todas las zafras. Llevaba ya algunos años de bregas en el campo y no recuerda haber estado desahogado nunca. Gracias a ser un hombre económico había podido vivir. El primer año le daban en la Administración, sin gran dificultad, lo que pedía. Hoy le costaba recurrir a ciertos manejos para poder sacar algo más del suelo que le habían señalado. Porque ahora todo era medido. Le controlaban el trabajo, le fiscalizaban la hoja de pago. Le inspeccionaban los cultivos y hasta le contaban la gente que tenía. Se avergonzaba de tener que poner nombres supuestos en las listas de pago para poder sacar algo para hacer frente a ciertas atenciones inaplazables. ¡Qué pena! En otros tiempos todas sus esperanzas estaban

en la caña. No quiso vender las tierras, para explotárselas él mismo. Era su única fortuna. Y ahora ni de las tierras era dueño. No las había vendido, pero la enorme deuda que tenía se lo tragaría todo, tierras y casa. “La caña es un juego de *embite*”, se decía. “Hay que tener corazón. Se vive de esperanza en esperanza. Y lo mejor es que hay que sufrir callado. No se puede *bostiquear*”. Sólo en secreto cambiaba impresiones con otros colonos. Cuando se veían en la Administración o en el campo. Y eso que sabía ciertamente que otros estaban peor. Todavía él vivía y quién sabe, dentro de dos o tres años, si el precio subía...

En la colonia, a la hora del descanso, agarraba sus libretas y se hacía los sesos agua haciendo números de todos tamaños. A veces salía para el batey a distraerse visitando al mayordomo o al bodeguero o se iba a ver alguna bachata. No le interesaban los periódicos, ni los leía. Tampoco tenía libros. En su escritorio sólo había formularios para la lista de pago, para el pesador y libretas de vales, un tintero y una mala pluma. Lápiz no le faltaba. Lo llevaba consigo siempre para apuntar nombres y hacer números. Una vida horrible. En su batey no había luz. El agua la tenía en tanques. El molino la subía. Un agua pesada, mala, que le echó a perder el estómago. Creía que ni a los bueyes les convenía.

Esta era la amarga enseñanza que le había dado la caña. Este año volvería a cortar la colina y quedaría con los bolsillos vacíos. ¡Qué experiencia tan dura!

¿Rico? Y don Marcial sonreía. En realidad para sus peones que no vivían como gente sino como animales, él era un verdadero millonario. Y cuando pasaba por los barracones y los veía devorando con marcado apetito un arenque y un trozo de plátano, cuando echaba una mirada a sus calderos negros, donde hervían a borbollones algunos víveres, un pedazo de bacalao, arroz de mala calidad, duro como una piedra, con manteca vegetal de la peor clase, excusaba las murmuraciones que le hacían en diferentes ocasiones, cuando trataba los trabajos, los días de pago o con cualquier otro motivo. ¡Infelices!

Este año las cosas serían peores. Veía venir las zafras con indiferencia. A él le había pasado otro tanto que a los pobres campesinos. Ellos perdieron lo que tenían y él lo perdería también.

Quién sabe si tendría que salir de allí a pasear las calles de Macorís, como un vago, después de tanto esfuerzo, de tanta lucha, de haber sufrido tantas desconsideraciones. Y con otra familia.

A menudo recordaba don Marcial las palabras de Uribe: “¡Estos blancos saben mucho!”.

4

Entró diciembre. Los caminos se han secado ya. Las noches son frescas, transparentes, estrelladas. Se avecinan las pascuas. Por las madrugadas el aliento que despiden las bestias es un humo blanco y hay que abrigarse algunos días, para no temblar de frío al cruzar por los carriles. Ahora se escuchan más gallos cantar. Y muchas mañanas aparecen neblinas sobre las lomas, sobre los bajos, sobre las cañadas, sobre la sabana, sobre la colonia. Durante el día sopla una brisa ligera y agradable.

Alto el sol, Chenchó, el mayordomo de La Inocencia, va llegando a la bodega, después de atravesar diferentes carriles y contemplar las cañas hermosas y bien nacidas. Detiene su mula por delante del mostrador. Se quita el sombrero, saca su pañuelo y seca el sudor. Conversa un buen rato sobre la zafra que ya está encima y, al despedirse, don Antonio le pregunta:

—¿Y cómo están de bueyes?

—De eso no hay que hablar. No tenemos muchísimos, pero contamos con algunos.

Los bueyes son uno de los elementos más importantes de toda colonia. Colonia sin bueyes, no es colonia.

Desde que se hace el presupuesto para el fomento, desde que se da el primer hachazo en el monte, hay que pensar en la bueyada.

—¿Como cuántas yuntas necesitaría usted?

—¿Con cuántas yuntas cuenta usted?

—¿Tiene buenos bueyes?

Don Julián responde:

—Quiero hacer una bueyada.

Y en la bodega o en el barracón los peones dicen a veces:

—Como la bueyada de Fulgencio no hay en parte.

—En La Amistad tienen como treinta yuntas.

—En Dos Hermanos pueden montar más de quince carretas.

Un día sube Chencho hasta la casa de don Marcial con un viejito de la sabana.

—Este hombre viene a venderle una yunta, don Marcial.

—¿Y cómo son esos animales?

El viejito contesta:

—Es una yunta de novillos. Son de la sabana. Del sitio de La Lima.

—¿Criollos?

—Sí, criollos, pero de ese ganado salen bueyes buenazos.

—¿No han jalado todavía? —pregunta don Marcial.

—Un poquito. Pero a esos no hay más que ponerles el yugo. Son nuevos y limpios. De vista.

—¿Son grandes?

—¡Tamañitos!

Y don Marcial termina por prometerle al hombre que mandará a verlos lo más pronto que le sea posible.

Es que son indispensables los bueyes. A veces no tiene el colono dinero con qué comprarlos, pero toma de aquí, toma de allí, hace economías y hasta contrae deudas para completar su bueyada.

Pero Cuevas quiere sembrar cañas y míster Moore, el administrador del ingenio, le pregunta:

—¿Usted tieni bueyis? No podemos dar para bueyis.

Y este inconveniente lo hace desistir.

Otras veces se necesita caña. Ha subido el precio del azúcar y hay que aumentar la producción. Míster Moore se complace en dar la enhorabuena:

—Le daremos para comprar bueyis.

Chencho no oculta su satisfacción. Conoce la bueyada de don Marcial. En la bodega hablando con un transeúnte, se entusiasma:

—Los tenemos buenazos. *Careto, Cola Sucia, Candelón, Rosita, Puntafuera, Nomeolvides...* Tenemos poquitos, pero escogidos.

Son, sin embargo, los carreteros los que más hablan de estos animales. Fonso dice que la bueyada de don Marcial tiene dos o tres yuntas como no hay otras en toda la finca.

Durante el tiempo muerto apenas se ven bueyes en las colonias. Por lo regular están lejos, en los potreros de la finca, de las colonias, de los criadores que los toman a piso. A veces se llevan fuera de la jurisdicción del Ingenio, cuando la yerba está en este muy escasa. Para los bueyes son casi todos los potreros del Este, que en la primavera se alcanzan a ver desde los caminos, cubiertos de yerba de páez o de yerba de guinea, divididos en vasos más o menos extensos por dos o tres cuerdas de alambre de púas. Destacan estos vasos en el paisaje por su color verde claro, como el de los retoños de los campos de cañas.

Ocupan estos potreros casi siempre las vertientes de las lomas, únicos sitios en que no ha trepado la caña de azúcar, para la cual van siendo cada vez más escasas las tierras bajas apropiadas.

La cuenta del piso de los bueyes constituye uno de los gastos de más consideración durante la época de los cultivos.

Ya en diciembre, los bueyes tienen poco qué comer. El pasto ha desaparecido. Los vasos están pelados. El verde de la primavera ha sido sustituido por un amarillo pálido y opaco. Caminan por sobre pedregales, por sobre la tierra limpia o salpicada, aquí y allí, de matarrones secos, pajosos. Los últimos meses del año son penosos para las bueyadas. Afortunadamente, para esta época, ya tendrán *cojollos* en abundancia en las colonias.

El batey está alegre. El personal va y viene por los carriles. Debajo de la casa de don Marcial se nota movimiento. Se sacan yugos. Se oyen ruidos de cadenas. Tunino entrega paquetes de grasa, por orden de don Marcial. Y en la bodega se despachan brazas y más brazas de sogas de pita. El corte está abierto ya. Brillan al sol los filos de las mochas.

Rosendo oye un vocerío. Alza la cabeza y la inclina hacia un lado. Quiere aguzar el oído.

—¡Por ahí vienen los bueyes! —exclama.

Se oye un canto, luego un estallido. A poco, por la gran calle llena de sol, aparece la bueyada.

La llegada de los bueyes marca el comienzo de la zafra. ¡La zafra! ¡Cuántas ilusiones, cuántas esperanzas trae a todos! Desde el más humilde peón que afila su mocha, la garantía de su vida, hasta el administrador, abrumado de responsabilidades, todos tienen el pensamiento puesto en la zafra. Y la ciudad, allá, confía en que todo ese esfuerzo, toda esa energía que se desplegará en los campos se trueque en bienestar para sus habitantes, que ven en los cañaverales riqueza, prosperidad, progreso.

Don Marcial, desde la galería de la casa los ve pasar con indiferencia. ¡Lo que le cuesta esa pequeña bueyada!

Compró unas cuantas yuntas en el Soco, para pagarlas al finalizar la zafra. Otras las obtuvo de diferentes criadores de la sabana. Dos yuntas, las que siempre lleva la carreta de Murciélago, le cuestan un dineral.

Los sigue con la vista mientras avanzan por el carril.

—Buenazos esos bueyes, don Marcial —exclama Tunino—. Mire a *Cola Sucia*, que *jarto* va.

Se asombra de lo grueso que se ha puesto *Quitasueño* y pregunta a don Marcial cuándo llegará Abelardo con los suyos.

¡La zafra! Chencho ya no tendrá descanso. Vivirá seis meses a horcajadas sobre la mula. Yendo y viniendo, recorriendo todos los carriles, descendiendo por momentos en el corte, en el chucho, en la bodega.

—Ya están enyugando —dice al día siguiente con satisfacción.

Y a partir de ese momento las carretas comienzan a pasar y repasar los carriles. Llenas de cañas, camino del chucho. Vacías hacia los cortes.

—Ya empezamos, vale —le dice Murciélago a un conocido de la sabana—. ¡Toavía no ha dentrao mucha gente, pero yo pienso que dentrará!

—Vamos de a poquito —dice Chencho a don Antonio en la bodega—. Esto se vendrá a animar después de que llegue Abelardo.

Cuando Chencho afirma que La Inocencia cuenta con una buena bueyada, lo hace pensando en Lalo.

—¿Y han tenido noticias de él? —le pregunta don Antonio.

—Ya salió. De momento llega.

Y un domingo en la tarde, después de una semana de haberse iniciado el corte, entra Abelardo a La Inocencia con su tren de carretas montadas. Hay que aprovechar los domingos, que son días muertos para hacer los traslados y utilizar los lunes completos. En el batey hace una parada y va a ver a don Marcial:

—Acabamos de llegar —dice—. No tuvimos tropiezos en el camino.

Conversan sobre el trabajo. Don Marcial le asigna sus campos y al día siguiente Abelardo, al ver a Chencho, exclama:

—Ya entré en fajina, vale. ¡A julepiar se ha dicho!

Y Chencho, con la pierna enganchada en la silla de montar, le refiere las informaciones que ha podido recoger:

—Yo creo que este año se puede hacer algo. Piensan hacer 100.000 sacos. ¡Como cañas tenemos!

—¡Y buenaza! Mire que yo he visto campos que da gusto. Por esos *laos* de debajo de los matarrones son así. —Y Abelardo separa los brazos y acerca las manos como para formar un círculo.

Don Marcial no tenía suficientes bueyes para el tiro, pero Lalo en la zafra traía los suyos con sus carretas y por eso era que Chencho no dejaba una caña parada. Lalo poseía unas cuantas yuntas propias y al-

quilaba otras. Esa era su ocupación. Antes de comenzar la zafra, hacía sus arreglos con uno o dos colonos para ayudarlos en el tiro. A veces tomaba uno o dos buenos carreteros en la colonia. Esta vez consiguió a Fonso, uno de los *clavos* de mayor reputación.

Este trabajo le producía poco, pero suficiente para vivir y sostener su familia. En ocasiones sufría pérdidas. Algunos años se le inutilizaban carretas. Se le partían ejes o pértigos, se le rompían algunas ruedas. Se le morían bueyes o simplemente se los destarraban. Cuando esto ocurría sus ganancias disminuían. El precio que le pagaban por el tiro también fluctuaba. Todo en la finca depende del valor del azúcar y pocos productos tienen más alzas y bajas en el mercado.

Durante la zafra, Lalo, el ajustero, se instala en la colonia. Ocupa una de las casitas de zinc y come en casa de Lupe. Su familia vive en Hato Mayor.

En la calle Duarte, en una casa de madera con tres hermosas puertas, donde en un tiempo estuvo la pulpería de Finco, vive doña Candelaria. Por las mañanas recibe la leche en la puerta y echa el primer regaño a los muchachos que, por no tener al padre en la casa, no le dan reposo. Doña Candelaria está acostumbrada a esta falta casi permanente del marido. Tan acostumbrada, que apenas hace caso de las habladurías que de tarde en tarde escucha acerca de la fidelidad de Lalo. ¡Tantas mujeres le han pegado!

Pero los sábados Lalo viene a verla, cuando el trabajo no requiere su presencia en la colonia. Llega en la tardecita. A veces estropeado. Pasa el domingo conversando con sus amistades o en la gallera, y esto le causa pena a doña Candelaria.

—No le veo. La finca me ha dejado viuda. Los domingos, Lalo no para en casa. Tengo marido dos noches cada quince días. ¡Qué voy a hacer!

Nadie sabe lo que ella sufre con esa finca. A cada instante tiene que notar la falta.

—Si Lalo estuviera aquí —dice mirando la mesa puesta.

O cuando sobre Fiofió se forman densas nubes negras, y el verde de las laderas se oscurece, no puede dejar de exclamar:

—¡Si el pobre Lalo se estará mojando! ¡Es una calamidad la Finca! Pero qué vamos a hacer. Gracias a ella tenemos la comida asegurada.

El lunes regresa Abelardo, tempranito, de madrugada, y desde que llega a La Inocencia se le ve sobre su mula en el corte, vigilando a los carreteros y a los bueyes. Procurando que los viajes sean completos, que se den los suficientes en el día o en el peso, conversando con el pesador, pidiéndole notas o en el chucho, tratando de evitar litigios entre sus carreteros y los de don Marcial. Aquí en el chucho se originan disputas. Todos quieren descargar al mismo tiempo. A veces no hay vagones o los que ha traído la máquina son insuficientes y muchos carreteros tienen que esperar cargados, lo cual les perjudica, porque no pueden hacer los viajes que se han propuesto o los que deben representar en su tarea diaria.

En ocasiones aquí ha tenido que hacer uso de sus dotes de autoridad para establecer el orden. Los carreteros se han ido a los puños o se han amenazado con sus cuchillos. Pero Abelardo, que fue en una ocasión jefe comunal, se hace respetar prontamente y por esto ha evitado desgracias.

—No descanso —dice a don Antonio—. Estos carreteros son gente del demonio. ¡Malos! Me cuesta estar encima de ellos. Maltratan a los bueyes, pierden las sogas, tiran la carreta por cualquier parte y nunca están conformes. Ellos clavan a los bueyes y yo tengo que clavarlos a ellos. Para mantener montado un buen tren de carretas, se necesita Dios y ayuda.

Porque de los bueyes depende el éxito de la zafra. Sin los haitianos y los bueyes es un fracaso.

Son estos sufridos bueyes los que transportan pacientemente toda la caña de los campos a los chuchos, para alimentar los trapiches, que no descansan durante medio año, hasta que el último trozo de caña no ha sido convertido en bagazo.

A la salida del sol y muchas veces antes, ya están unidos a los yugos. Tres parejas para cada carreta. Los guías, los tercios y el tronco. Cada

pareja requiere cualidades especiales y no todos los bueyes pueden indistintamente desempeñar las mismas funciones. Mientras trabajan llevan el pescuezo erguido y son limitados sus movimientos, apenas pueden mover la cabeza, sujeta a los yugos por los lazos. Mueven únicamente el pabellón de las orejas, para recoger el menor ruido que se produzca en su vecindad. Cuando las carretas están detenidas en el corte, durante la carga o en el chucho, durante la descarga, los bueyes permanecen inmóviles. Rara vez suelen echarse. En ocasiones lo hace alguno de la guía. El tercio y el tronco no pueden hacerlo porque están junto al pértigo que se lo impide. Con frecuencia se contentan con rumiar algún pedazo de caña y cuando van marchando suelen de vez en cuando, al pasar por los carriles, alcanzar con su lengua áspera las hojas de cañas, para entretenerse con ellas por el camino.

Durante el día no tienen descanso. Van y vienen desde el alba hasta el anochecer bajo el yugo. A mediodía, sin embargo, seorean un buen rato. Durante la noche, permanecen en el borbojo, atados por los lazos, cuidados por el sereno para que no maltraten la caña.

Una bueyada para el colono y para el ajustero del tiro es un capital de consideración. Se les cuida, se les atiende y hay que conservarles en buenas condiciones los potreros. Colonia sin potreros no está completa.

En el tiempo muerto muchos trabajan en la preparación de los campos. Entonces tiran del arado. Transportan la leña, la semilla o las provisiones para las bodegas.

Tienen los bueyes sus admiradores en la colonia.

Cuando se les cuida, viven años trabajando en las colonias. Entran lobos, novillos, del potrero de algún criador o de la sabana y tirando de la carreta o del arado les pasan los años por encima, hasta que la cornamenta exuberante, el pelo caído, la pérdida de carnes, el piojillo, denuncian su vejez y entonces son sacados un día para el potrero o para la carnicería.

Y un domingo, después del pago, el sonido de un *jututo* avisa al batey que hay carne fresca.

—¿A cómo la libra? —pregunta una mujer en la puerta de un bohío.

—Qué carne tan dura, vale. Ni que la hubiera tenío un día en el caldero se ablanda.

Y Murciélago supo por la noche que ese día habían pesado a *Quitásueño*.

—¡Tan buen buey! —exclama—. ¡Y tanta gente mala en el mundo!

Por eso don Marcial lo estimaba tanto.

—Murciélago tiene sangre pa los animales —dijo un día Fonso, en el barracón.

—¡Sangre no! ¡Consencia! —agregó otro.

Murciélago es uno de los carreteros más populares en la colonia. Todos los años tiene su trabajo asegurado en La Inocencia. Un jugador, un bachatero y un excelente clavo. Cuida los animales y los arreos. Sólo a él no se le pierden sogas, ni parte yugos ni rompe carretas. Pero los lunes no se puede contar con Murciélago, porque todos o casi todos los domingos está de parranda. En otros bateyes, en la sabana, en donde sonare un acordeón o hubiere algún jueguito gordo. Nunca tiene nada. Lo que gana va para donde las mujeres, para la cantina o se lo tragan las cartas. Un negrito interesante. Se había criado en el Mamey, con don Pancho, que era su padrino. Muchos años trabajó con él, pero en estos últimos parece que ya no se entendían. Constantemente estaban riñendo. Ya en otras ocasiones pasó temporadas trabajando en otras colonias, pero luego se reconciliaba y volvía al Mamey a ayudar a su padrino.

Hacía, sin embargo, unos cinco años que sólo llegaba de paso. Tres de estos los trabajó con don Marcial, que lo había conquistado por su trato y por las consideraciones que le guardaba. Es el mejor carretero de todos los que tiene. Honrado, trabajador, respetuoso. Porque Murciélago cogió donde su padrino muy buenas costumbres. Su madre trabajó y murió en el Mamey, protegida de su padrino. No tenía más familia.

Durante la zafra se ve a Murciélago por los carriles de La Inocencia, de pie, sobre el pértigo, la vara en alto, pitando o tarareando el bolero de moda, con su sombrero de cana, de ancha ala, a menudo levantada por delante y prendida de la copa por una cintica, recuerdo de la bachata del último domingo, camino del corte. Sus bueyes son los mejores. Los más gruesos. Los mejor cuidados. Siempre trabaja con los mismos.

Cara Sucia y *Mapembá*, sus guías, no trabajan igual con otros carreteros, y cuando por alguna circunstancia son guiados por otro, en seguida lo nota, porque se les descomponen, les enseñan malas costumbres. Se les ponen mañosos. No los apura tampoco. Sabe que mientras más descansados trabajan los bueyes, mayor tarea pueden rendir. Al filo del mediodía, los llevaba a beber al tanque y les daba un ligero sesteo. Entendía que los animales, como la gente, tienen que reposar y no hacer las cosas saltando. Y así, aparentemente sin apurarse, rendía mayor labor que los otros carreteros. Sabía sacar provecho de los cuidados que prodigaba a sus bueyes. Comparable con *Mapembá*, sólo *Marapicá*, un buey de su padrino. Después ninguno en toda la Finca.

A la caída de la tarde, Murciélago conversa con la amiga que va a la bodega de compras, y ríe y la requiebra, si es buenamoza, o le hace confidencias de sus nuevos amores de la sabana, los que nacieron en la última velación o en el baquiní de Viloría.

Colgándole las piernas en el aire, los pies empolvados, el sombrero colocado en una rodilla y la vara sujeta como una lanza, la mirada encendida, brillante, ante el recuerdo de la hermosa que ahora es dueña de todos sus entusiasmos y sostiene llama de pasión en su corazón juvenil, Murciélago, sonreído, no puede ocultar su alegría. Él la había visto ya en dos ocasiones, pero no la había reparado. Un amigo habló de ella delante de él, un domingo en la gallera. Creyó primero que tenía hombre, y tal vez por eso no se había fijado. Pero cuando él comprendió que le gustaba fue el día que bailó con ella. Perdió la cabeza. Pocas mujeres

bailaban así. Mujer liviana, con más compás no podía haberla en toda la finca. Le gustaron sus ojos, sus dientes y sobre todo su cuerpo. Bailó mucho, todos los merengues que tocaron y no se hubiera cansado nunca. Cuando el vale Antonio se la pidió sintió una cosa mala que le pasó por el cuerpo y si no hubieran sido tan amigos no se la hubiera prestado. Él conocía muchas mujeres, pero por ninguna había sentido lo que sentía por *La Niña*.

Y la amiga le oía complacida y le daba bromas, porque se decía de Murciélagos, que no quería a nadie. Las mujeres le tenían desconfianza y le decían zumbador, porque no se paraba mucho tiempo delante de ninguna flor. Ahora se complacía en hablar de una y pedía informes a la amiga con un interés que no dejaba duda. Supo así que no había tenido más que dos enamorados, uno de ellos muy fuerte, pero que *La Niña* no le había hecho caso. Que era trabajadora como pocas, que no salía a menudo de su casa, y que el lunes, al día siguiente de la velación de Vilorio, cuando estaba en el arroyo, las amigas le dieron bromas sobre él y pudieron adivinar que le gustaba. Mientras le hablaban de Murciélagos no hacía nada y cuando Dolores se atrevió a decirle que si a ella no le parecía un buen partido el carretero de don Marcial, bajó los ojos y disimuló dándole palos a la ropa sin decir una palabra.

Murciélagos conversó mucho esa tarde, en que sólo le interrumpían los bueyes al tirar de la carreta para rumiar en el carril. Cruzaron otras carretas para el corte y alguno que otro carretero le soltaba algún dicho grueso al pasar, sin que Murciélagos hiciera el menor caso.

Esa tarde fue el último que desenyugó. Era casi de noche. Algunos peones se dieron cuenta porque cuando brillaban ya intensamente las estrellas le oyeron entonar un canto con tal fuerza y entusiasmo que denunciaba en él una muy grande alegría:

*Tengo mi caballo a lazo
el lazo le tumba el moño,*

*si consigo esa muchacha
qué bonito matrimonio.*

Al día siguiente, Fonso se atrevió, delante de Remigia, que compraba una manteca, a darle una broma a Murciélago. Cantaba mucho y había comprado en la bodega polvos y jabón de olor. Rió Remigia a carcajadas y ya de marcha dijo: “que los hombres que más se la dan son los que más pronto dan el piojo”. Murciélago se contentó con clavarle los ojos un buen rato, y al volver a la carreta y coger la gran calle se le oyó de nuevo:

*La vida del carretero
es una vida azarada,
ni toma café caliente,
ni duerme la madrugada.*

5

La molienda se va desarrollando normalmente. Desde que comenzó el corte ningún incidente se ha producido en La Inocencia. Don Marcial está seguro de que, tal como le dice Chencho, no quedará una caña parada. No sobran elementos como en otras colonias, pero cuenta con los suficientes. Su personal es muy bueno y con el concurso de Abelardo, el número de carretas montadas le permitirá sostener el tiro *sin flojar*.

Diariamente se ven don Marcial y el ajustero en la casa, en el chullo, o en el campo.

—¿Cómo va eso, Abelardo?

—Va de oro, don Marcial. Hoy tenemos un tiro teso. Si la cosa sigue como va y hace verano, esta semana no me dan abasto los vagones.

Esa es también la preocupación de Chencho. Los vagones. Un disgusto tuvo con el maquinista de la número 2. Sus carretas estuvieron casi toda una mañana cargadas, esperando vaciar y la máquina se apareció cerca de las doce del día. Indudablemente el tráfico no andaba bien. ¡Siempre algún estorbo!

—Pida vagones con tiempo —decía también él a don Marcial—. Esto es lo único que nos puede atrasar. Con el personal que tenemos no se puede fracasar.

Pero don Marcial no mostraba la alegría de otras épocas. Trabajaba a empujones. Las dificultades que se le presentaban le cambiaron el humor. Oía estas advertencias con indiferencia. El azúcar estaba por el suelo, experimentó una baja considerable. Se trabajaba con mucha economía y la Administración era cada vez más exigente. Con la ayuda de míster Moore no se podía contar. Tenía presente sus últimas palabras:

—Yo saber usted no estar conforme. Mi no tieni el culpa, ¿comprendi? Usted queja del cuenta también. Yo no pudi jacer más. Ni dar más dinero, ¿comprendí?

El personal de La Inocencia no es muy numeroso. Otras colonias cuentan con una peonada mayor y más variada. Sin embargo, en ella hay de todo. Hasta haitianos. Estos se ocupan del corte, de las limpiezas, y también realizan trabajos que por lo regular son hechos por dominicanos. Únicamente no saben ni les gusta carretear. Hay que hablar castellano para ser carretero. Los bueyes criollos no aprenden *patuá*. Los haitianos tampoco tumban monte. Esta es la ocupación favorita de los dominicanos. Son estos las gentes del hacha, del machete y del clavo.

Un ir y venir de hombres en esta colonia, entre los cuales muchos se expresan en lenguas extrañas. Un montón de trabajadores a quienes el mayordomo llama, con visible satisfacción, *su personal*.

Este mayordomo es Eugenio Pérez (a) Chéncho. Nació en San José de los Llanos y ahora está radicado en La Inocencia. Le echó la bendición el cura de Hato Mayor y tiene dos hijos pequeños.

—No me puedo quejar de don Marcial —le ha dicho más de una vez a don Antonio—. Me trata bien. Tengo que defender sus intereses como si fueran míos. Y tratarle bien el personal.

Chéncho estaba siempre sobre una mula baya. La cuidaba mucho. Llevaba la crin recortada y la cola a manera de brocha de pintar. Tunino era quien se la tuzaba. Desde el arranque de la cola le cortaba los pelos con unas tijeras hasta cerca del extremo, en que formaba una especie de cono o copa invertida. En todo el batey no había otra parecida. Tenía

muy buen paso y era muy viva. Don Marcial la compró a unos hombres de San Juan de la Maguana, que pasaron por La Inocencia. Se espantaba mucho, pero Chencho era un excelente jinete. La llamaba *Maruca*.

—Dicen que *Maruca* se resiste. ¡Qué va! Es que es una mula muy fina, que no la puede montar todo el mundo.

A mediodía un peón le daba de beber, mientras Chencho reposaba un rato. De vez en cuando le compraba una libra de azúcar prieta, porque a falta de melao, eso limpia y le pone brillante el pelo.

Rosendo decía a veces:

—A los haitianos y a *Maruca* les gusta lo dulce, vale. Por eso es tan mañosa como ellos.

Encontrábase satisfecho el mayordomo. El sueldo no era muy bueno, pero le había ido bien a la familia. Su mujer engordó desde que estaba en la colonia. Y sus muchachitos no padecían fiebres. Seguro estaba de que si a don Marcial le hubieran salido las cosas de otra manera, le pagaría mejor. Además, tenía elementos.

Chencho lo dice con orgullo:

—Aquí en La Inocencia trabajo con gusto. Lo que es aquí me sobran elementos. Lo que es por falta de peones o bueyes no se queda una caña en los campos. Hay con qué trabajar.

Y don Marcial, después de averiguar el precio del azúcar, sólo pensaba en los bueyes y en la peonada:

—¿Hay gente suficiente? —pregunta a Chencho.

—No me faltará personal —responde el mayordomo—. ¡Descuídese, don Marcial! Mientras yo pueda contar con Fonso, Rosendo, Murciélagu, Juan Tarana, Vicentico, Chévere, Priscilién, Telemaque... No se quedará una caña parada. Contamos con un buen personal.

Personal es Rosendo, Juan Tarana, Fonso, Murciélagu, Vicentico, Chévere, Priscilién...

Durante la zafra el personal y los bueyes constituyen la preocupación de todos.

Hasta Juan Tarana, le dice a Fonso:

—Yo creo que a Chencho le va a faltar personal. Si no dentra más gente, lo veo mal. Va a fracasar.

Pero todos los días aparece una cara nueva en el batey. Ahora es Agapito que espera al mayordomo sentado en el pértigo de una carreta. Una hamaca colgada a la espalda, pantalones fuerte azul arrollados hasta la mitad de la pierna, sombrero de cana, en cuerpo de camisa, descalzo.

Llegó a La Inocencia al caer la tarde. Atravesó sabanas, pedazos de monte, trechos de camino real. Se bañó en el Azuí. Y entraba al batey recordando el gallo de pluma fina que alcanzó a ver desde el camino. Venía a la finca porque necesitaba dinero para un caballo y para otras cosas que ambicionaba.

—¿Dónde podré topar al mayordomo? —preguntó.

Murciélago lo puso en camino. ¡Uno más! Los mayordomos viven abrumados con estas gentes que acuden a todas horas y de todas partes en busca de trabajo.

Cuando el mayordomo está en los campos distantes del batey, cuando transita por los carriles, en el corte, en la tumba, en las limpias, junto al molino, en las cuarterías, en la bodega y aun cuando está fuera de la colonia, en todas partes, siempre lo están aguardando.

La peonada no lo deja sestear. No le deja comer. Le llama, le silba, lo *manguea*. Lo hace salir de la bodega, de su propia casa, le interrumpe cuando conversa con el dueño de la colonia.

Se le ve en todas partes. Habla en todos los sitios. La oficina del mayordomo es toda la colonia. En todos los campos ha dado órdenes, ha entregado vales, ha tomado notas, ha tratado y ha recibido trabajos.

Un día va por un carril sobre su mula, lo siguen uno, dos, cinco, un grupo, una cuadrilla. Va a realizar un trabajo, va a tratar una limpieza, va a la tumba para distribuir cuadros o a hacer un habite o a disponer una siembra.

Pero no siempre sucede así. Otro día va sobre la misma mula a visitar los bateyes y las secciones vecinas y va dejando el aviso de que necesita personal en la colonia y a sus amigos, a sus conocidos, les va pasando la palabra: “Necesito gente”. “Estoy escaso de personal”.

Prefiere y solicita a los conocidos que le han abandonado. “¿No has visto a Julián?”. “¿Dónde estará ese hombre?”. “¡Tan buen carretero!”. Es que ahora carece de personal y su prestigio como mayordomo está comprometido con don Marcial.

Con más frecuencia, por los innumerables carriles que entran al batey, pasan y repasan los peones. Unos camino de sus casas o de otras colonias, otros en busca de trabajo. Llegan a la bodega, preguntan al pesador, a los otros peones, a sus amigos y en seguida se lanzan en persecución del mayordomo. Lo asedian:

—¿Usted no tiene alguna cosita por ahí?

—Vale Chencho, consígame algo que toi aceitao. Eta mocha se me quíe salir de las manos.

—Vamo a ver si hay alguna puntica de arreglar.

—He venío a ver si saco manque sea la jabichuela.

—Toi bruja, vale, jágase cargo de mí.

—Toi trozao, vale. Métame la mano.

Un día el mayordomo dice:

—Por ahora no tengo nada. ¡Me sobra gente!

Dice esto con satisfacción, mientras arrienda la mula camino de la bodega o en dirección al corte. Chencho se enorgullece al decir que donde él trabaja no puede faltar personal.

—Tengo mi gente: Esos son míos y me siguen a todas partes. Tengo muy buenos tratos y muy buenas reglas.

Pero al otro día, ya no puede repetir esto:

—¡Hombre sí! Allí me dejaron un cuadro. Tengo un campo para limpiar. Y haciendo retroceder la mula se hace seguir del primero que encuentra por la boca de un carril o topa en un cruce, para ponerlo de

una vez en posesión. Mientras otro que quiere *enganchar* al verlo pasar exclama:

—¡Ya ese pegó!

Agapito fue el afortunado. Al día siguiente, su nombre figuraba en la libreta del mayordomo: Agapito de la Cruz. Y ahora tiende su hama-ca en el barrancón junto con Rosendo, Fonso y Murciélagos. Se acerca al mostrador de la bodega, le da filo a su mocha en la gran piedra de amolar del batey. Ya forma parte del personal. Y por las tardes, a la salida del trabajo y en las primas noches, se le ve conversar a la puerta del barracón con otros peones, de mujeres, de trabajo, de gallos, de revoluciones o de su vida.

La peonada puebla la colonia, como si fueran hormigas. Llena los barracones, se desparrama por el batey, por los campos. Vive dentro de la caña.

No saben nada más. No aspiran a nada más.

Han llegado aquí de todas partes. De los cuatro puntos cardinales de la República. Y de Haití. Y de las Islas de Barlovento. Es una población internacional. En la colonia se habla *patuá*, inglés y castellano. Son las lenguas más comunes.

El personal aumenta y disminuye. Se renueva. Y se conserva. Obedece a un ritmo. Durante la zafra crece súbitamente y en el *tiempo muerto* disminuye considerablemente. Pero hay personal estable, definitivo. Es el personal radicado en el batey. Peones antiguos que llegaron jóvenes y allí han envejecido. Su vida ha transcurrido junto a la caña, en medio del sol, embriagados con el verde de los campos y el azul del cielo. Gentes enamoradas de los espacios abiertos.

Pero también hay una población flotante que llega y sale a todas horas, que trabaja un día, una semana, una quincena, para cubrir una sola necesidad, un compromiso o realizar una aspiración: para pagar un trabajo, comprar una muda de ropa, pagar una deuda, comprar un caballo, hacer un viaje de promesa. Después del pago se alzan y no

se vuelven a ver más. Vinieron a hacer una plata que necesitaban con urgencia.

Por los mismos caminos que entraron abandonan un día el batey. Se van después de realizar su propósito. Contentos, satisfechos, con sus motas en la vuelta de un nudo del pañuelo. Y se van también disgustados. Dejaron un trabajo porque el mayordomo los engañó o porque era pesado, por una infinidad de causas. Se dirigen a otras colonias y hoy se inclinan en un campo para hundir su mocha en torno a los retoños y mañana alzan cañas en un chucho distante, sobre una bestia, blandiendo el látigo.

—¿Y uté aquí, vale?

—Sí. Me costó dejar la colonia. Ese mayordomo era muy sangrú.

O de este modo:

—¿Yo no lo vide en La Inocencia, vale?

—Me costó dejarla. No pagan bien.

Pero, afortunadamente, cuenta con el personal permanente. El que sigue a Chencho. El de todos los tiempos, el de la zafra, el del *tiempo muerto*.

El personal no tiene nada. Únicamente cuenta con sus brazos, con su mocha, con su hacha, con su clavo. Lleva sí, casi siempre consigo una hamaca, dos o tres piezas de vestir. Cuenta únicamente con su persona. Y anda generalmente a pie. Para él no hay caminos malos, ni distancias largas, y por eso siempre está expedito para ir de allá para acá, de día, de noche, a toda hora. ¿Qué puede detenerlo?

—¿Dónde está Julián? —pregunta el mayordomo a la puerta de un barracón:

—Yo creo que se fue. No veo la hamaca en parte.

Pitón pasea una mirada por el cuarto. Donde se ven otras dos o tres hamacas recogidas y colgadas.

Como entran, salen. Ese es el personal que da más *brega* en la finca. Por eso Chencho conserva el suyo, el que permanece siempre en el batey.

Pero Chencho tiene dificultades. Todo el personal no es uniforme. Y unos deben ser tratados de un modo y otros de otro. Los hay dificultosos y los hay dóciles. El mayordomo tiene que ser político. La peonada lo puede hacer fracasar. Puede algunas veces quedar sin gente y su situación se hace difícil, frente a sus superiores, que en él tienen depositada su confianza.

A todos, sin embargo, hay que hacerles ver que se les atiende, que se les cuida, que se les protege. Procurar que estén contentos. Vigilar de cerca a los avisados, porque pueden trastornar una organización. Si están enfermos hay que darles por lo menos un purgante de sal de Epson y si se mueren hay que enterrarlos.

—Allí hay un hombre muerto —oye decir por el batey el mayordomo y pregunta:

—¿Qué hombre es ese?

—Yo no sé. Dijén que en una cuartería.

Y Chencho arrienda la mula y se dirige a los barracones. Efectivamente, en medio de un cuarto, yace sobre el piso un moreno con un pantalón de fuerte azul y camisa de listado. El sombrero de cana se encuentra un poco retirado de la cabeza.

—¿Y quién es este hombre? —pregunta Eugenio a otro peón que se acercó a la puerta a curiosear.

—Este es un tal Candelario. Yo creo que trabajaba en el número 15.

Entonces arrienda otra vez la mula, en dirección de la bodega, haciéndose acompañar por el peón. Allí pide unas velas y se las entrega.

—Vaya donde Lupe. Que le prenda esas velas.

Durante la noche, los compañeros de cuarto no duermen allí. Uno o dos lo velan, a veces más. Se hacen dar un vale para comprar ron.

—Vale Chencho, denos pa un romito. Mire que vamo a trasnochar.

Al día siguiente, se cumplen las disposiciones dadas por Chencho. Traen unas andas hechas con varas. Sobre ellas colocan al difunto y los peones designados por él, previo ofrecimiento de que se les pagará el

día, cargan con el muerto, camino de El Hoyón y allí lo depositan en un hoyo tal como lo llevaron, con la misma ropa que murió.

Así terminan en la colonia dos o tres en cada zafra.

—Hay que hacer humanidad —dice Fonso, cuando ve pasar el cortejo por el carril.

Los que menos dificultades le ofrecen al mayordomo son los haitianos. Les tolera que hablen como cotorras y les dispensa otros vicios por la ayuda que le prestan siempre.

Los haitianos llegan en tropas, una mañana, una tarde, diez, doce, con sus líos a la espalda, hablando *patuá*, vestidos de fuerte azul, en cuerpo de camisa, sudorosos, brillante la tez. Los pantalones con un doblez en el ruedo y recogidos a media pantorrilla, con un fleco de guano o un cordón. Descalzos.

La mocha en la mano o debajo del brazo. El cachimbo en la boca. Sobre la cabeza un sombrero típico. Copa alta y alas anchas. Parece un rebaño hosco y desconfiado.

A muchos apenas se les distinguen los ojos. Las conjuntivas también oscuras. Sólo tienen blanco en el rostro las dentaduras, fuertes, amenazadoras.

Los haitianos desempeñan a Chencho más fácilmente que los dominicanos. Y son más obedientes. Por eso, cuando Telemaque no andaba detrás de Chencho, era Chencho el que buscaba a Telemaque.

—¿Ustedes no me han visto a Telemaque? —dice, deteniendo la mula frente a la puerta del barracón.

Cuando se encontraban, sostenían este diálogo:

—Bueno, Telemaque, ¿dónde tú estabas?

—¿Yo? Andende.

—¿Y por qué no estabas en tu campo?

—Tú me tá engañá, Chenche.

—¿Yo? ¿Y tú no ves que ese es el mejor campo, el que tiene menos yerba? Eso está bien pago. ¿Tú sabes lo que son cinco pesos? ¡No jue-

gues tú! ¿Tú no ves que te prefiero a otros? Como cuatro andan detrás de él.

—No juega tú Chenche. Tú siempre mi diga así. Y yo tá perdé. No sacá ná. Tú no ve mi pantalón, ta rompío.

Y Telemaque, más desnudo que vestido, le muestra a Chencho sus carnes oscuras, por los dos agujeros del pantalón, a la altura de las rodillas. El saco que lleva, fue una antigua pieza de casimir ahora cubierta de rotos y remiendos.

—Bueno. Vuelve al trabajo. Te voy a aumentar cincuenta centavos. ¿Tú necesitas algún vale?

Telemaque le pidió veinte centavos. Chencho lo obsequió, además con un cigarrillo, diciéndole:

—¡Toma! Como ese sólo fumamos aquí Míster Mora y yo. Él me los regaló.

Una sonrisa de satisfacción se dibujó en el rostro de Telemaque.

En cuanto a Priscilién, ya era otra cosa.

—Te andaba buscando, Priscilién. ¿Dónde te metes? Yo quiero que tú des una vuelta por ahí y me traigas algunos haitianos. Me falta gente en el corte.

—¿Dónde yo va a bucé gente?

—Por ahí. Vete por Lajas. Por el número dos.

—Pero tú mi va a pagá. ¿Tú no mi va a jacé como la otra vé?

—¡Déjate de eso! La otra vez yo te pagué. Te di un vale por veinticinco, después, te di otro, no sé si fue de medio peso o de setenta y cinco. ¡No me acuerdo ahora!

—Embute. Tú mi dite quence plimelo, dipué, vente y no me dite má.

—Piensa bien. Tú estás equivocado. ¡Bueno! ¿Dime si vas a ir o no? Te voy a buscar un trabajo bueno.

—Tú siempre mi diga así.

—¿Pero vas a ir o no?

Priscilién vacila. Y después de meditar un instante:

—Bueno. Yo vá, ¿pelo tú mi paga?

—¿Cómo no te voy a pagar? Tú no sabes que tú lo consigues todo conmigo. Ve a la bodega y dile a don Antonio que te dé un trago de *tafiá*, por mi cuenta. ¡Toma! Llévale este papelito.

—¡Ah! ¡Chenche! ¡Tú sabi mucho!

Y Priscilién se va satisfecho, pensando en ir a conquistar por las otras colonias a sus paisanos.

Gracias a ese personal, Chencho puede responder a don Marcial, de que no se quedará una mata de caña en pie. ¡Qué va! Mucha experiencia tiene él en finca.

Y para conservarlo, ha tenido que hacer don Marcial algunos sacrificios.

La Inocencia dispone de dos o tres hermosos barracones. Cada uno de ellos está dividido en diez cuartos de regular tamaño, en los que se pueden colgar hamacas. Estos barracones están ocupados por el personal soltero. Allí duermen los peones. Durante el día están vacíos. Por las noches, apenas se puede dar un paso dentro de ellos. Hasta en el piso duermen trabajadores. Cuando hace demasiado calor duermen desnudos. Al pasar frente a estos cuartos, se pueden ver, aun de día, casi en cueros. La mayoría, desde que tiene que permanecer en el barracón, se desprende de sus camisas.

Estos barracones se distribuyen de acuerdo con la procedencia del personal. Los haitianos tienen el suyo. Y los dominicanos, también. En el batey, el personal está clasificado. Chencho tiene que tener mucho cuidado con esto. No quieren estar juntos.

Los ingleses forman parte importante del personal. Muchos de ellos ya son dominicanos. Han nacido en el país. Sus padres están aquí desde hace tiempo. O proceden de hogares mixtos. Otros vienen todos los años y de estos unos se quedan y otros vuelven a sus islas.

Son menos dóciles que los haitianos. A menudo hace Chencho *mala sangre* con Blakis, el maquinista de la número 3. Este hombre es muy

testarudo. Siempre quiere hacer lo que le da la gana. Le llama la atención sobre la manera de colocar los vagones en el chucho, le pide que no los deje tan lejos del cargadero.

Blakis sonrío maliciosamente. Le enseña los dientes, como pulpa de cajuil, y finge no entender. Ese es el recurso supremo de los *cocolos*.

—¡Mi no comprendi, Chencho!

Cuando dice esto es para hacer su voluntad. Para no obedecer. Cuando un *cocolo* termina por no entender lo que se le está diciendo, cuando olvida el español, hay que dejarlo.

—¡Mi no sabi, mi no intiendi!

Y todo ha terminado. No queda otro recurso que matarlo o dejarlo.

Dominicanos, haitianos e ingleses viven, por lo regular, separadamente. El batey es internacional. Y el mayordomo tiene que tener una diplomacia exquisita.

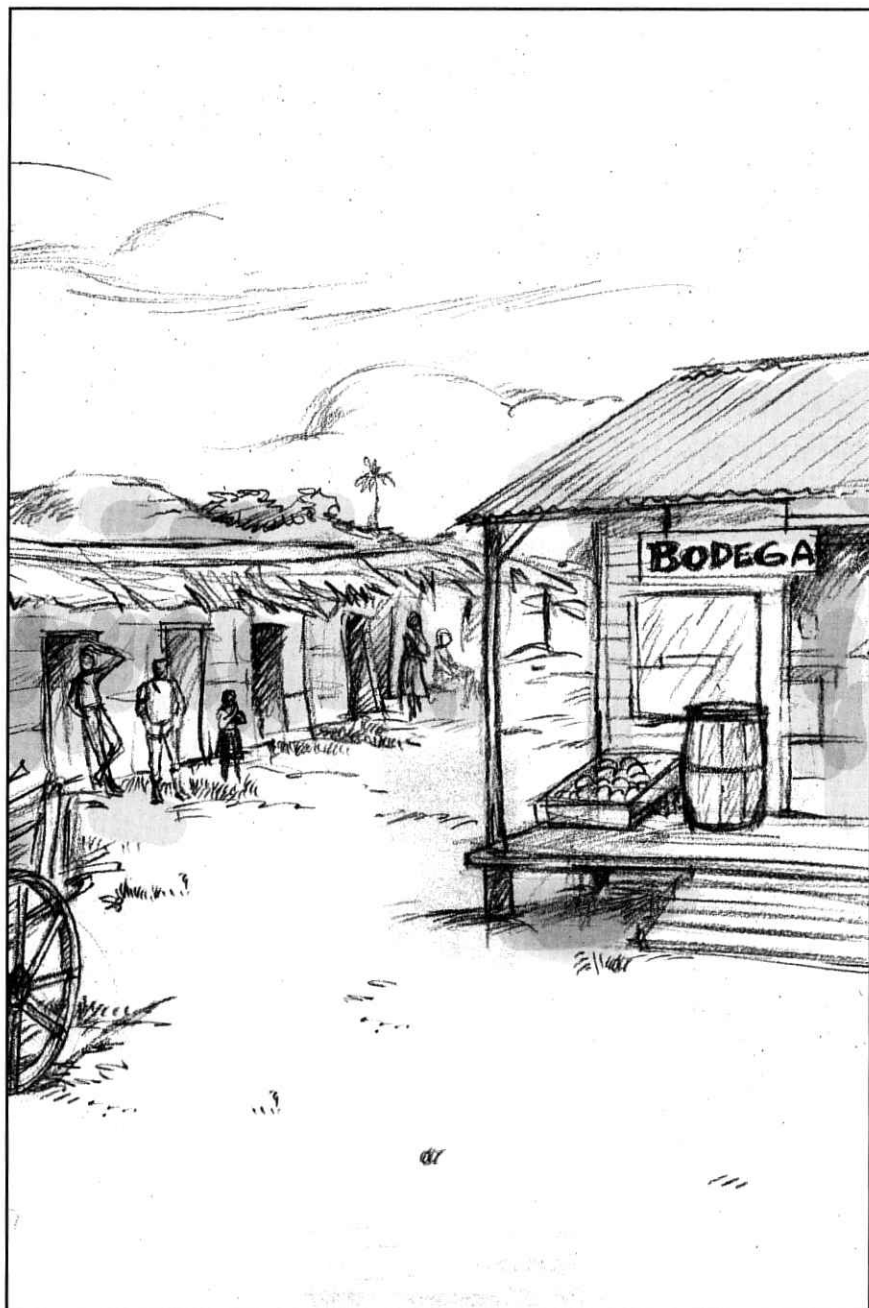
Unos son bochinchosos, otros hablan mucho. Los haitianos no dejan dormir a los otros. Los ingleses y los haitianos, se exaltan por cualquier cosa y los dominicanos son intolerables por sus violencias.

Por eso dentro del batey se establecen barrios. *Puntafuera* para estos, *Cacarajícara* para aquéllos. La calle de los bohíos para los otros. Ciertos personajes hay que colocarlos en los extremos del batey, lejos de la bodega y de los otros. Las familias ocupan otra calle y otras construcciones.

Pero a pesar de todas estas precauciones a menudo tiene que intervenir el jefe de orden. Hay sangre por cualquier cosa. Por unos centavos, por una mala palabra o por cualquier otro motivo baladí.

Pero en La Inocencia Eugenio mantiene la mejor armonía. Hombre curtido en el oficio, conoce los males y los remedios.

Los días de pago suele Chencho pasar horas desagradables. Entonces es cuando más *mala sangre* suele hacer. Las averiguaciones lo aturden. Cuatro o seis inconformes no lo dejan respirar. Lo abruman con reclamaciones. Se ha equivocado, no ha sacado bien la cuenta. Le



piden el *completo*. Le devuelven el dinero. Y son inútiles a veces sus explicaciones.

—Fíjate bien. Ve a la bodega a que te enseñen los vales. ¿Tú no sabes contar? Cómo te voy yo a robar tus *chavos*. ¿Tú estás loco? Bueno, coge tu dinero que yo te arreglaré eso.

Pero otras veces, las cosas toman un mal cariz.

—Bueno, si lo quieres lo coges, si no lo dejas. Y haga lo que quiera.

Y el mayordomo clava la mula y desaparece por el primer carril.

Pero también siente esos días, a pesar del atareo, momentos de satisfacción. Cuando se complace en echar una ojeada sobre su personal reunido frente a la bodega.

Y sucesivamente fija la vista en Fonso, Murciélagos, Chévere, Pitón, Juan Tarana, Vicentico, Priscilién, Telemaque, Jacob, Tunino, Agapito...

Es un espectáculo pintoresco. Una colección de sombreros viejos, rotos, sucios, una riqueza de harapos, que apenas cubre el cuerpo. Un montón de hombres miserables, ignorantes, degenerados, en los últimos peldaños de la escala humana.

Pero gracias a ellos puede el hombre civilizado tomar su té o café todos los días, endulzado con el azúcar de cañas, en Nueva York, en París, en Berlín, en todos los rincones del mundo.

6

Al cruzar el carril del número 4, Gautier Mojica tropieza con Chencho.

—¿Cómo le va, jefe?

—Aquí en la lucha. Ya estamos cortando.

—Este año —dice Mojica—, la cosa no está muy buena. Ha llovido muy poco —y mirando la caña que le queda enfrente—: Esa cañita está muy *ruin*. ¿Cómo cuántas toneladas le echa usted a ese campo?

—Yo creo que dará tres a tres y media, si no me equivoco.

—No me parece. Esa cañita está muy fina, muy delgadita. Mi creencia es que dará menos que más.

Y al ver Chencho a un peón que se le acerca con una mocha debajo del brazo:

—Ve y espérame en la bodega. Ya empieza la lucha, vale —le dice a Mojica—. La suerte es que yo tengo una buena organización.

Más tarde, Chencho se detiene en la bodega. Los dependientes han sacudido la modorra del tiempo muerto. Detrás del mostrador se ve una cara nueva. Se ha aumentado el número de empleados. Chencho pregunta por don Antonio.

—Démele a este hombre cinco libras de grapas por cuenta de don Marcial. Ahorita le traigo el vale. No cargo el formulario en el bolsillo.

Arrienda en seguida la mula y se encamina hacia los barracones.

Don Antonio Pérez Muñagorris es el encargado de la bodega de La Inocencia. Es un viejo español que según dicen los peones tiene malas pulgas. Mañoso como un mulo. Era esta la tercera bodega de que había sido encargado. La primera, en el ingenio Cristóbal Colón, tuvieron los dueños que liquidarla. La segunda, la estableció en Santo Ángel, con un pequeño crédito que le dieron en Macorís unos paisanos suyos. Allí no le fue del todo mal, pero debido a su carácter, el administrador lo hizo salir casi en volandas. Después supo que esta determinación se debía a que deseaba proteger a otro. Don Antonio es de un carácter relativamente independiente y esto le ocasionaba frecuentes disgustos. Olvida que en las fincas hay que contemporizar con todos. Además, los mayordomos siempre estaban de puntas con él, porque no se dejaba llegar. Afortunadamente, Chencho parece que le ha cogido la *vuelta*. Todavía no han chocado. Padecía de una bronquitis crónica. Constantemente estaba tomando lamedores y expectorantes y es posible que esta salud en quiebra fuera la causa de su malhumor.

A menudo se desahogaba con el mayordomo.

—Para bregar con esta peonada hay que tener sangre de *horchata*, mi amigo. Son peores que animales.

Y moviendo los ojos sin intención de mirar a ninguna parte exclamaba:

—¡Este es un castigo!

Se sentía fatigado ya del trabajo. Al principio lo hizo con entusiasmo, pero en vista de que pasaban los años y siempre se encontraba en la misma situación, lo hacía ahora a empujones. A La Inocencia lo trajo el encargado de la bodega del Central, porque era fama su honradez a carta cabal. Los peones se sentían garantizados con él, porque no los engañaba con el descaro que lo hacían otros bodegueros. Casi siempre estaba profiriendo malas palabras. La suerte que no le hacían caso. Nunca, ni para dormir, se quitaba de la cintura su pistola. A Rosendo lo

traía sin juicio. Si él se viera con un arma así, ¡qué hombre se le pondría por delante! ¡María Santísima! ¡Quién se atrevería a roncarle duro! Con un arma como esa no había sujeto que no lo respetara. Y cuando Rosendo se ponía a hablar de la pistola del bodeguero no acababa nunca.

Rosendo Santana era uno de los trabajadores más conocidos de La Inocencia. Alto, moreno, con ojos expresivos, palabra fácil. Lucía una cicatriz muy visible en el rostro. Conocía todo el Este. Trabajó en casi todas las fincas. Su historia parecía interesante.

Una vez le dijo al vale Alipio, en la bodega:

—Yo así, viejo como toy, no me cambio por estas porquerías. Los hombres de ahora, vale, son muy blanditos.

Por delante del mostrador en la bodega siempre hay gente. Campesinos que vienen expresamente a La Inocencia a hacer sus compras desde las secciones próximas, peones sin trabajo que van allí a penderciar o a buscar la oportunidad de un *enganche*. Campesinos que regresan a sus casas, después de haber realizado sus ventas en otros bateyes y de paso compran aquí lo que les hace falta: sal, pan, azúcar o galletas. Trabajadores que van a canjear sus vales por provisiones. Allí se oye hablar de todo. Del tiempo, de la zafra, los trabajos, de los gallos, de las mujeres.

Es la bodega un punto de reunión. Por las tardes, cuando la peonada regresa del trabajo, se forman grupos por delante del mostrador de dos, de cuatro, de seis, de más. Los dependientes van y vienen, pasando arroz, pasando azúcar, envolviendo arenques, cortando bacalao. Entregan dulces, despachan tragos, andullos, tabacos, cigarrillos.

La bodega tiene sus horas de bastante movimiento. Cuando la peonada está en el batey, tiene sus horas muertas, a media mañana, a mediodía. Un solo hombre puede hacer entonces el despacho. Hay días en que el movimiento es extraordinario, el día de pago y si este se efectúa un sábado, el domingo siguiente es el día en que mayor valor alcanzan las ventas, los dependientes no dan abasto. Se oyen gritos, hay vocerío.

- Páseme un trago.
- Déme una libra de arroz.
- Alcánceme esa mocha.
- Páseme la devuelta.
- Envuélvame ese arenque.

Mientras estos peones son atendidos con solicitud, otros en un extremo del mostrador se complacen en molestar:

- Coja su andullo, amigo.
- Devuélvame mis cuartos y coja sus *féferes*.
- Déjeme ver aquellos zapatos.
- Ese arenque ta chiquito, cámbiemelo.

Algunos marchantes al echar pierna a sus bestias murmuran:

- Estos cristianos no tienen *conciencia*.

Un olor acre se desprende del mostrador. Es el bacalao, el arenque, el humo del cachimbo, las provisiones, el sudor, las bestias y el mismo suelo sucio, lleno de papeles, cáscara de frutas, estiércol y orines de animales.

Los dependientes, en cuerpo de camisa, con las mangas arrolladas por encima del codo, el cuchillo en la mano para partir el queso o el bacalao, o con la vista levantada para observar el fiel de la balanza cuando pesan el arroz, el azúcar o la manteca, ponen escasa o ninguna atención en lo que oyen.

- Floje la mano, amigo.
- Ese peso es un asesino.
- Con ese pesito tienen para hacerse ricos.
- Una migajita más, compadre. No sea fiera.

A menudo, con estas expresiones violentan a los dependientes. El más quisquilloso le quita la compra de las manos al peón majadero.

- ¡Tenga su dinero, cómprelo en otra parte!
- Déjelo si no le conviene.
- No hable tanto.

Y sigue un silencio durante el cual el dependiente desvía la vista hacia otro sitio, para que el peón comprenda que se le desprecia.

La bodega tiene sus buenos *tercios*. El vale Alipio entre ellos. Los domingos se gasta un *pico* en ron, en dulce. Igualmente, tiene sus *pulgones*.

—Págume el trago, vale.

—Regáleme un cigarrillo, amigo. En esta quincena no me ha quedado ni un *chele* pa la fuma. He salío cortado.

Si el dependiente está de humor el peón podrá fumar. De lo contrario, recibe esta respuesta:

—¿Usted se cree que esto es mío? Si yo fumara, le daría de los que tuviera.

Los domingos, un fonógrafo pequeño se encarga de animar las ventas. A distancia se oyen boleros, rumba y el “Manicero”.

Don Antonio se dedica al despacho cuando se ha retirado algún dependiente o está fuera con licencia o cuando hay gran movimiento. Los días de pago su presencia en el mostrador es indispensable. Los demás días de la semana se ocupa en examinar sus libretas, repasa las facturas, escribe una o dos cartas.

Algunas primas noches, don Antonio las pasa repasando los vales. Este es uno de los trabajos más pesados. Pero ya tiene una práctica extraordinaria. Otro que no fuera él no podría descifrar esos vales. A Chencho le habían entrado muy mal las letras. Sin embargo, a veces sufre equivocaciones. Pierde dinero. Confunde el valor y los nombres. Particularmente cuando estos vales pertenecen a haitianos. La mayoría de ellos son *Pié*. Y los nombres se repiten con frecuencia.

Cada quince días hace una salida para despachar una nota en el batey Central o para llevar dinero. Regresa a las doce del día, quejándose del calor. Todos los artículos han subido de precio y así lo hace saber en seguida, para evitarse disgustos. ¡Son tan majaderos estos peones!

Don Marcial hace sus compras en la bodega los sábados. En un cajón le van poniendo los efectos, que luego Tunino se encarga de llevárselos a la casa. Don Antonio ha dado órdenes de que lo traten bien. Detrás del mostrador don Marcial va indicando a los dependientes los artículos y las cantidades que necesita.

Otros clientes al por mayor, entre los cuales está el mayordomo, hacen del mismo modo su factura quincenal. Todo se vende así, al crédito. Las operaciones de la bodega están regularizadas por los pagos que se hacen cada quince días. Los créditos se cobran totalmente por ese motivo. La única excepción hasta ahora era Wenceslao, el jefe, que tiene *enganchao* a don Antonio con un *pico*. Hasta ahora es el único en La Inocencia que lo ha engañado.

—Aquí, mi amigo —le ha repetido muchas veces a Chencho—, el que le fía a jefe sabe que es dinero perdido. Las autoridades alcanzan hasta los bolsillos ajenos.

Y don Antonio le refería a Chencho cómo querían vivir en estas colonias todos los que tenían algún cargo de jefes, cogiendo *fiao* para no pagar, seguros de que nadie se atrevería a negarles nada, por temor de que le echaran una *canana*. ¡Es tan fácil fuñir a uno aquí! ¡Y tenía tanta experiencia!

—Yo no quiero cuentos con jefes —agregaba—. ¡Los jefes me cuestan caros!

Wenceslao Brito era la primera autoridad de La Inocencia. Cuando delante de Rosendo decían “el jefe de orden”, aclaraba:

—Jefe de orden no! Eso era antes. Este no es más que guardia campestre. Los de antes tenían más autoridad.

Dos zafras llevaba Lao en La Inocencia. Sustituyó a Juan Sosa, que fue el primer jefe de la colonia que tuvo don Marcial. Y en esos dos años ya no había en el lugar quien no lo conociera. No hacía nada. Era un vago. Con su revólver de *pavón* negro para que todo el mundo se lo viera y su sable *terciado*, pasaba casi todo el tiempo dando vueltas por el

batey pendenciando, tomando tragos o escandalizando en su casa con la mujer. Entre días daba vueltas por las otras colonias. Le acusaban de tener en la sabana, en sociedad con un compadre, un jueguito *consentito*. Tratábase con mujeres malas y en pagándole se podía contar con él para todo. El mayordomo y él no andaban bien. “Era un sinvergüenza”, decía Rosendo, donde no lo pudieran oír. “Un abusador”. Para poner una fiestecita había que sacar permiso, por chiquita que fuera. Si no se estaba trabajando no se podía andar, ni con mocha, ni con cuchillo. Decía que no había orden sin desarme. Cobraba multas por cualquier cosa y amenazaba a todo el mundo, sin motivos. Tenía a los peones *perseguidos* y le hacía ver a don Marcial que se desvelaba a favor de sus intereses. “Sabe Dios —decía Fonso—, si no lo puede quitar. Lo tendrá obligado”.

Lao tenía pocos amigos. En la colonia y fuera de ella se conocían de él muchas historias. Lo habían visto en la cárcel de El Seybo, hace años, preso, porque se llevó una muchacha de Yerbabuena y no se quiso casar con ella. Un peón que estaba en el mismo calabozo lo contó un día en la bodega. Otros aseguraron que él mató a un hombre por celos, por los lados del Soco, que anduvo huyendo mucho tiempo y que después se presentó.

A Fonso le dijeron que una vez tuvo un puesto de carne por Las Pajas y que se lo hicieron cerrar porque toda la carne que vendía era de animales robados. Rosendo oyó decir que hasta había sido gavillero. Tenía fama de guapo y de malo. Y tomaba ron como agua. Eso sí que no era mentira, porque en La Inocencia lo habían visto borracho muchas veces. Contaban otras cosas más. Se decía muy en secreto que entre los hombres que *descalaron* al viejo Matías Sosa, allá en La Loma, se encontraba él, que estaba tiznado, pero que a pesar de eso lo pudieron reconocer. Al viejo Matías lo mataron a palos una noche. Como cinco hombres que no se pudieron coger. Rosendo se acuerda bien del caso, porque entonces él estaba trabajando cerca en un potrero de Zacarías

y paraba allí de día y de noche. Hacía un chapeo. Por la mañana, un domingo, por cierto, encontraron el viejo con la cabeza desbaratada y el brazo derecho roto. Parece que defendiéndose con el brazo, se lo partieron de un palo. La ropa de un baúl apareció cerca del río. Lo dejaron allí tirado. El aposento quedó revuelto. Y por la puerta del patio encontraron las huellas de los matadores. Había llovido. Unos andaban con zapatos y otros descalzos. Y nunca supieron quiénes fueron. Una vez que referían esta historia en la colonia, un hombrecito de mal pelo, que tenía una mocha en la mano, dijo que dejaran eso, que no les convenía. Y Rosendo se hizo el disimulado, para que creyeran que él sabía del caso. Y eso no era todo, decían más, pero muy en secreto, porque si ese hombre caía en cuenta a alguno le podía pasar mal.

Al principio de llegar a la colonia andaba en un mulo mañoso que le dio don Marcial. Un mulo viejo, que se resistía a menudo. Porque cuando llegó, según decía Fonso, estaba completamente *bruja*. Su *agentamiento* le vino después. Los primeros días parecía un pollito de a real. Parece que estaba pasando mucha necesidad. Así vienen casi todos, solía repetir Rosendo. Aquí, a costa de los peones es que se arman y después no hay quien los pueda aguantar de lo mucho que se la echan. Este *Benceslao* no trajo ni ropa. Se había fijado en que sólo tenía dos mudas y que durante los primeros meses estaba de *quita y pon*. El mulo que le dieron era la montura más mala de la colonia. Ni el mayordomo ni los volteadores querían saber de él. Lo llamaban *Currutaco*. Animal más quisquilloso que ese no se había visto.

Los peones sabían que Benceslao envidiaba a *Biscochito*. En una ocasión se encontraron en la bodega el vale Alipio y Lao. *Biscochito* estaba amarrado en un *parral*. Luego de verlo atentamente Lao le preguntó al alcalde en cuánto vendía esa montura. Alipio le contestó que para esa no había cuartos suficientes. Que de esa madeja no se desprendía sino en caso de suma necesidad. El jefe le propuso un cambio con devuelta por el suyo, pero Alipio rehusó toda clase de tratos. Hablaron luego

de otra cosa. Desde entonces, las relaciones de ambos no han sido cordiales. Y Alipio está enterado de que cada vez que con Lao se habla de bestias se complace en desacreditar la suya. Está enterado asimismo de que dijo una vez en la bodega, que Alipio se creía que tenía a Dios cogido por el *bembe* y otras cosas por el estilo. Como sentimiento le guardaba muchos el alcalde al jefe y le ha dicho a Fonso y a Murciélago que antes de poner Lao sus sentaderas sobre *Biscochito* las tendrá que poner en una balsa ardiendo.

Todos saben en el batey que no son amigos, y esta enemistad entre las dos autoridades es causa de murmuraciones en la colonia y de algo más. Constantemente tienen fricciones con motivo del desempeño de sus respectivas funciones. Ya el jefe se ha expresado en varias ocasiones diciendo que el alcalde no manda en La Inocencia, que sólo manda en la sabana y que nadie tiene que llevarle a él ningún asunto que pase allí. A su vez, el vale Alipio le advierte a todos que él es nombrado por el Gobierno y que su autoridad tiene mucha más fuerza que la del jefe. Esta querella ha llegado a tal punto, que Lao le ha querido prohibir al vale Alipio que entre en la colonia. Cuando al alcalde le hablan del jefe lo primero que dice es que no reconoce su mando. Está ahí en ese batey para apagar fuegos y para *desplotar* al prójimo. Para hacer lo que la finca le ordene. Él, en cambio, recibe oficios de la autoridad de Hato Mayor y de El Seybo. Él es quien coge los presos y somete a la justicia. Y cuando al vale Alipio le llenan la cabeza de chismes concluye:

—Que me quite si pué. Yo toy ma apoyao que él.

Y cuando, en el barracón, Rosendo y sus compañeros hablaban de eso, Fonso apostaba a que a Lao lo botarían de momento. Agapito se hacía parcial del alcalde y Murciélago acababa con el jefe socialiniéndole todas sus desvergüenzas, porque no lo podía pasar ni en pintura, mientras Rosendo terminaba por asegurarles que no se llevaran de eso.

—Aquí, señore, lo malo es lo que dura. ¡Vivan de eso! Déjense de entusiasmos. Aquí los malos siempre tan apoyados.

En una ocasión Alipio se privó de ir al batey para evitar una dificultad. Por un mes largo no se le vio. Los domingos los pasaba en el Azuí, jugando gallos. Cuando apareció de nuevo y le preguntaron el motivo de su ausencia, decía con un sonrisa maliciosa en la cara:

—¡Vale, encuebao!

Pero a Rosendo no se le escapaba que era *juyéndole* al jefe.

Con el tiempo, el vale Alipio limitó su jurisdicción y no intervenía en la zona del batey. Y cuando iba a La Inocencia se consideraba en jurisdicción ajena. No lo declaró formalmente, pero los hechos revelaban esa actitud prudente del alcalde. De este modo las cosas se aplacarían, pensaba el vale Alipio y así podría continuar yendo al batey para no perderse de los buenos ratos que allí pasaba, sobre todo no se privaría de estar cerca de Guadalupe, su más viva aspiración.

Razón de sobra tenía don Antonio para no querer cuentas con *Benceslao*. Había dado órdenes a los dependientes de que no le entregaran nada que mandara a buscar. Prefería perder la cuenta antes que volverle a fiar. El jefe y los árabes eran la pesadilla del bodeguero. Constituían sus dos enemigos en la colonia.

Don Antonio se encolerizaba cada vez que alcanzaba a ver cruzar por La Inocencia algún buhonero. Esta gente le hace una competencia atroz. Se ha quejado varias veces y le prometen arreglarle eso. Los domingos lanza miradas furiosas hacia los puestos en que los sirios con su voz melosa convencen a la peonada de que tienen buenos y baratos artículos que ofrecer.

Particularmente siente repulsión por un tal Abraham Antonio, su tocayo, que no sólo se limita a hacerle competencia, sino que habla a veces mal de él.

—Gómbrale muchacho. Tú no vez que en la bodega vale más.

—Este beine te guesta el doble, si lo gombras a don Antonio.

Y estas expresiones han llegado a sus oídos. Una vez hasta utilizó, contra su gusto, los servicios de *Benceslao* y pudo lograr que lo retirara del frente. Este paso le pesó. Por ese servicio es que Lao no le paga y el árabe, por otra parte, le amenazó con la justicia.

—El gumercio es libre. Yo venda en el gamino, que es del Gobierno.

Ya Abraham tenía ese punto consultado con un abogado. No hizo caso de don Antonio. Los sábados en la mañana, Abraham salía de Macorís en una gasolinera. Su mulo estaba en un potrero cerca del desembarcadero. Ya en la tarde se le veía por los carriles que conducían a La Inocencia, subido sobre una carga enorme, como si fuera montado sobre un camello, llevando un surtido completo de artículos que vendía, pocas veces al contado y siempre a plazos largos y a sus buenos marchantes, para cobrar en las quincenas.

Los sábados y los domingos invaden la colonia y los campos estos mulos conducidos por sirios, llevando a los mismos bohíos y a los bateyes artículos de novedades, baratijas, prendas enchapadas. No regresan hasta el lunes. Aunque otros vuelven a Macorís, después de transcurridas algunas semanas. Se hospedan de preferencia donde sus paisanos establecidos en las fincas o en casa de algún marchante de confianza.

—Son terribles —dice don Antonio—. No hay quien pueda competir con ellos. Figúrese que no tienen gastos. Yo tengo que pagar alquiler, luz, empleados y muchas cosas más, que el negocio en estos tiempos no da.

Afortunadamente, lo saca de estas preocupaciones algún periódico atrasado que le manda don Marcial. ¡Se vive tan apartado del mundo en el campo! O la visita de Gautier Mojica, que le informa que ha sabido en el Central que el azúcar ha subido diez centavos.

Por lo demás, don Antonio padece de un aburrimiento insoportable. Gracias a Abelardo, que es un gran jugador de tablero, muchas primas noches las pasan en su habitación charlando y jugando. A veces se queda esperando al *tercio* y don Antonio piensa en ese momento si

será cierto que Abelardo tiene una mujercita en la sabana, según le han asegurado con mucha reserva.

Don Antonio veía el comienzo de la zafra con indiferencia. Quizás fue uno de los pocos que no experimentaron alegrías, cuando supo que iban a enyugar.

Y no ha podido reunir más dinero. Los años siguientes, después de sus gastos, le quedaba muy poco.

Cuando don Antonio oía los peones protestar por el precio de los artículos, se le subía la sangre a la cabeza.

—Estos sinvergüenzas —dijo a Chencho una vez—, creen que uno les roba su dinero. Ellos no saben que los que trabajan en finca nunca hacen capital. ¿Dígame, Chencho, si usted ha visto en San Pedro de Macorís ningún bodeguero que esté viviendo de sus rentas? Si casi todos salimos de aquí peor de lo que entramos. Estos sinvergüenzas no saben que aquí todos somos empleados del administrador. Todos tenemos sueldos o vivimos de sueldos. Tenemos una clientela casi fija y lo que nos corresponde por utilidades ya está calculado sobre el producido de nuestras ventas. El tanto por ciento que nos dan es un sueldo porque la clientela no aumenta.

Chencho, que no se preocupaba por estas cosas, se limita a decirle:

—¿Usted les hace caso, don Antonio?

La bodega es otro de los elementos indispensables de una colonia. Colonia sin bodega, es como colonia sin personal y sin bueyada. El personal se siente garantizado y el colono puede realizar con relativa facilidad, trabajos que parecían imposibles, con moderada inversión de capital. La bodega es una institución.

En medio del monte que tumban, los peones exclaman con alegría:

—¡Llegó la bodega!

Y a veces preguntan con cierta impaciencia:

—¿Pero cuándo va a llegar la bodega?

Y cuando la bodega desaparece presumen que todo va a terminar.

—¡Ya quitán la bodega!

La bodega de La Inocencia es apropiada a sus necesidades. La casas del batey no pasan de una cincuentena. Es un batey pequeño. Otros son verdaderos pueblos y se encuentran en ellos numerosas industrias y hasta objetos de arte. Los bateyes de las factorías son los más grandes. Casi cabeceras de común. Tienen sociedades de deportes y filantrópicas, bandas de música y hasta iglesias católicas y protestantes.

Pero cerca del batey de La Inocencia, en la sabana, se encuentran muchas viviendas y todas estas gentes aumentan la clientela de don Antonio.

Por las mañanas entran a La Inocencia dos o tres vendedores de leche y un panadero que trae el pan a la bodega. Viene en su mulo bayo. Cuando los caminos están malos no llega o lo hace tarde. Los víveres son vendidos en las puertas de las casas. Tres o cuatro campesinos entran diariamente con sus cargas. Venden plátanos, batatas, a veces frutas. Se dirigen de una vez donde sus marchantes. En dos o tres bohíos se pueden ver mesas en la puerta de la calle sobre las cuales se muestran todos estos productos. Pero con frecuencia no hay pan, no hay leche, no hay carne, ni gran cosa que comer, a no ser las sardinas, los arenques y el bacalao que vende don Antonio. *Tres Quince*, que tiene unos muchachitos se desespera en ocasiones.

—Tengo chavos —dice— y no encuentro qué darle a estos barrigones. ¡No comen los críos, figúrese!

Por esto muchas familias hacen sus compras para la semana los domingos, cuando entran más campesinos con cargas. Se compra el pollioto para amarrarlo a la pata de la mesa, en previsión de un día sin carne. Esto impide que tengan que comer pan viejo y tomar jengibre en vez de leche.

En La Inocencia no hay más industrial que un zapatero, apodado *Tres Quince*, que también hace de talabartero. El vale Alipio lo recomienda como muy *curioso* por haberle arreglado una vez silla de montar.

Con frecuencia *Tres Quince* se quejaba de su suerte.

—Creen que un solo zapatero en la finca gana dinero. ¿Cómo? No se fijan en que los peones, que son la mayoría, viven descalzos, y los que les tienen miedo a las espinas o tienen los pies malos usan soletas. Aquí zapatos sólo los de la bodega, los mayordomos, jefes y alguno que otro. Y a veces, cuando los sueltan, ya no se pueden arreglar. A decir verdad, más me producen los arreglos de aperos.

De lunes a sábado en la colonia únicamente se trabajaba. No hay diversiones. Todo el personal está ocupado. Chencho voltea sobre una mula de seis a seis, lo mismo que Abelardo. A veces no hay siquiera lugar al sesteo.

La zafra es siempre igual. Abatir los cañaverales para llevar la caña al Central. Durante la semana la actividad de la colonia está concentrada en el corte, en el tiro, en el peso. Sólo se piensa en la cantidad de peones, en la cantidad de carretas, en la cantidad de toneladas. Desde que se alza el sol sobre el horizonte, se inicia el trabajo en los cortes. Se organiza el tiro al chuchó. Sólo se escucha el golpe de las mochas, el ruido monótono de las bocinas, de las ruedas, de las carretas, el pito de la máquina y sus resoplidos de vapor, la trepidación del tren de vagones, el trote de los mulos de los mayordomos y de los volteadores, que van y vienen por los carriles.

A veces en el corte y en los carriles se oye cantar. Los carreteros lo hacen con frecuencia. De este modo matan el fastidio o simplemente aprenden o recuerdan los boleros y merengues que oyeron en la última fiesta de la sabana. Pero los días de trabajo se canta sin entusiasmo, se canta en frío.

Por las noches, sin embargo, suena algún acordeón. Un trabajador joven, solo o acompañado por dos o tres, se empeña en sacar al instrumento un merengue que sus compañeros le entonan o le pitan. Pero, por lo regular, poco después de la oración todo el mundo está rendido.

Los lunes son particularmente tranquilos. Son días recios. Se entra al trabajo con entusiasmo, pero puede ser flojo. Del martes en adelante es que la organización se perfecciona. Los martes, el personal de que dispone Chencho es más completo. Ya ese día no falta nadie o muy pocos. Si algunos amanecen estropeados el lunes, al día siguiente están bien. Han entrado todos.

Para la bodega son estos días casi muertos. Las ventas pequeñas. Solamente se despachan vales y recibe dinero de alguno que otro campesino, que llega expresamente a buscar algo o de chucherías despachadas a los vividores del batey. Los dependientes descansan en la semana.

A la oración, Chencho cruza el batey a menudo junto con Abelardo o con algún transeúnte que va de paso para otra colonia.

—Hoy, vale, se ha metido duro —dice satisfecho frente a la bodega.

Y antes de retirarse a su casa conversa un poco con el primero que encuentra. Y puede referir algún accidente. Una carreta se rompió. Hubo que desenyugarla en el carril para pasar la caña a otra. Se hirió un hombre en el corte. Cogieron unos animales presos por vagar dentro de la caña. Dejaron vagones llenos para el otro día. Abelardo botó otro carretero. Por la colonia pasará Míster Mora.

No suceden ordinariamente otras cosas en La Inocencia. En los barracones, por las noches, los peones hablan de lo mismo. Los días pasan así, monótonos, sin que nada extraordinario acontezca. Pero no siempre se habla del trabajo. Y Chencho no limita sus actividades y sus preocupaciones al tiro, al corte, a la siembra, a las limpiezas. Ni el personal a sus bueyes, a sus jornales, a sus tareas. Allí vive su vida mucha gente.

Los lunes son particularmente penosos para el mayordomo. Son días de organización. Los trabajadores trasnochados entran tarde al trabajo. Los carreteros están perezosos. Se hace poco. Pero muchas veces estos días resultan buenos. El personal amanece dispuesto. Chencho llega a la bodega temprano.

—¡Hoy es día de brega! Páseme una caja de cigarrillos.

Y mientras el dependiente le alcanza unos "Cremas", aparece don Antonio con su pañuelo puesto por delante de la boca tosiendo.

—¿Cómo sigue ese catarro? —pregunta el mayordomo.

—¡Ay! Ni mejor, ni peor.

—¿Usted no ha probado con la sábila? Es un cuchillo.

—¿Usted cree?

Y después de encender un cigarrillo, ya al arrendar, exclama satisfecho:

—¡Hoy sí que no hay sesteo! Quiero llenar más de doce.

En realidad, el trabajo de Eugenio es muy pesado. La gente tiene la cabeza muy dura. Son muy desobedientes. Hay que estarle arriba constantemente. Si uno se descuida lo hacen fracasar. Antes de llegar al chucho ya ha hecho la primera *mala sangre*.

—¿Y a esta hora es que tú vas a enyugar?

El carretero no le contesta o le da un pretexto. Se le ha enfermado la mujer o se le murió un pariente.

Luego alcanza a ver a Marcos saliendo por un cruce:

—Ayer no te vi en el trabajo. ¿Cuándo es que tú vas a acabar esa puntica?

No podía verlo en el trabajo. Era Miércoles de Cenizas, y él lo guarda todos los años. Ese día no da Marcos un mochazo. ¿Cuándo?

A poco tiene Chencho que echar un pleito en el chucho. Ve regada mucha caña. No han terminado de llenar los vagones que les dijo.

—¿Pero qué es lo que ustedes se están creyendo? Sólo les voy a apuntar medio día.

Y como los vagoneros alegan que no es culpa de ellos sino de los carreteros, Chencho no se puede contener.

—Ustedes no son más que unos haraganes. ¡Vamos! ¡Alcen la caña pronto!

Por todas esas cosas es que no cesa de repetirle a don Antonio:

—¡Bregar con gente! ¡Eso sí es una calamidad!

Por la noche está rendido. Le duele la cintura. Ha estado a punto de coger un tabardillo. Antes de acostarse chequea la libreta y piensa en lo que va a hacer al día siguiente.

Afortunadamente, la noche en el campo comienza a la caída del sol. Es siempre larga y está destinada para el descanso. A la cama se va temprano. Pero a veces no se puede dormir ni descansar. En el campo se desarrollan otras actividades en la noche. Hay que pensar por esto a la hora de entrar en la cama en cómo transcurrirá la que nos espera. Hay que estar pendiente de lo que puedan hacer los vivos y de lo que puedan hacer los muertos.

Por la noche se ven las ánimas y las literas cruzar por el llano, cantando y el caballo se detiene con frecuencia en los caminos y endereza las orejas. Porque estos saben que las brujas les enredan las crines cuando están sueltos y los utilizan para sus viajes. Son ellas las que cargan con el aguatero y le quitan la *manea*, las que arrasan a veces con los frutos y hasta se bañan en el arroyo.

De noche es cuando pululan los ladrones. Se introducen en los potreros y roban vacas, penetran en los conucos y desraciman los platanares.

Entonces es cuando son útiles las oraciones y los perros se quedan mudos. Se les hacen sahumerios a las gallinas para que goteen del palo o para que no puedan alborotar o para agarrarlas fácilmente, por el pescuezo, sin que cacareen ni batan las alas.

En la noche se huye. Se encuentra y se cambia de escondite. Se nos confunde con los fantasmas, con los muertos en pena, que tanto abundan dentro de la caña, detrás del conuco, a la vera de la laguna.

—Usted puede jurarlo —le dice Fonso a los compañeros una noche en el barracón. Diga que lo vido.

Alude a los perros con llamas en la boca o vacas con cencerros, que se acercan al arroyo a beber. O luces que brillan dentro del monte como en una procesión.

Los muchachos no se asombran al escucharlo. Con sus caras tranquilas, siguen estos relatos sin perder detalles. Y si lo interrumpen es para exclamar:

—¡Ofrézcome!

O simplemente:

—¡Yo sí creo que hay algo!

Son historias de la sabana, del monte, de los sitios solitarios. No ocurren en la colonia con tanta frecuencia. En La Inocencia se ve gente. Cruzan de vez en cuando trabajadores. En la bodega, un campesino que le cogió la noche hace sus compras. Desde el barracón lo puede ver Rosendo iluminado por la luz del carburo. No está claro en la calle de los bohíos, pero se pueden distinguir las personas a poca distancia.

Desde que soltaron el trabajo están allí reunidos conversando. Hablaron de las brujas porque en el corte supieron que se habían robado unas cuantas vacas, casi una punta completa y Fonso dudaba de que pudieran dar con los ladrones, porque esas gentes casi siempre estaban *compuestos*.

—Es un saqueo público —dice Juan, después de un rato de silencio en que todos parece que pensaban en las cosas grandes que hay en el mundo.

El ganado era de La Sierra y los ladrones con toda probabilidad una partida de cuatreros, que ya había cometido otros robos anteriores para vender las reses por los lados de Bayaguana.

—Si no los cogen ahora —agregó Rosendo—, seguirán en ese juego. Aquí, vale, no hay autoridad. El vale Alipio sólo sirve para tomarse sus tragos y andar detrás de las mujeres y el jefecito ni pregunte. Más mala yerba que eso no se da en parte.

—Pero yo creo que si los quieren coger, los cogen —murmuró Murciélago—. Yo no estoy con Fonso. Pa mí no hay *hombres compuestos*.

—Qué van a coger —replicó Rosendo—. No cogen ná. Y si los agarran de viaje los sueltan. Si el dueño no *cobra* sus vacas con sus manos se

quean frescos. Ustedes dicen que yo soy de *pasión*, pero como Zenón Ovando no ha habío hombre. Ese sí que hubiera hecho ya un *desmache*. Aquí no se pué mandar sino *desmachando* cada vez que salga un malo. Autoridá que no *desmacha*, compadre, ta fracasao. Yo sí se lo digo.

De pronto los interrumpe el mayordomo presentándose ante la puerta del cuarto, acompañado de un hombrecito con una hamaca al hombro y una mocha en la mano. Parecía que acababa de llegar al bately. Traía los pies sucios de polvo y la camisa húmeda de sudor.

—¡Acotéjeme ese hombre ahí, por esta noche!

El hombrecito entró y colocó su hamaca en un rincón. A poco encendió su cachimbo y después de permanecer callado un buen rato, durante el cual Rosendo lo examinó de arriba abajo con la vista, contestó a las preguntas que le hicieron. Tenía conocidos en la colonia y hubiera deseado verlos. Rosendo y Fonso no le pudieron dar razón de ellos. Sin embargo, Murciélagos creía haber visto a uno por las *señas* que daba, al *bajetón*, pero al otro, al *colorao*, no lo había visto en parte, ni siquiera oído mentar. ¡Quién sabe si trabajaban cerca!

El recién llegado venía del Sur.

—Yo me ñamo Vitoriano Marte —dijo—. Con ese nombre me apuntó el mayordomo, pero a mí sólo me conocen por Nano. Si usted dice Vitoriano por los laos e casa nadie le da razón. To el mundo me dice *Nano*.

Rosendo, que creía que los hombres del Sur eran más hombres que los de todas partes, porque él había nacido en esa región y más que por eso, porque en el Sur nació también el general Zenón Ovando, el hombre más guapo que él había conocido, no se pudo contener.

—Yo soy de *allá abajo* también. Pero salí de allá cuando me apuntaba el bozo. Nací en Cambita.

Y le refirió a Nano que para él su familia se había muerto. Le preguntó cómo estaban las cosas por allá y este le contestó “que había un poco de necesidad”. Dijo en seguida Rosendo que eso tendría que pasar porque allá había abundancia de todo. Elogió las tierras del Sur. Eran

mejores que estas. Por allá no se conocía el caliche. Como los víveres de San Cristóbal no los había visto “en parte”. ¡Cuándo se iban a comparar con esas rabizas que traían a vender al batey! Razón tenían en el Este en no ocuparse más que de sembrar cañas.

Rosendo le preguntó en seguida si ya había puente, pero el hombre le dijo que no y agregó:

—Pero si yo voy a San Cristóbal ahora jata me pierdo. ¡Eso debe tar muy cambio!

Nano contó lo malas que se habían puesto las cosas por allá abajo. De la falta de plata y de lo barato que se vendían los productos. En el último viaje que dio a la Capital un compañero tuvo que botar en la carretera una carga de naranjas, porque nadie se las quiso comprar.

—Atento a conuco no hay quien se salve —dijo—. Pa no andar desnúo tuve que sacrificar unas gallinitas que me quedaban. Esa era la suerte, que en enseñándole a la gente de la Capital un pollo se consigue ropa. ¡Por otra cosa no, pero por pollo! Se sale aviao de un todo.

Nano refirió cómo dejó sus trabajos al cuidado de su hermano. Se sentía disgustado porque no le daba beneficio y se consideraba muy joven y muy fuerte para vivir sacrificado. Por ese motivo resolvió salir de allí. Todas las semanas daba un viaje a la Capital y regresaba con una bobería. En el hospedaje todo lo querían regalado. A veces se le quedaban las cosas que llevaba. La gente era muy repugnante y como tenía que pagar por la carga una barbaridad, luego el alquiler de la bestia, apenas si regresaba con cuatro *clavaos*. Y luego la *polecía*. En la Capital eso está muy fuerte. Cuando más descuidado viene uno por la carretera le sale un *polecía* al encuentro, le registra la carga y le hace pagar el impuesto. Si uno se resiste lo llevan a la Comisaría.

—Pero esa son leyes de por allá abajo —dijo Fonso.

—¡Ello serán! —agregó Nano—. Estos cuartos son dizque para las carreteras. Pa arreglar los caminos.

—Esa será la *alcabala*, vale. Eso se paga en todas partes.

Otros de los inconvenientes de que se quejaba Nano se los producía la familia. Le daban huevos, cuaba o alguna gallina o una auyama para que se los vendiera y como en ocasiones tenía que rebajar el precio en que se los habían puesto, para evitar pleitos completaba con lo suyo la diferencia. Por eso optó por no decir claro los días que salía para la Capital. Nano resolvió por todas esas razones no volver. Los frutos estaban por el suelo y él tenía necesidad de hacerse de algún dinero, porque pensaba fundar y comprar tan siquiera una bestia regular, porque sólo disponía de un burro, aunque muy bueno, pero que no le servía sino para ir al conuco y cargar víveres. Además, soñaba con tener aperos. Deseaba una buena silla, por lo pronto. Ya estaba cansado de que le hicieran *fiero*, sobre todo su amigo Magdaleno, que trajo una de Angelina, muy buena, montada sobre un fuste, muy cómoda. Quería además independizarse. Con el conuco no podía lograrlo. Con conucos no se puede hacer gran cosa. Y por eso venía a la finca. Tan pronto reuniera un piquito, al terminar la zafra, se iría para su pueblo. No dejaba nada atrás. Un *emburujo* que tenía con una muchacha del Alpargatar no le preocupaba. Es verdad que ella decía que estaba encinta, pero él no creía en todo lo que decían las mujeres. En lo menos que pensaba era en asentarse todavía. Demasiado joven se consideraba y además, con tanto arranque no podía pensar en eso. No vivió con ella, eran unos amores volados. Se veían de tarde por los alrededores del conuco. Y la familia de ella no sabía nada de eso. De haberlo sabido, tal vez no hubiera podido venir así tan franco, le hubieran denunciado al pedáneo para obligarlo a recogerla o le hubieran quitado por lo menos el burro.

—Lo malo es que aquí sí que no se va a salvar usted —le dijo Rosendo—. Eso de finca es un entusiasmo.

Nano no estaba bien informado. Las cosas en la colonia también estaban malas. Podrían estar mejores, si hubiera menos ladrones. Este año se pagaba poco. Parece que estaban *apretados*. Decían que se abrirían tumbas en la seca, pero no creían que fuera verdad. Esos eran los

trabajos a que Fonso les *tiraba*. Carreteaba ahora con Abelardo porque lo fueron a buscar a la Ceibita. Pero ya no se amaña con el tiro. Antes sí que era negocio la carreta, porque pagaban bien. Pero ahora las cosas se habían puesto muy embromonas.

Nano declaró que le habían dicho que iban a abrir trabajos y que eso lo determinó a venir. Rosendo le aseguró que eso eran *lenguas*, que uno no se podía llevar de todo lo que oyera, porque en los bateyes era en donde más propagandas andaban. Que ni a los mayordomos se les podía creer, que lo único que ellos sabían decir era que el azúcar estaba en el suelo, para *fuñirlos* a ellos con esa música.

Concluyeron por convenir en lo trabajoso que resultaba ganar los chavos en la finca. Y de paso hablaron de lo caro de la comida, de los abusos de los mayordomos, de lo barato que trabajan los haitianos. Y Fonso agregó que por eso no le querían dar trabajo a los dominicanos porque no se conformaban con ganar poco y dizque por malcriados. Rosendo no se quejaba. Había *manejao* tanta gente en las fincas que ya estaba *curtío*. Con plata de él no se quedaba ninguno de ellos. A los hombres se les respeta por el blanco del ojo. Y además él sí que no era de los que *comían cangrejos*. Y, dirigiéndose a Nano, agregó que lo primero que tenía que hacer era despabilarse, porque los hombres blanditos sólo sirven para criar gallinas.

—¡En las fincas se aprende mucho, vale! Aquí se hace uno hombre, bregando con tanto vagamundo.

Nano pidió un fósforo para encender otra vez su cachimbo. Juan Tarana se paró del sitio en que estaba sentado.

—Yo créde que tengo aquí unos palitos.

Se subió sobre un cajón y alzó un brazo para buscar en la solera.

—Me cuesta esconderlos, porque a veces se descasean tanto que de noche es una dificultad fumar.

Habían cerrado ya la puerta del cuarto, porque el batey estaba oscuro. No se veía una luz en ninguna parte. Se acostaron en sus hamacas,

Fonso, Juan Tarana, Agapito y Murciélago. Rosendo y Nano arreglaban las suyas. Para colocar la hamaca de Nano se presentaron algunas dificultades. No había de donde amarrarla sin que molestara a los otros. Ensayaron varias veces, hasta que por fin la colocaron por encima de la de Murciélago.

—Aquí, vale, hay que ponerse como plátanos en un racimo —dijo Rosendo.

Y después de un silencio, agregó:

—Yo si no sé cómo uté ha dejado sus trabajos pa venir aquí a rodar. Si yo fuera más nuevo y tuviera manque fuera un cercadito sembrado, lo que es conmigo sí que no se juntan más.

—Y si uté viera mis trabajo —agregó Nano.

—¡No me diga! Allá sólo hay que tirar la semilla. Esas tierras no tienen comparación.

Y Nano habló con entusiasmo de su conuco. Tenía de todo. Tres clases de plátanos. *Machihembras*, *machos*, *dominicos*. Como trescientas matas. ¡Guineos, no me diga! Muchos de los *finos* y de *dame más*.

—Eso si son guineos. Por aquí todo se da *ruin*.

Y también tenía *rabo e mulo*, de *rosa*. Arroz de tres clases: del *comunero*, del *cariaco* y del *fortuna*. En cuestiones de vituallas de todo. Unas batatas *Yacó* que daban gusto. De las *Gil* y hasta de las *Panchita*.

Su conuco no era muy grande, pero sí lo tenía en condición.

—¡Ahí tá! Porque aquí sólo hay rulos y malos. Uté va a ver el domingo de pago cuántas porquerías.

Al poco rato se callaron. Nano, mientras fumaba, se quedó pensando en todo lo que había oído. Realmente los trabajos de finca no eran tan buenos como decían. Todos se quejaban de lo poco que les quedaba. Sin duda a él le pasará lo mismo y no podrá realizar su propósito. Pero hizo la resolución de no salir de la colonia hasta que no tuviera por lo menos quince pesos. Con esta suma se conformaba. Trataría de con-

seguir un trabajo grande, que lo pudiera desempeñar o de lo contrario gastarían poco a fin de juntarlos.

A Nano se le apagó el cachimbo. Una hora después de las hamacas salía un ronquido fuerte. Hablaron tanto que el sueño los rindió. Ya era una hora avanzada. El barracón estaba envuelto en sombras y en el cielo resplandecían las estrellas. De la sabana llegaba, muy apagado, hasta el batey el ritmo de un merengue monótono, triste, melancólico.

A Fonso le pareció oír, pasada la medianoche, un quebradero de cañas, como si un buey suelto las estuviera trozando.

Pero sólo él estaba despierto y no se movió.

Al amanecer cruzan por el batey de La Inocencia los haitianos con sus mochas debajo del brazo, camino del corte. Pasan luego las primeras carretas cargadas de cañas, en dirección al chucho, para terminar de llenar los vagones que quedaron vacíos la tarde anterior. Blakis solamente da dos viajes a la colonia. Los alzadores conversan y trabajan. Se quejan del frío. Amaneció el chucho envuelto en una densa neblina.

—Compadre, avance —dice uno que está dentro del vagón—. Vamo a ver si nos calentamos un poco.

La caña está húmeda. Pedro observa que José Torres, el pesador, hace días se levanta muy tarde.

—Se habrá encontrado alguna gallina —dice Medardo, sonriendo—. ¡Con estos fríos, vale!

Aparece el sol. Murciélago, después de vaciar, se ocupa en apretar los lazos a sus bueyes.

Cuando los vagones amanecen llenos, los carreteros tienen que esperar y no hacen nada hasta que no llegan los carros vacíos. En ocasiones se impacientan por esta demora que les hace perder el tiempo y les reduce su jornal.

En la bodega los dependientes tienen poco que hacer. No hay movimiento tan temprano.

Entre días, antes de salir al campo, don Marcial llega a la bodega.

—¿Cómo va la cosa? —pregunta don Antonio.

—Regular —responde don Marcial—. Estamos llenando doce.

—¿Doce?

—Doce —repite don Marcial—. Y esperamos llenar uno o dos más.

—¡Ah! Entonces van bien las cosas.

—Así parece.

A don Marcial ya no le entusiasma el trabajo. No se gana nada. El azúcar está por el suelo y míster Moore aprieta cada día más. Los tiempos han cambiado mucho. Antes la caña dejaba beneficio. Se hacía algo. ¡Pero ahora! Ahora se había convertido en un infierno. Las estrecheces que pasaba don Marcial no eran para contarlas. Los métodos de la administración, que parece tenían por fin monopolizarlo todo, han acabado con el negocio. La economía no era estricta, era exagerada. El colono no tiene ya libertad para nada. Todos los gastos son controlados. Los inspectores constituyen una pesadilla. Pasa la quincena y apenas sobra para vivir y vivir mal. Antes parecía que uno manejaba lo suyo. Ahora es un empleado que realiza un penoso trabajo, sufre innumerables privaciones y percibe un sueldo casi ridículo. Pero ya estaba subido en el potro. ¡Qué va a hacer!

—¿Por allá no han llegado algunos “Listines”? —pregunta don Antonio.

—Hombre, creo que sí. Me parece que está allí el del miércoles o el del jueves. No estoy seguro.

—Pues mándemelos. Que siempre es bueno saber lo que se dice.

Y después de referirse a otros asuntos se despide don Marcial para ver el corte o para ir al chucho o al peso.

Después que deja la bodega don Antonio muchas veces se ha compadecido de él. Este hombre se ha arruinado entre estas cañas, piensa.

Tan víctima como yo y como todos. Nunca tiene un real. Abrumado de deudas, cargado de familia, saldrá de aquí hecho una etcétera.

Hoy, con motivo del frío que se sintió en la noche, don Antonio ha amanecido tosiendo demasiado. Las hojas de *cabrita*, que tanto le prueban, se han terminado. No tiene con qué hacer un té.

—En estas fincas se está peor que en Ceuta —dice—. Aquí no se encuentra ni la gracia de Dios.

Lleva sobre el cuello una toalla ordinaria envuelta a manera de una corbata y escucha en la puerta del patio los consejos que le da su cocinera.

—Tómelo, don Antonio, eso es muy bueno. Es más que un cuchillo.

—¡Pero eso debe ser un trago del demonio! —exclama.

—No lo crea. No sabe a nada.

—Bueno, pues prepáralo, para tomarlo antes del desayuno.

Y pensando en ese trago de zumo de hojas se encamina al mostrador.

Llega en ese mismo momento don Marcial, acompañado de Abelardo. Don Antonio siempre tiene humor para su *tercio* de tablero. Son estos dos sujetos de los pocos que se llevan bien en la colonia. No tienen intereses encontrados.

—¡Qué dice el hombre peligroso!

Abelardo sonríe.

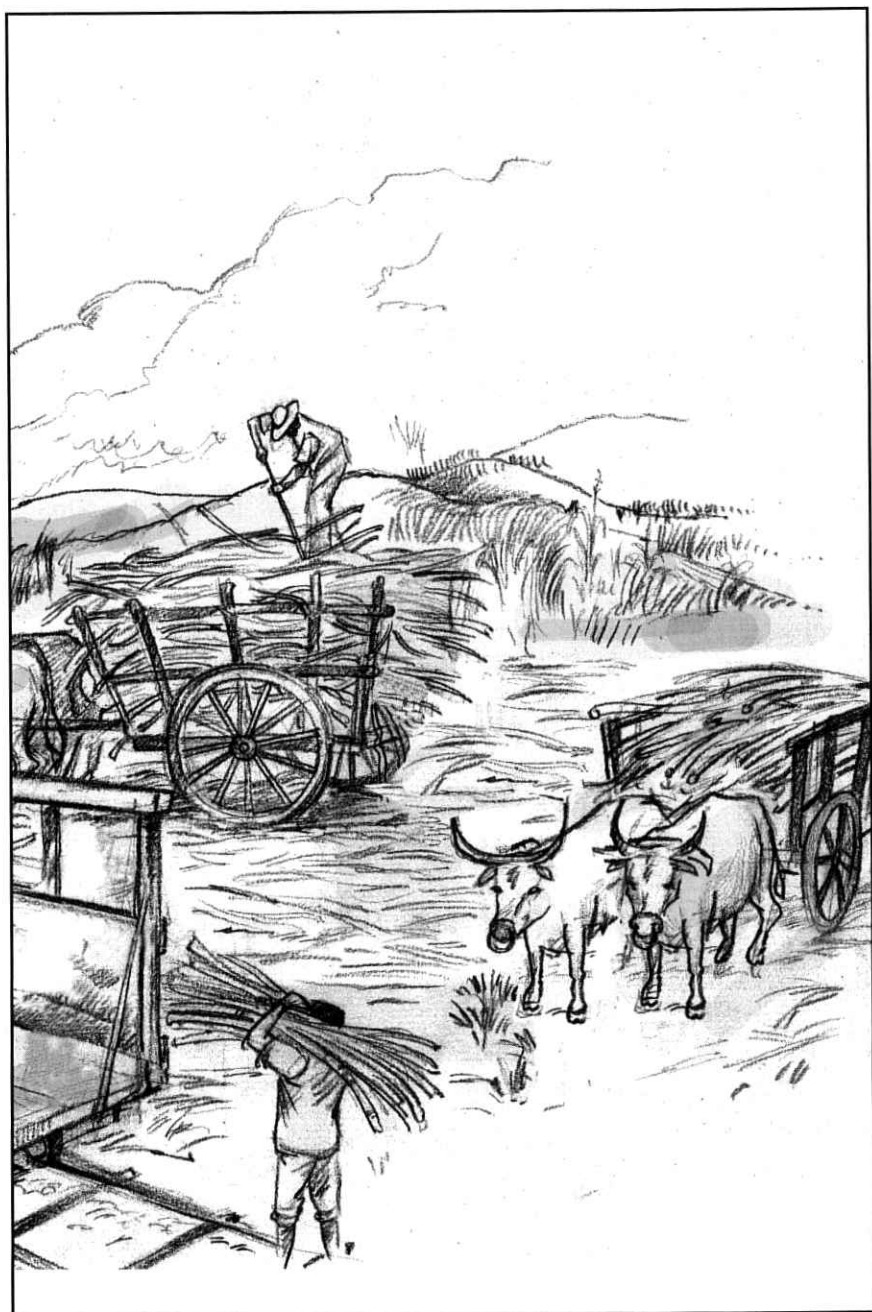
—Déjese de cosas, don Antonio. Mire que van a creer que eso es verdad.

—Lo dicen las gentes. Y río que suena...

—¿Usted cree? A veces suenan y no están crecidos.

Un dependiente le pasa un par de tabacos. Abelardo acostumbra fumar dos por día. Uno después de la comida y otro en la noche.

—Si usted supiera que esas cosas me tienen descompuesta a la mujer. La semana pasada me armó un banco. Yo no he podido averiguar quiénes son los que han llevado esos cuentos.



Don Antonio, que ha oído algo y piensa en las noches que lo deja esperando para jugar, le repite:

—Es que de los hombres peligrosos no se puede dudar nada.

Al retirarse, don Antonio se dirige a don Marcial.

—No se olvide de los periódicos.

—No. Se los mandaré con Tunino cuando vuelva.

A poco de salir don Marcial y Abelardo se acerca un peón al mostrador de la bodega. Pasea la mirada por el aparador y pregunta:

—¿A cómo son esos cachimbos, amigo?

El dependiente se aproximó a otro hombre que llegó casi al mismo tiempo y a caballo y no contestó al primero.

Transcurrió un momento y cuando el peón vio que el dependiente había terminado de despachar al hombre del caballo volvió a preguntar.

—A diez centavos —contestó el dependiente.

—¡Manífica! Aquí si venden caro.

—Con no comprarlo está arreglado —murmuró el dependiente.

El peón replicó:

—Con preguntarle no lo ofendo.

El dependiente no contestó. El peón tampoco. Simplemente pensó que este dependiente no tenía tratos. Y acabando de llegar a la colonia no quería tener dificultades.

Este peón era Nano, que dejó el cuarto muy temprano y dio unas cuantas vueltas por el batey antes de llegar a la bodega. Estaba impaciente por ver al mayordomo. No podía continuar más tiempo así, sin trabajar. Su resto era muy pequeño y temía verse desbaratado.

Se le acercó otro trabajador que fue a comprar un pan a la bodega:

—¿Uté no me ha visto a Lalo?

—Yo no conozco ese hombre.

—¿Uté no é de po aquí?

—No señor. Yo soy de *allá abajo*.

—¿Del Sur?

—De San Cristóbal.

—¡Aguaita! Se me puso dende que lo vide. Yo conozco la gente de allá abajo. ¿Uté es recentino aquí?

—Llegué antenoche.

Y el peón, girando los ojos por el batey, murmuró:

—¿Dónde se meterá ese dianche de Abelardo! ¿Pero uté trabaja aquí?

—Toavía. Lo tengo pensao.

—Ello dicen que falta gente.

Tan pronto como el dependiente lo despachó se retiró.

—Bueno, jasta luego.

En ese momento Nano volvió la cara hacia el barracón porque le pareció oír la voz de Fonso.

—¡Nano! ¡Nano!

El mayordomo se había presentado en el barracón preguntando:

—¿Dónde está el hombrecito que yo dejé aquí?

Fonso contestó:

—¡Yo no sé! Se enderezó tempranito.

Fonso era el último que salía del cuarto. Las atenciones de su gallo le hacían perder siempre algún tiempo todas las mañanas. Tiene que dejarlo bien *acotejado* antes de salir para el trabajo.

Paseó la mirada por el batey y alcanzó a ver a Nano frente a la bodega:

—¡Nano! ¡Nano! —gritó.

El mayordomo sacó su libreta.

—Pero es Victoriano que ese hombre se llama. ¿No es el que yo puse aquí?

—El mimo. Es que a él le dicen Nano.

Al llegar Nano, el mayordomo le dijo:

—Quédese por aquí. No se aleje mucho para ver lo que le consigo.

Y arrendó la mula.

Nano quedó solo. Fonso se fue para su trabajo.

—Démele vuelta al gallo, vale —le voceó desde lejos.

Chencho pasó por donde don Marcial y allí se enteró de que Juan Bautista vendría al chucho temprano. Ya había salido del batey. A don Marcial se lo avisaron por teléfono. Pidió que le buscaran un peón de confianza para que llevara los instrumentos. Chencho pensó seguido en Victoriano.

A las once de la mañana llegó la cigüeña. Juan Bautista lucía un sombrero colonial. Colgado al brazo izquierdo un ligero capote inglés con forro de seda a cuadros y además portaba polainas de resorte. Miguelito, el ayudante, sólo llevaba sombrero de fieltro de anchas alas, un Stecson, y polainas con hebillas. Sobre el piso de la cigüeña se veían los instrumentos: la caja del *teodolito*, el *trípode*, la *mira* y la *cadena*. También una maleta grande de cuero y un maletín de mano. Y una escopeta. Chencho les dio la mano y les dijo que tenían que aguardar un momento para dar tiempo a que llegaran las monturas. Un peón se hizo cargo del equipaje.

Mientras aguardaban las bestias se entretuvieron en ver las operaciones del chucho. Cuatro carretas descargaban junto a los vagones. Los carreteros charlaban y pasaban la caña a los vagoneros, que las acomodaban para evitar pérdidas en el camino. Esta es una operación que hay que hacerla cuidadosamente. El vagón debe estar apretado, sin vacíos, y como la caña no es recta hay que saberla colocar para que no quede floja, buscarle la vuelta para que no se caiga con las sacudidas del tren, sobre todo en esa línea, que no es muy buena y tiene bajadas, subidas y curvas peligrosas.

El maquinista asomaba la cara por la ventanilla, mientras tenía en una mano la válvula de arranque y en la otra el puño de la palanca de freno.

Cuando quedó en buena posición, el chuchero agitó los brazos para indicar que estaba bien.

Se introdujo luego entre los dos vagones que se habían acercado y enganchó la cadena diciendo al salir, al mismo tiempo que hacía una señal con la mano:

—¡All right!

Enchucharon los vagones llenos y luego desengancharon los vacíos y los entraron en la línea. Seguidamente volvieron a encarrilar la cigüeña por delante de estos para que pudiera salir cuando quisiera.

Blakis descendió para chupar un cigarrillo.

Juan Bautista sonrió al oír cómo un carretero recibió al maquinista:

—Mira Blakis, negrito sinvergüenza. ¿Por qué no me trajiste lo que te encargué? ¿Tú creías que no te iba a pagar, verdad?

Otro carretero agregó:

—¡Estos *cocolos* del diablo hay que acabarlos!

Pero Blakis sólo enseñó los dientes.

En La Inocencia siempre que se hablaba de hombres guapos citaban a Lao. Rosendo no se explicaba esto.

Para muchos era un hombre extraordinario, menos para él. Atribuía su buena fortuna a la circunstancia de haber aprendido a hacer algunos garabatos. Reconocía que las letras daban ventajas. Y aseguraba que si él hubiera aprendido *tan siquiera* a firmar, hasta a gobernador podría haber llegado. A él le habían dicho que se había dado el caso. Porque condiciones de mando no le faltaban y astucia y de todo lo demás. Por eso creía que Lao no era gran cosa y que no le valían de nada las cotorras que sabía hacer. ¡Cómo iba él a conformarse con una jefatura!

No todos en el batey pensaban de Lao lo que Rosendo. La mayoría le tenía miedo. De carácter violento, de escasa inteligencia, le imputaban haber cometido abusos. Y la circunstancia de que le gustaba tomar en demasía, lo hacía más peligroso, porque cuando estaba borracho, pocos se le podían acercar.

Una noche mientras conversaban a la puerta del barracón, Murciélagos, que estaba allí, se le ocurrió decir que Lao era político y que

no estaba en ese puesto por el gobernador de Macorís, como decía, sino por recomendación del mismo Presidente. Fonso se quedó callado, pero Rosendo no se pudo contener:

—¡Jesú hombre! ¡Va a ser! Yo lo había oído, pero ni atención le puse a quien lo dijo. ¡Dizque Lao político!

Rosendo no podía tolerar eso. ¿Cómo iba a ser político un hombre que no ha peleado nunca? ¿Dónde se había mencionado ese *endeviduo*? ¿Qué cosa había hecho Lao? Si alguna persona estaba autorizada para saberlo era él. Nunca lo oyó nombrar. Hablarle de política a Rosendo Santana que había tirado tanto tiro en esa vida. ¡Qué ocurrencia! El sí que podía hablar de eso. Hizo de todo. Tuvo sus buenos tiempos. No tenía nada, porque todo lo que ganaba en la política lo perdía. Por eso había renunciado a ella. El campo le daba mejor resultado. Cuando joven estuvo en una revolución y entonces fue cuando más sufrió. El culpable fue el alcalde del Soco, un tal Marcelino, que lo embulló, haciéndole mil promesas. Trabajaba en una tumba entonces y de ella se fue junto con otros compañeros de trabajo. Arrasó montes sin piedad, pasó hambre de vicio, durmió en los montes de las Quince Caballerías, se le pegaron unas mazamorras de todos los diablos, le dio calentura. Bueno. Las calamidades fueron muchas, pero eso fue lo más poquito que le pasó. Cinco meses estuvo por el monte. Una veces con tres, otras con quince o veinte. La ropa que llevaba y con la que salió de la tumba se le hizo pedazos encima. Y no quedó en cueros porque asaltaron una bodeguita y consiguieron camisas y pantalones hechos. Pero por un tris pierde la vida, porque el dueño de la bodega y el dependiente se defendieron a tiros limpios. Pero lo bueno de eso es que el alcalde se pasó al gobierno y los dejó solos. Ni un revólver pudo conseguir, porque le quitó uno a un mayordomo y después se lo quitaron a él. Andaba todo el tiempo con un *siete clavos* y un machete mocho. Cuando el alcalde lo convidó le dijo que esperaban carabinas de Macorís, pero no las vio. Fuera de un *pata de mulo* que tenía un tal Leandro, de El Paso del

Medio, y un *cincuenta setenta* del propio alcalde, no vio otras armas. Todos los días dizque se iban a unir al grupo. De andar se le hincharon los pies. Había revolución en el Cibao, pero en el Este todo estaba tranquilo. Un día el alcalde dijo que tenían que separarse, porque la combinación había fracasado, pero después supo que el tal Marcelino lo que andaba era huyéndole a la justicia y los había conquistado para que los acompañaran.

—En esa caí de indio. ¡Política! ¡Política! No ha nació el hombre que me consiga pa eso. Porque yo sí sé de eso.

Rosendo estaba desengañado de la política. No quería saber de eso, se sufre mucho. Y no se gana nada. Al contrario, se pierde la vida. Y dirigiéndose a Agapito, que lo escuchaba con admiración, exclamaba:

—Mucho tiro he tirao yo, vale, y de na me ha valío. ¡Dizque Lao político!

Y poniéndose de pie por delante de los muchachos les repitió, acompañando las palabras con un gesto de desprecio, que no tenía noticias de que Lao hubiera peleado en parte. Y que no lo podía creer. Para él políticos eran los que ponían y quitaban gobiernos. Los hombres de armas.

Luego dijo que todos los jefes se la daban de políticos, pero que la mayoría no venía a la finca más que a coger, a cometer abusos con los que se aguantaban y a echárselas de guapos sin serlo. Con muchos había bregado.

Ahora venía Juan Bautista de la Capital, donde había fijado su residencia. Los trabajos en el campo disminuyeron después que la Compañía se apropió de todas las tierras útiles. Quedaban sitios todavía, pero en las montañas, al pie de las estribaciones, ocupados por infelices campesinos y que de momento no tenían gran valor. No era necesaria su permanencia prolongada en el campo y la Compañía lo hacía venir de vez en cuando para hacer replanteos y mensurar alguna que otra posesión recién adquirida.

Viviendo en la Capital le sería posible encontrar algo qué hacer independiente de su profesión. Quizás podía encontrar alguna ocupación con el Gobierno, en una oficina. Allí tendría la oportunidad de meterse con alguna situación. Realmente no le gustaba la política, pero en Santo Domingo no es cuestión de gustarle o no, es que se trata de una necesidad. No hay de qué vivir. No existen bastantes empresas industriales y el comercio está en manos de extranjeros. Para los nativos no hay otra cosa que el presupuesto. Hay que conseguir de todos modos un cheque. Una vez logrado se puede uno meter en la casa, hacer una demostración de adhesión, de vez en cuando, al régimen, sin preocuparse por otra cosa, y estar siempre preparado contra la intriga, cultivando la amistad de los hombres fuertes, haciéndoles presentes los días de sus onomásticos y de sus promociones.

Mientras Petronila servía la comida se sentaron en la galería a conversar.

Don Marcial preguntó:

—¿Y cómo están las cosas por allá? Aquí hablan mucho. Pero no veo nada en los periódicos. Según la prensa todo va a las mil maravillas.

—Así es aquí. Cuando los periódicos queman fuegos artificiales es cuando las cosas están más mal. Aquí no se puede tomar en cuenta la prensa. Es una prensa de alquiler. Está por cuenta del que paga.

—¿Y qué hay de empréstito?

—¡Ah! Eso es un hecho. Aquí en este país cuando las cosas se dicen, ya están hechas. Aquí no hay opinión. Nadie la tiene. Aquí se fabrica la opinión a voluntad. Es un país ignorante y nadie tiene la propia. Aquí la gente no piensa.

Y Juan Bautista le repitió a don Marcial una frase que le oyó a mister Moore: “Dominicano tiene el cabeza para el sombrero solamente” —agregando:

—Esa es la verdad más grande que yo he oído.

Petronila los interrumpió. Ya estaba servida la comida. Al sentarse en la mesa, don Marcial pidió excusas a Juan Bautista por la pobreza de la comida.

—Aquí no se encuentra nada. Recomendé a la cocinera que hiciera buen almuerzo, pero en el batey no encontré qué comprar.

—¡Figúrese! Fuera de ensalada de cañas aquí no debe haber otra cosa. Yo conozco todos estos sitios y los conucos son escasos.

—Y las cosas que aparecen, malas. ¡Vea esos plátanos!

—En la Capital le decimos *ñícaros*.

La comida era realmente pobre. Un locrio de gallina, algunas frituras y víveres hervidos.

Don Marcial fue hasta la puerta del patio para pedirle a la cocinera que friera un par de huevos, pero Juan Bautista rehusó.

—No se moleste. Con este locrio tan bueno tenemos. Deje eso para otra oportunidad.

Demasiado sabía el agrimensor que en las fincas no se encuentra qué comer. Los colonos están habituados a una dieta forzada. Una vez por semana comen carne. Y en las colonias pequeñas hasta la leche es escasa.

A poco de levantarse de la mesa, Juan Bautista se despidió. Quería que no le cogiera la noche en el camino. Tenía que cruzar muchos pedazos de monte.

Don Marcial, que desea ser obsequioso con su huésped, le brinda un *palito* que Juan Bautista aceptó.

Trajo del aposento una media botella, cogió un vaso de la mesa. Juan Bautista hizo una mueca al tragar.

—¿Qué tal? —preguntó don Marcial.

—¡Muy bueno!

—Ese es un ron viejo que me regaló don Antonio.

Juan Bautista se limpió la boca con su pañuelo y carraspeó.

A las dos de la tarde emprendieron la marcha. Con ellos iba Victoriano. Este iba montado sobre un caballito en árgana con los im-

plementos de mensura y siguió al agrimensor por el camino de la sabana.

Siempre pasaba Juan Bautista cuando podía por donde don Marcial. Eran amigos hacía tiempo. En su casa había pasado algunas noches. En una ocasión se encontraron allá fuera en una fiesta y gozaron mucho. Don Marcial se daba sus escapaditas a la sabana y el agrimensor era hombre de prestigio tanto en aquélla como en el mismo monte. Tenía fama. Los peones le conocían sus comederos. Y a oídos de don Marcial llegó un comentario que en cierta ocasión hizo Tonito, el superintendente de campo, sobre esto. Conversando con unos amigos, entre los cuales estaba el que se lo contó a él, se refirió a que, volteando por las últimas colonias del ingenio, al coger un carril, vio a un hombre joven que hincando una rodilla en tierra y quitándose el sombrero le pidió la bendición. Al manifestar la extrañeza que esto le causaba, le preguntó por qué le hacía esto, a lo cual contestó el joven: “¿Y usted no es Juan Bautista el agrimensor? Usted es mi papá”.

Don Marcial no le había contado esto a su amigo, pero sabía bien que podía ser posible. La vida en el campo no tiene otro atractivo para el hombre joven que vive habitualmente en la ciudad y en ninguna parte más que en el campo puede el amor tomarse tantas libertades.

8

Desde que inició la zafra en La Inocencia sólo se dejó de trabajar muy pocos días. El primero y segundo día de pascuas no se hizo nada. Los cortes permanecieron vacíos y las carretas tumbadas. La mayoría de los trabajadores se fue para la sabana y en el batey se celebraron dos o tres *bachatas*, con el permiso de Lao. Tampoco se trabajó el día de Año Nuevo. El 21 de enero, día de la Altagracia, no se levantó una caña. Ese día ocurrió una reyerta en el batey. Un haitiano hirió a otro al final de la calle de los bohíos. Se produjo un escándalo mayúsculo. Lao tuvo que repartir algunos planazos, porque un grupo de haitianos se opuso a que cogieran preso al agresor. Murciélago y Rosendo se encontraron por casualidad en el *molote*. Vieron actuar a Benceslao. Se portó bien. Gracias a su intervención no hubo muertos. En la Semana Santa sólo se dejó de trabajar el domingo y el lunes de pascua. Esos fueron los días en que la colonia quedó más triste. No hubo pago, para evitar que los trabajadores se fueran, pero a pesar de estar arrancados, no quedaron en el batey más que algunos haitianos. Todo *el vivo* se fue para la sabana. Celebraron bailes en diferentes lugares. El trabajo se organizó de nuevo el martes siguiente.

Las ventas de don Antonio no aumentaron.

—Esto está tan mal —dijo Abelardo—, que ni en los días de fiesta se ha visto movimiento. Ganan tan poco estas gentes que ni para comer les alcanza.

Ahora pasan semanas y semanas y la actividad de la colonia sigue su curso natural. Los días van sucediéndose dentro de la monotonía más desesperante. Ya han sido totalmente cortados varios campos y dentro de una quincena toda la primera porción de la colonia quedará tirada. Abelardo y Chencho están satisfechos de su labor.

El personal se queja de los bajos precios, pero realiza su trabajo sin protestar. ¡Qué va a hacer!

En el barracón, pasada la medianoche, empieza a cantar el gallo de Fonso.

Ya había cantado muchas veces, cuando Murciélagos se levantaba y recogía su hamaca. Por lo regular todavía estaba oscuro. Al salir, el lucero brillaba intensamente y se encontraba alto todavía. La bodega no había abierto, ni se veía gente en el batey.

En ocasiones alcanzaba a ver la lámpara de carburo sobre el mostrador y a algún dependiente paseándose detrás de aquél.

Tomaba café donde hubiera a esa hora o se iba sin tomarlo. Con su vara en la mano, de la cual no se desprendía, enfilaba el carril camino del corte. Seguía los trillos, descalzo, o caminaba sobre los gramales que a esa hora humedecían sus pies, en cuyos bordes blancos se adherían las finas hojas secas y observaba de paso la caña que en muchos campos nació muy buena, muy gruesa, de varios trozos y tan alta que lo tapaba y en otros, delgada y pequeña, a pesar del cultivo, porque no todas las tierras son iguales.

A esa hora las cañas estaban cubiertas de rocío y el verde de las hojas era un verde mate, tierno, porque el sol no había salido aún.

Tropezábase con gentes que pasaban a caballo para la finca o con otros peones tan madrugadores como él.

Cuando el tiro estaba del otro lado cruzaba el arroyo después de arrollarse los pantalones a media pierna y lavarse la cara allí mismo. Le agradaba esa agua tan fría.

Murciélago llegaba al corte de los primeros. El sereno todavía no había apagado su farol. Buscaba sus bueyes y se ponía a enyugar. Los otros carreteros llegaban poco después.

Apenas los primeros rayos del sol disipaban la neblina que algunos días cubre los cañaverales, cuando ya Murciélago iba junto a su carreta en su primer viaje, camino del chucho.

Un poco más tarde, en el 2, el 4 y el 6, los cortadores dan principio a su faena. Varias carretas están cargando, otras saliendo para tomar el carril. Se oye el ruido de las bocinas y el golpe seco de las mochas en el cañaveral. También se oyen gritos:

—¡Tesa buey! ¡Fortuna! ¡Palomo! ¡Oh! ¡Oh!

Los cortadores parecen cuervos enormes manchando el verde de la caña. La mayoría son haitianos. Los carreteros hablan, ríen y hasta escandalizan. No pueden estar callados. Antes de cargar, cuando esperan, mientras cargan, hacen cuentos, celebran chistes. Es la hora del comentario y de la crítica.

—Yo no sé lo que piensa el vale Alipio, vale. Qué enamoraio más fuerte.

—¡Se lleván a Madalena!

—¡Cómo!

—¡Se la lleván! Ahora dique andan de justicia.

—¿Uté cree? Eso lo arreglan, vale. ¡A que no van al pueblo!

—Atájeme ese buey, vale. ¡Buey del Diablo! ¡Tesa! ¡Oh!

Los alzadores pasan la caña a los carreteros. Fonso, Murciélago, Juan Tarana, la van colocando cuidadosamente en sus carretas. Le dan vueltas a los trozos para acomodarla. QUITAN unas cuantas de un sitio para ponerlas en otro. A veces esperan, porque no hay suficiente caña cortada.

—¡Date pronto! —gritan.

Cuando hacen el tiro por viajes no les preocupa mucho este arreglo, pero cuando lo hacen por toneladas ponen más cuidado. Se preocupan porque la carreta dé buen peso.

Fonso canta una copla *acotejando* su caña. Murciélago entra de regreso, Juan Tarana sale clavando sus yuntas.

—¡Buey del Diablo! ¡Corocito! ¡Oh! ¡Oh!

Telemaque refunfuña mientras pasa la caña a Fonso:

—¡Tú me tá apurá mucho Fonse!

¡Tá apurá no! ¡Pasa la caña pronto! ¡*Mañé* del Diablo!

Tu no vé que me coge el día. ¡Mira el sol!

Y Telemaque le lanza una mirada airada.

En el corte se producen discusiones. Nadie quiere que le lleven ventaja. El chucho está lejos y hay que ser listo para poder sacar jornal. Los cortadores, por su parte, desean que sólo carguen de sus pilas. Se producen equivocaciones y Antúan reclama a Murciélago su *tike*, porque fue de su pila que cargó.

Sentado sobre un tronco seco o junto a una carreta, el capataz de corte, luciendo su machete colgado de un hombro, un sombrero de cana de alta copa y anchas alas, le cuenta con lujo de detalles a Juan, que le oye trabajando, la historia de una mujer que conoció por el Corozo. Tenía cinco hijos y todos eran de padres diferentes.

—¡Pero esa era pior que gallina!

El capataz vigila el corte. Llama la atención a los cortadores para que entreguen limpia la caña.

—Cuidao con paja —dice—. Estos haitianos son muy cabeza dura.

Algunos cortadores trabajan en silencio. Se han impuesto una tarea. Otros están solos en un rincón. Pero cuando están cerca unos de otros charlan en castellano o en *patuá*. A las doce seestean. El corte se suspende. Rumían los bueyes y se les oye triturar los *cogollos*. El barbojo crepita bajo sus patas. La brisa mece el cañaveral. Y el roce de las hojas

produce un ruido suave, grato al oído. A veces un carretero grita y hace despertar a los que dormitan a la sombra de la caña.

—¡Buey del Diablo! ¡Oh! ¡Oh!

Es que *Pajarito* alcanzó la caña y ha tumbado algunas matas.

Los cortadores no salen del corte hasta por la tarde. Se guarecen del sol bajo la caña o bajo sus sombreros de cana de copa alta y alas anchas tendidas hacia abajo hasta cubrirles medio rostro. En algunas colonias pueden pelar un trozo de caña con la mocha para mitigar el hambre, en otras les está prohibido. Si tiene familia cerca pueden recibir un bocado a las doce, del cual pueden comer todos. Otros tienen que esperar la tarde para ir a comer al batey, en sus barracones. De paso por la bodega toman lo que necesitan con sus vales, para hacer ellos mismos la comida. Chencho da siempre una vuelta en la tarde, para dar estos vales a quienes se lo pidan.

José Torres, el pesador, no está satisfecho. Lleva dos zafras desempeñando ese empleo. El sueldo es insignificante. Apenas puede ahorrar nada. Varios meses pasa dentro de la enramada pesando diariamente carretas con cañas. Todos los días hace lo mismo. ¡Es para aburrirse! El peso está rodeado de cañaverales, aislado. Sólo puede ver a los carreteros durante el día. A Murciélagos, Juan Tarana, Fonso o los campesinos que cruzan por los carriles.

Los carreteros suelen murmurarlo. Muchos desconfían de él, creyendo que les roba en el peso a favor de la finca o del colono. A menudo han sido despedidos pesadores porque no le han robado a nadie. Antiguamente eran empleados de la colonia, pero por esas causas, para más honradez, ahora los nombra la Compañía. Es un cargo de confianza y de responsabilidad, donde se puede perder hasta la vida por cumplir con el deber. Esto ha sucedido. Cuando se han conducido bien tienen la esperanza de ir al peso del Central. Allí mejora la categoría y no están ni tan expuestos a la chismografía ni tan apartados de las gentes. Pueden vivir mejor.



Una noche, mientras jugaba tablero en la bodega con don Antonio, llegó Abelardo. Tomó una silla y se sentó a un lado para ver el juego. Don Antonio jugaba lentamente. Pensaba mucho. Las manos duraban demasiado.

Abelardo estuvo ese día en el batey. Pasó allí la mañana. Le aseguraron que al terminar la zafra abrirían tumbas. Vio a Abraham. Habló con Ezequiel Solano. No lo encontró muy animado. Parece que no lo tratan bien. Abraham le dijo que el azúcar había subido algunos centavos. Pero su viaje fue un fracaso. Fue a ver un individuo con quien tenía un negocio y no lo halló. Se cansó de dar vueltas y no lo encontró por ninguna parte. Un negocio bueno. Ese individuo tenía una carreta completa que estaba vendiendo barata. Se lo había dicho Gautier Mojica, a quien comisionó para que le buscara venta.

—Fue un viaje de chino. Nadie me dio razón.

—¿Y quién era? —preguntó Torres alzando la cabeza.

—Un tal Remigio. Gautier me dio las señas y hasta me dijo por dónde debía buscarlo. Pero me cansé. No me supieron decir quién era.

—Pero usted hizo ese viaje por gusto —apuntó don Antonio—. Antes debió informarse mejor.

—Tiene razón. Pero así son las cosas. No quise perder tiempo.

José se *comió* tres fichas.

—Esa se la enchivo yo —exclamó don Antonio.

Abelardo se quedó observando el juego.

—¿Y las tumbas serán por cuenta de la finca?

—Yo creo que sí. Ahí viene un tal Julio Sosa. Dicen que le van a dar todo ese monte del otro lado del río.

—¡Oh! ¿Y esas gentes que viven ahí?

—¡Yo no sé! Los harán ir de ahí. Para eso es que están midiendo. Dicen que eso no es de esa gente. Que no tiene títulos.

—¡Qué cosas! Todos los días los irán empujando.

Don Antonio se interrumpió para mudar la ficha y a poco agregó:

—De modo que habrá otra barrida como la del año pasado.

—Ello así parece. '

—¿Y quién le dijo eso?

—Bueno. Esas son voces que corren en el Central.

José Torres sólo se ocupaba de su juego. Ya don Antonio le había dado una pela fenomenal.

Después de hablar de cosas indiferentes, Abelardo se refirió a don Marcial. Oyó decir que al finalizar la zafra la Compañía se haría cargo de muchas colonias, porque la deuda que tenían era muy grande. Además, no estaba el administrador satisfecho de muchos colonos.

—Entre esas colonias nombraron La Inocencia —dijo en voz baja—. He oído decir que don Marcial entregará.

Abelardo se reservó la fuente de sus noticias. A sus amigos no les causó esto ninguna sorpresa. Todos los que podían saberlo en la colonia lo presumían, por el rumbo que iban tomando las cosas.

—Dicen —agregó Abelardo—, que míster Moore no le quiere dar dinero suficiente para entorpecerlo en esta zafra. Que el asunto de las limpiezas fue hecho a propósito.

Durante el *tiempo muerto* la colonia no se limpió bien. El dinero estuvo escaso y don Marcial tuvo que hacer algunos sacrificios para pagar trabajos que no se podían aplazar.

En un momento en que José meditaba una jugada, don Antonio agregó:

—No me sorprende. Siempre hacen lo mismo. Cuando quieren salir de un colono lo exprimen hasta que reviente. En todos los ingenios es igual. Después que le siembran la caña le permiten vivir algún tiempo y luego lo echan fuera.

—La suerte es que la tierra es propia —dijo el pesador.

—¿Y qué? ¿Qué hace con eso?

—¡Bueno! Le darán algunos pesos por ella o se la arrendarán.

—O se la quitan —recalcó don Antonio—. Si la cuenta está muy alta no basta la colonia en pago. Cogarán la tierra también.

—Yo creo que, para estar bien aquí en las fincas, hay que ver y callar y aguantar con todo el cuerpo todo lo que venga. Este es el negocio de la piedra y el huevo. Hasta nosotros los ajusteros tenemos que tener tino.

—¡Dama! —exclamó don Antonio—. Uno, dos, tres, cuatro y cinco. —Fue levantando las fichas y luego se coronó.

Hubo un silencio. José se limitó a preguntar:

—¿Y cómo fue eso?

A poco siguieron conversando.

—En mi opinión, la finca, después que le siembren la caña los irá barriendo uno a uno.

—¿Entonces, será como en el Central?

—Poco más o menos.

—Me dicen que allí y en otras fincas no se puede vivir con las multas. Por todo ponen una multa. Si siguen así, con la bodega y las multas, le trabajarán de balde.

—Una, dos, tres —dice José sonreído.

Don Antonio no pronunció una palabra. Se calló un momento.

Luego volvieron a reanudar la conversación. Don Antonio encendía un cigarrillo tras otro. Era un gran fumador. Ya Abelardo le ha dicho varias veces que él cree que el cigarrillo hace más daño que el tabaco. Y le contó una vez que de esa opinión era un médico de la Capital. Don Antonio insistió en que si le quitaban el cigarrillo lo mataban. ¿Qué iba a hacer en el campo? El cigarrillo lo distraía. Le servía para matar el aburrimiento.

José perdió dos manos y Abelardo y don Antonio empataron una. Tarde ya suspendieron el juego, no sin oír la eterna protesta del bodeguero.

—En estos bateyes, ¡carajo!, uno se envejece, pierde sus fuerzas, se arruina la vida si viene arrancado, pierde todo lo que trae, si viene con algo y termina por ir al pueblo a pedir limosna.

Repetía eso a menudo a sus amigos y a veces agregaba:

—Y se embrutece. Mirando sólo caña, empotrados si se puede decir, casi comiendo yerba. Salimos de aquí hechos unos animales. Ni periódicos, ni escuela, ni nada. ¡Cañas, bueyes y haitianos!

Abelardo salió de allí para los últimos bohíos de la única callecita del batey y José para su casa.

Con las cabezas hacia abajo, evitando tropezones, siguieron juntos un rato, hasta que se separaron frente a la casa del pesador.

Cuando Abelardo pasó al día siguiente por la bodega, tuvo que detenerse. Allí estaba Chencho dándole la enhorabuena a don Antonio. Ese día completaría seis mil toneladas. Efectivamente, hasta la fecha se había trabajado muy bien.

Don Antonio felicitó a Chencho.

—Yo se lo dije. Este año nos va de buena —respondió este.

Y Abelardo reconoce que el mayordomo de don Marcial es un hombre de mucho movimiento.

Pero esta satisfacción que experimentan los empleados de La Inocencia le duró poco. No había transcurrido una semana, cuando un jueves, a mediados de abril, se declaró un fuego que consumió algunas toneladas de cañas. No se pudo averiguar la causa. Eso quedó en el misterio.

—Yo no quiero hacer malos juicios, pero ese fuego me ha dado mala espina —dijo Chencho—. Es muy sospechoso eso de que haya comenzado por ese campo.

Don Marcial no opinó nada. Pero Abelardo pensaba también que no pudo ser casual.

—Ahí hay una mano oculta —observó don Antonio—. Ni me fío... —e hizo un gesto que no dejó lugar a dudas.

En el batey se supo, por Pajita, un peón que estaba en la bodega cambiando un vale. Volvió la cabeza y parecía distraído, como si esperara o viese a alguien. De pronto le dijo al dependiente:

—¿Usted no ve aquel jumito? Me parece fuego.

El dependiente se subió en el mostrador. Observó cuidadosamente el punto señalado.

—Me parece —dijo al apearse.

En seguida llamó a don Antonio. A poco vieron un peón que venía a pasos largos. En ese momento se detuvo un carretero que pasaba frente a la bodega. Salieron varios peones fuera de los barracones. Y el hombre que corrió gritó:

—¡Fuego en el 24!

Ese día Agapito, que conserva un mal recuerdo de ese fuego, comía en casa de Lupe. Lo llamó para darle un plato de sancocho. ¡Era tan bueno con ella!

Sentado a la mesa, mientras paseaba la vista por la calle, oyó las pisadas de una bestia que venía corriendo. Y luego un alboroto en el batey. En ese momento Lupe entró en la cocina para decirle que tocaban fuego. Dejó la comida. Le pareció sentir el pito de la finca. Al instante vio cruzar a Lao con un machete en la mano gritando:

—¡Camine pronto! ¡Camine a apagar el fuego!

Se acercó a la puerta. En los barracones alcanzó a ver algunos peones. Por los carriles iban trabajadores corriendo. El pito se oía más claro desde afuera. Un pito largo, sin parar. Lao daba carreras en el batey detrás de los peones. De pronto se dirigió a él diciéndole:

—¿Y usted, qué hace aquí? Camine a apagar.

Y le dio un planazo. Como Agapito no se moviera, lo empujó y le dio otro.

—¿Usted no sabe que todos tienen que ir a apagar? ¡Haragán!

Agapito no contestó. Lupe se asomó a la puerta al oírle la boca a Lao y se atrevió a decirle:

—¿Usted no ve que ese hombre está enfermo? ¿Qué no tiene fuerza? A lo que respondió Benceslao:

—¡Cállese la boca! ¡No se meta en lo que no le importa!

Lupe murmuró:

—Abusador y sangrú. Eso es lo que es usted.

Agapito siguió por delante de Lao. Cruzó el batey, tomó la gran calle. Una cantidad de peones iba delante, a pasos largos, corriendo, con las mochas en las manos, sin sombrero, como si fueran derrotados. No muy lejos se veía una gran humareda. Un humo negro, como un nublado que sube, como un aguacero que va a caer. Soplaban un viento fuerte. Las cañas sonaban. Lao vociferaba detrás que apuraran el paso. Y los peones corrían, corrían por los carriles.

A poco se oyeron como tiros y vio muchas pajas prietas que traía el viento y la nube creció tanto que parecía que se los iba a tragar.

Cruzaban hombres a caballo al galope y repetían los gritos de:

—¡Fuego! ¡Fuego!

Llegaron al lugar. Agapito se sorprendió. Las llamas parecían montañas. El humo cubría casi todo el cielo. El ruido parecía de un *pleito*. Un tiroteo. La candela corría. Las lenguas de fuego eran más altas que un monte.

Empujaron a Agapito en una trocha que hacían por detrás de un cañaveral. Vio una cantidad enorme de gente. Un batallón. Sólo se oía el ruido de los machetes. Picaban como locos. En un momento abrieron un boquete tan ancho como una calle. Gritaban y picaban. Pero a veces el humo los estaba ahogando. Y sentían un calor horroroso. De pronto apareció Chencho gritando que avanzaran pronto. No decía otra cosa. Estaba ronco. Corría por aquí, corría por allá. Ya casi no se veían unos a otros. El humo los había cegado. Lao repartía planazos entre un grupo de haitianos que estaban *barajando*. Cada vez era más fuerte el tiroteo de la caña y más insoportable el calor. No se podía avanzar. La candela casi los estaba chamuscando. Y la trocha que habían abierto tampoco se veía. Eso era un infierno. Y sin poder parar hasta que no avisaran. Metidos ahí no sabían si el fuego aumentaba o si lo estaban apagando. Las pajas les caían en los ojos. Se iban poniendo negros como el humo. Sudaban a chorros.

Y ya estaban cansados. Era una cosa horrorosa. De entre el humo se escuchaban voces de peones llamándose. Se habían perdido algunos y no sabían si estaban todavía con sus compañeros. Porque la gente se pone como loca. Pierde el sentido. Machetes y gritos. Es todo lo que se oye.

De pronto percibieron un grito:

—¡Salgan de ahí!

Y se dirigieron al sitio por donde salía la voz. De dentro del humo iban saliendo uno a uno, por grupos, a la carrera, porque la candela la tenían casi en los pies. Muchos llegaron a quemarse. A un hombre lo sacaron cargado, porque se le paró el resuello.

Así que se juntaron algunos, dos hombres a caballo les gritaron:

—¡Vengan a pegar contrafuego, pronto!

Y emprendieron una carrera por un carril. Parecía una derrota, como si estuvieran huyéndole a la Guardia. Llegaron casi muertos a la vera de otro campo y allí les dieron orden de pegar fuego. Se lo pegaron por varias partes a un tiempo. Ardió el campo. Subió una llama grande y en un momento hicieron un fuego tan enorme como el otro. Después les dieron órdenes de vigilar. Parecían locos.

Como tres horas duró el fuego. Por la tarde se veía el tamaño del claro. Como cinco campos se habían quemado. Era una gran mancha negra, en medio de los otros cañaverales verdes, pero una mancha grande. Semejaban los campos una tumba sin habitar. Las cañitas parecían estacas. Y el suelo prieto, como regado con *cico* de carbón.

Cuando Agapito llegó al batey estaba casi muerto. Tiznado completamente. La ropa, la cara, todo era un solo color. Se sentó en la puerta del barracón a descansar. Lupe le trajo un bebedizo para evitar el pasmo. No le preocupaba tanto el cansancio como los planazos que le dio Lao. ¡Delante de unas mujeres! ¡Qué abuso! La suerte que ese día dio muchos, a los haitianos y a otros que él no conocía.

Al atardecer estaban todos juntos. Fonso, Rosendo, Juan Tarana y Agapito y dos o tres peones más haciendo referencias sobre la candela

y criticando a Benceslao. Hubieran deseado que se hubiera quemado toda la colonia, por él, solamente por ese hombre tan odioso. Quizás si lo hubieran botado de allí. Pero tenía tanta suerte que el fuego no fue muy grande y se apagó pronto. Porque en realidad parece que tenía un santo en el cielo.

—Días después, hablando de esto le dijo don Antonio a Torres:

—Convénzanse, amigo. A este hombre lo han acabado aquí. Desde que fomentó la colonia comenzó su fracaso. Se lo hicieron a propósito. La siembra le costó un huevo. Lo que la finca quería era realizar sus proyectos de extensión. Don Marcial, como nosotros, no somos más que los instrumentos de estas gentes. Yo aquí, si Dios no mete su mano, me secaré vendiendo bacalao y no pasaré de ahí. La caña engaña, mi amigo.

Torres lo oía sin comprometerse. Es muy peligroso en las fincas hacer críticas. Su asunto era conseguir el peso del batey. A don Antonio le importaba poco cualquier cosa. Estaba viejo y cansado.

—Este es un país —agregó don Antonio—, donde muy pocos ven más allá de sus narices. En ninguna parte del mundo se explota a los hombres como aquí. Peones, empleados, bodegueros, todos somos esclavos. Los colonos son todavía más desgraciados. Pierden a menudo sus tierras y su dinero, arriesgándolo en un negocio que les administra otro, sin obligaciones. Los que trabajan en las fincas no hacen otra cosa que vivir. Y vivir mal, sacrificados. Yo no he visto todavía a ningún colono retirado viviendo de sus rentas. Todos están arruinados. Pobres.

Don Antonio no hablaba esto con todo el mundo. Ya sabía que en las fincas no se puede opinar. Tenía presente lo que le ocurrió en Angelina. Pero de vez en cuando no se podía contener.

—Aquí en las fincas no hay conciencia. Esto está organizado como en los tiempos de la esclavitud. Los administradores son amos, nosotros, esclavos.

Y aludía entonces a míster Moore.

—¿Usted no se fija con qué desprecio nos trata este hombre? Míster Moore no puede ver al hijo del país. Para él solamente son gentes sus paisanos.

Refiriéndose luego a La Inocencia agregó:

—¿Usted no ve la situación que le ha creado a don Marcial? Este pobre hombre tendrá que largarse de aquí. Todo son inconvenientes. Ni dinero, ni otra clase de ayuda.

José Torres le oía sin hablar. Se limitaba a mover la cabeza y a abrir un poco los ojos. Estaba en su asunto. Tenía su aspiración.

—Y todos son así —prosiguió don Antonio—. Y lo peor es que hay muchos que creen en ellos. Piensan en que son protegidos, en que serán ayudados y hasta en que los estiman y los consideran. Cuando conversan con el administrador o lo reciben en sus colonias se hinchán, se ponen ufanos, insoportables. Se creen muy importantes. Y no se dan cuenta de que míster Moore les hace a ellos lo mismo que míster Houston a los haitianos. Ni más ni menos. Cuando no los necesita les da un puntapié.

Don Antonio se refería al caso de míster Houston con los haitianos. Eran sus trabajadores favoritos.

Todas las mañanas se le podía ver camino de Lajas, un batey de la Factoría, guiando un carro automotor de la marca *Budha*, sonreído, contemplando los extensos campos de caña que hacían horizonte con el cielo siempre azul y diáfano, lleno de luz. Aun cuando el calor a veces era tan insoportable que le obliga a corretear en cuerpo de camisa, con las mangas por encima del codo, sueltos los dos últimos botones de la camisa, se sentía feliz, muy feliz. Durante los años que llevaba trabajando, no había sentido necesidad de disminuir el número de tragos. Seguía bebiendo sin inconvenientes. Las profecías de míster Symur, el médico del Central, no se habían realizado. Al contrario, aumentaba de peso y estaba cada día más rosado, con

más apetito y con mayor fuerza. No se cansaba, por dura que fuera la faena del día. Recordaba Papá Yute, como único quebranto, una indigestión que padeció un *Thanksgiving Day* en que la señora Palmestown los tuvo como invitados a él y a la señora Houston. Indudablemente que ese día acabó con los *cakes*, tomó considerablemente y comió demasiado pavo. Pero no le duró mucho. La sal de frutas que tomó le hizo mucho bien. La mala reputación del trópico no era más que una leyenda.

Míster John Stewart Houston, de ojos azules y cabello rubio, natural de Virginia, se convirtió aquí en el trópico en el popular Papá Yute.

Hacía dos años que Papá Yute no iba al Norte. Podría hacerlo si lo deseara, porque el año pasado no hizo uso de su licencia. Tuvo que disponer de parte de sus economías para mandarlas a Carolina a unos parientes en desgracia. Fue un prestamo. Pero no le hacían falta esas vacaciones. El *tropical liver* de que tanto hablara el doctor americano no le preocupaba. Symur era un maniático. Era la señora Houston la que siempre deseaba ir a pasar una temporada con su familia. En cambio, él, se sentía aquí mejor que en ninguna otra parte.

Diez años sin descansar llevaba en el Central como ingeniero de construcciones. Los últimos bateyes los había dirigido y los había trazado. Su sueldo era de trescientos pesos mensuales, una póliza de seguros, casa, leche, agua y otras facilidades más que le permitían llevar una vida cómoda y hacer sus ahorros mensualmente. La señora Houston era, por otra parte, muy económica.

En el ingenio se le acusaba de dar preferencia en los trabajos a los haitianos. Por lo menos esto se propalaba entre peones nativos. Si esto era cierto no lo parecía. Porque míster Houston dirigía sus asuntos con bastante inteligencia.

Sí era evidente que los haitianos lo distinguían mucho. Siempre le sobraban de estos braceros para sus trabajos y era fama que los trataba muy bien.

En Lajas lo esperaban en la vía. Cuando los dominicanos veían un grupo de haitianos parados o sentados en el chuchó, sabían que estaban aguardando a míster Houston, para que les diera trabajo. Era, pues, un blanco popular, entre aquellas gentes.

Muchas veces Rosendo, que sentía un odio tremendo por los haitianos, cuando tenía una dificultad con un *musié*, como él les decía, terminaba por declararle:

—Vete donde tu Papá Yute. ¡Negro del carajo! ¡Como los monta en *Buhda*, ya se creen gentes!

Rosendo aludía a las veces que míster Houston subía a algún haitiano en su motor. No se le escapaba a él por qué lo hacía y sin hacer comentarios le contó a Agapito que un día, viniendo él a pie por la vía, vio a tres haitianos, uno de los cuales, Dorsenvil, que era capataz, levantó el brazo y le hizo señales al blanco, que venía *embalao* para que parara. Cuando estuvieron juntos oyó que le dijo:

—¡Oh! Papá Yute. Yo quiere jablar contigo.

—¿Qué pasa? ¿Ta enferma?

—¡No! Quencena pasá yo tá cobrá quence pese y ete quencena da a mi siete pese no má. Quiere que tu mi diga qué pasa

Míster Houston, siempre sonreído, le tocó con la mano en el hombro cariñosamente:

—¡No sé! Pero yo arregla ese. ¿Dónde tú vá?

—Yo va pa Lajas.

Y se fueron juntos.

Y como Agapito le preguntara a Rosendo si le pagarían lo que le faltaba, este sonriendo le contestó:

—¡Qué va gallo! Si por eso es que son buenos los *mañeses*.

Y levantándose del cajón en que estaba sentado, repitió:

—¡Qué va, gallo! Si estos blancos tienen *las cuarenta en brisca* y el as de basto. Tú no vé que se lo llevó en el motor. ¡Por desvanécíos es que los prietos no suben palo!

9

Cayeron sobre La Inocencia unos cuantos aguaceros. El tiro se puso pesado. Por la mañana Chencho salía para el corte. Apenas veía dos o tres haitianos. Rosendo, con un saco de pita sobre la cabeza, en vano aguardaba que el trabajo se organizara. Los carriles se cubrieron de charcos de agua. Las carretas levantaban el lodo con sus llantas. El batey quedó desierto. Todo el mundo permaneció en sus casas. Por dos días cayó la lluvia sobre La Inocencia de una manera continua.

En la bodega, Chencho, después de dar un volteo por el corte, protegido por un capote, las alas del sombrero hacia abajo, se quejaba del tiempo.

—¡Qué calamidad, don Antonio! ¡Esta lluvia nos va a fastidiar!

No se desmontaba. Se guarecía bajo el paraguas de la casa y de vez en cuando miraba el cielo plomizo, los campos con sus cañas lavadas y la tierra blanda, removida por las pisadas de las bestias, las llantas de las carretas y las pezuñas de los bueyes, que dejaban una huella larga y pulida sobre el barro amarillo.

Un peón que pasaba el tiempo inclinado sobre el mostrador recordó a San Isidro.

—Yo credé —dijo—, que esta agua no pasa. Esa la trajo San Isidro.

Chencho recordó que, efectivamente, el lunes de esa semana fue San Isidro y que en el chucho un alizador le dijo por la tarde, mirando el cielo: "¡Este San Isidro viene con agua!".

Pero el tiempo oreó un poco. El tercer día salió el sol y Chencho se multiplicaba para volver a organizar su trabajo.

—Hay que meter duro —decía—, tenemos que ganar el tiempo perdido. Aprovechar el verano por si acaso vuelve a llover.

Pero la semana fue casi perdida.

—Esta semana —dijo a don Marcial—, no hemos metido gran cosa. Los vagones se han quedado vacíos en el chucho.

José Torres le informó que sólo había pesado sesenta toneladas.

Murciélago estaba *quebrao*. Apenas había echado viajes. Fonso pasó los días de lluvia tuzando su gallo y haciendo planes. Juan Tarana durmiendo en su hamaca. Y Rosendo en casa de Lupe enterándose de los escándalos del jefe y su mujer.

El sábado hizo un sol fuerte. Se trabajó mejor. Al mediodía se enteraron por Fonso de que en la sabana había *baquini* y por la noche todos se fueron a sacudir la modorra de la semana.

Allí vivía la mujer de un sereno de corte. Tuvo una niñita hacía una semana y se le murió de *trabo*. El sereno se lo contó a Fonso en la bodega. Trajeron a Brígido de La Sierra, que decían curaba el *trabo*, y no le *valió*. Se quejaba de lo que había tenido que gastar con estos contratiempos. Tuvo que ir a buscar a Nieves, la mejor partera del lugar, porque la mamá de la mujer le dijo que esa muchacha podía tener un mal parto. Pero no fue así. Se despachó en un abrir y cerrar de ojos. Ni tuvo que soplar mucho en la botella. Para ser primeriza Nieves le dijo que se había portado bien. Bueno, fue un soplo. Pero al cuarto día se le declaró a la muchachita el *trabo*. El padrino le trajo *medecinas*, pero fue inútil.

En la bodega el sereno compraba los efectos para el *baquini*, cuando habló con Fonso. Andaba a pie. Con el parto y la enfermedad de la muchachita se había estropeado mucho. No tenía montura. Una yegüita

que le prestaron parece que se lastimó una pata con los alambres y casi no podía andar de la cojera.

Gautier Mojica era el padrino. A última hora, cuando la niña estaba de gravedad, Mauricio se tropezó con él en un carril y le suplicó que le bautizara la hijita si Dios se la sacaba con vida. Mojica aceptó. No averiguó qué clase de enfermedad padecía la niña y ofreció ir a verla tan pronto como se presentara la ocasión, que no estaría lejos, puesto que un poco más arriba vivía Patricio Mejía, con una de cuyas hijas llevaba relaciones hacía algún tiempo. En casa de Mauricio tomaba café, de paso, los domingos en la tarde y alguno que otro día de la semana, que sus ocupaciones le permitían ir hasta allá fuera. Cuando supo la desgracia se portó muy bien y fue él quien dio el vale para que consiguieran en el batey de La Inocencia la bebida suficiente para el *baquiní*. Eso era lo único que sentía Rosendo, estar bebiéndole los cuartos a un hombre tan parejero. Se lo dijo varias veces a Agapito, pero no dejó de tomar todo lo que pudo, sin emborracharse. Eso se lo dejaba al vale Alipio, que lo tenía por ley. Ese era un vicio que le repugnaba. Con el de las mujeres tenía, porque ese era un vicio que daba gusto y no mataba. Demasiado sabía él cómo ponía los hígados el ron. Había visto a muchos morir reventados por dentro. Sin asadura casi.

En el aposento, en la tarima de la niña, adornada con flores y lazos de cinta amarilla, cayena roja y sangre de Cristo, yacía la muertecita. Alrededor, en sillas, en cajones, las mujeres del vecindario cantaban. En la sala había hombres y mujeres. En la cocina hacían café y jengibre. La madrina y el padrino trajeron anís y ron y pan y queso. Era un buen *baquiní*. Se tomó mucho y se cantó más. Rosendo como a las doce jugaba a la vaca. Se divirtió mucho esa noche. El juego quedó muy bueno. Cuatro o seis hombres se emborracharon y dos mujeres. Remigia estuvo con Agapito.

Gautier Mojica, el padrino de la niña de Mauricio, no trabajaba en La Inocencia. Era mayordomo de las colonias que quedaban del otro

lado del río. Pero cruzaba con frecuencia por el batey de esta, camino de la sabana, para ir a casa de la novia. A menudo se detenía en la bodega, antes de seguir *para afuera*.

Rosendo encontraba a Mojica un hombre muy *pesao*.

—Gautier Mojica, vale, me cae como un trago de cañafístola —le dijo una vez a Murciélagos—. Es un hombrecito que se me atraviesa en el cuerpo. ¡Se la da mucho, vale!

Un día se acercó un peón que parece que no lo conocía y le preguntó si ese hombre era el mayordomo de La Inocencia. Gautier Mojica iba por un carril conversando con otro hombre.

—Dios nos libre de esa plaga aquí —le contestó Rosendo—. Con el que tenemos hay pa cargá y soborná. El de esta colonia se llama Eugenio Pérez, pero nadie lo conoce sino por Chenchó.

—Es un poquito más clarito que ese —dijo Fonso, que andaba junto con Rosendo.

—¿Más claro? —interrogó Rosendo.

Los dos eran prietos según él. Y esa era la suerte, porque si Gautier Mojica fuera más clarito, quién lo iba a aguantar. Si con ser así, tan oscuro, es más déspota que los mismos blancos, se la daba más.

Rosendo gozaba mucho cuando oía a Anselmo Benítez hablar de Gautier Mojica.

Gautier Mojica se había hecho fabricar unos pantalones especiales, copiados del modelo que usaban los Oficiales del C. de M. con los cuales tuvo algún contacto cuando estos correteaban por el Este, haciéndoles servicios que fueron muy censurados en bateyes y campos. Esos pantalones *de blanco* constituían una de sus debilidades y en ningún momento dejaba de llevarlos puestos. Con los pantalones, lucía sus polainas automáticas, *de resorte*, no siempre limpias, y para completar el equipo, un par de espuelas de cobre, con la rondana horizontal, modelo no muy común ni del gusto de la gente del campo. Dos sacos muy usados de casimir, uno negro y otro marrón, que alternaba regularmente, completaban

su indumentaria. El sombrero era de tipo tejano, de anchas alas rectas. Colgado del hombro, un machete atado a vistoso cinto. Pendiente del ojal de la solapa izquierda una cadena enchapada, de gruesos eslabones, y dentro del bolsillo un reloj, de los conocidos por *cebollas*. Ese era el secreto de su cumplimiento en el trabajo. Mientras otros dependían del pito del batey para sus organizaciones, él en cambio, descansaba en su reloj. El caballo tenía vista, aunque los había por esos sitios mejores.

Contaban de él que cada vez que en el corte, o en la bodega, o en cualquier parte en la cual se encontrara en unión de otros, oía el pito del batey de la casa de máquina, solía sacar en seguida la *cebolla*.

—Ya se descompuso el reloj de los blancos. Porque este relojito siempre marcha bien. Todavía no son las doce. Este va siempre con el sol.

Y alzando la cabeza agregaba:

—Fíjense, todavía faltan como diez minutos.

Los peones lo miraban con respeto, porque había pocos hombres por allí que tuvieran el conocimiento que él tenía. Sabía de todo.

Mojica gozaba de bastante prestigio. Las colonias en las cuales trabajaba eran grandes, tenían más de un mayordomo. Su sueldo era estimable. Pero lo que le daba más prestigio eran sus conocimientos. Llevaba siempre papeles con notas en las faltriqueras, una libreta de apuntes personales y no le faltaba un buen lápiz. Esto ya era bastante para despertar la admiración de los trabajadores. Se le consideraba un hombre práctico y competente. Pocos como él para apreciar al ojo el número de toneladas que podía producir un campo. Sabía cuándo una carreta estaba falta de peso, la cantidad de ellas que había que montar para tirar tal o cual campo en tal o cual tiempo. Cuándo llovería y cuándo picaría la seca. Mandaba a retirar bueyes del tiro, con asombro de los peones, porque sabía cuando estos iban a enfermar. En todo momento podía responder de las toneladas molidas en un día por el ingenio y de la cifra a que alcanzaría el número de sacos de azúcar de tal o cual zafra. Era una maravilla de experiencia.

Conocía todas las variedades de cañas que se cultivaban en el Este, desde la cristalina hasta la 242, últimamente introducida. Las reglas precisas de la siembra, en cuanto a distancia, para las semillas. Pasar por un campo y pronosticar que se apajonaría o que no cerraría completamente era cosa fácil para él. Determinar el número y la dirección de las zanjás de desagüe, la cantidad exacta de limpiezas que había que dar, con su costo y tiempo. Experto ajustador, los peones vacilaban en realizar trabajos por Mojica estipulados. Siempre salían *cortaos*. Inteligente en números y casi inigualable en el cálculo mental, la reputación de que disfrutaba era hasta cierto punto muy justificada. Las dudas, las disputas por menesteres de la siembra, del cultivo, del tiro y en general todo lo concerniente a la caña de azúcar, era zanjado por la palabra autorizada del mayordomo de las colonias del otro lado.

—Se lo preguntaremos a Mojica.

—Esperemos a Mojica.

—Eso sólo lo sabe Mojica.

Eran expresiones frecuentes en esos bateyes por los cuales paseaba ufana su autoridad, acatada y respetada por todos.

No faltaban, sin embargo, quienes pusieran en duda la infalibilidad del mayordomo y para muchos no sabía más que echárselas de sabio. En La Inocencia había quienes lo tuvieran por un vivo y en cierta ocasión, hablando de él, Rosendo se expresó un tanto burlesco.

—Este mayordomo —dijo en la misma bodega—, no es más que un charlatán que sé que se la da hasta de adevino. Pa mí no es más que un vividor.

Pero en lo que Mojica se creía una notabilidad era en cuestiones de tierras. Versado en trámites notariales, sus opiniones eran consideradas como definitivas, cuando se le consultaba. Sobre todo por esos sitios sabaneros su competencia era admitida sin discusión. Junto con su mayordomía ejercía las funciones de agente de tierras. Varias veces asumió la representación de vecinos de las colonias en el Tribunal de Tierras.

Gautier Mojica siempre estaba apoderado por menores y viudas, así como por compadres y amigos, para sanearles y aclararles sus papeles. Había tenido en las manos varios amparos reales. Decía que conocía los archivos de los notarios y de las alcaldías de las comunes vecinas. Amigo de autoridades y hasta de abogados de Macorís, a menudo apelaba a las opiniones de aquellos que él conocía, para robustecer las suyas y hacerlas aceptar como definitivas.

De algunos años acá, Gautier Mojica había intervenido en innumerables transacciones de venta de tierras, había figurado como apoderado o como testigo o como agente.

Satisfecho de la posición alcanzada a fuerza de capacidad, daba vueltas por los bateyes a fin de enterarse de los “pleitos” de las tierras y externar sus opiniones.

Gautier Mojica no había sido político nunca. Por dos ocasiones lo habían encargado de unos trabajos eleccionarios y fue él quien hizo triunfar en Hato Mayor más de una candidatura, pero esto sin aspiraciones ningunas, porque sus ocupaciones en el campo le eran más beneficiosas.

Cuando la ocupación militar sí anduvo con oficiales del C. de M. Solicitaron sus servicios como conocedor de los lugares y de los hombres, como práctico algunas veces y como intermediario siempre. Llevó una vez un grupo mandado por un capitán hasta El Hoyón. Lo trataron muy bien y según decía él mismo los blancos no hallaban donde ponerlo. No hizo daño a los dominicanos y más de una vez evitó una carnicería. Mucha gente buena le debe la vida a él, porque impidió que los marinos los consideraran gavilleros.

Pero no pensaban así muchos en el campo. Tenían a Mojica por un intermediario peligroso y algunos afirmaban que se aprovechó de los blancos para aumentar sus transacciones de tierras, para hacer ventas y hasta trasladar a muchos de sus propiedades. Lo tenían como un agente de compra de tierras para terceros y no eran pocos los que se considera-

ban perjudicados por las actuaciones de Gautier Mojica en esa época. Y no era a él al único a quien acusaban de semejante conducta. Durante la ocupación militar, fueron muchos los campesinos que perdieron sus propiedades, se vieron obligados a darlas por cualquier cosa para salvar la vida.

Las colonias en que trabajaba Mojica quedaban del otro lado y tenían una extensión de más de veinte mil tareas. Formaban parte de las extensiones de la compañía.

Gautier Mojica era natural de La Yerbabuena. Sus familiares no eran gentes muy buenas, al decir de Rosendo.

—A mí me han asegurado —dijo—, que a su pai lo mataron por mano ligera. Más de una vez lo llevaron amarrado con un toción a la espalda. Porque aquí mientras más sucios más se la dan.

Rosendo pensaba que a las fincas llegaban pocas cosas buenas “¡Cuánta falta hace un Zenón Ovando!”. Y agregaba:

—Si yo fuera autoridad, vale, dentraba a hacer una limpieza que eso daba gusto. Quedaba este batey de olor, compadre.

Y bajando un poco la voz:

—Principiando por el jefe.

Gautier Mojica se retiró temprano del *baquint*.

—Vale —le dijo a Mauricio—, yo soy hombre comprometido. Si no fuera por mi trabajo, que es de responsabilidad, lo acompañaba hasta El Hoyón.

Rosendo y los compañeros le siguieron detrás. No salieron juntos porque Rosendo no quería ir en compañía del padrino. Era muy grande la antipatía que sentía por él.

En el día sólo hablaron del *baquint*. A la madre de la niña le dio una *siripa*. El padre se emborrachó. Una mujercita que le dio un ataque se fue a tirar encima de Murciélagos. Gautier Mojica, con la botella de anís y un vaso, repartía tragos a las mujeres. Ciprián se durmió en un rincón. Guadalupe acabó con el jengibre.

—Uté gozó mucho, vale Rosendo —decía Fonso—. Yo lo vide ajumando las mujeres. Ni me fio de los pellizcos que le dio.

—*La vaca* quedó de rumbo. Pero uté fue muy fuerte en las penas.

—Más fuerte debí ser. Tenía más gana de darle un castigo duro a Mojica.

Murciélago fue la cabeza, Fonso la pata, Juan Tarana, el rabo, Agapito, la sogá. De los de la colonia sólo Agapito pagó prenda. Cantó y las mujeres se rieron de él.

—Cómo fue su canto, vale —le dicen para darle bromas.

Cuando Chencho llegó al corte Murciélago le contó cómo habían pasado la noche.

—De lo que se perdió el jefe. Anoche Gautier Mojica echó los rizos. Había de todo.

—Sólo faltó usted y Lao —dijo Fonso.

—Pá qué mientan eso, señore —murmuró otro a poca distancia.

—Si uté ve a Gautier, Chencho, con un pañuelo de seda colorao en el pescuezo no lo conoce. Tenía una cluequera que ni las que se da el jefe.

Varios se rieron. Recordaron las cosas del jefe Lao, cuando andaba persiguiendo a Justina. Todos en el batey conocían esa historia.

Lao encontró a la mujer que tenía en Lajas. Cocinaba en casa de don Miguel. Como él pasaba por la colonia cada vez que iba al batey, la veía con frecuencia. Hizo amistad con ella y cada vez que podía y casi todos los domingos arrancaba en su mula para Lajas a *floretearle*. Entonces no tomaba mucho. A Fonso le contaron que allá en Lajas se las echaba mucho, que hizo creer que lo iban a poner de jefe en el batey, que el gobernador de Macorís lo protegía y otros embustes por el estilo.

Sobre el camino que conducía del batey de La Inocencia al batey de la finca, a veinticinco minutos al trote de los mulos, en una hondonada se levantaba el batey de Lajas. Dos barracones, una bodega y una sola hilera de bohíos en frente de esta. Detrás de aquellos barracones, en una leve pendiente el corral y el molino de viento, alto, que era lo primero que se alcanzaba a ver cuando uno se iba aproximando al sitio.

En ese batey, donde se encontraba uno de los chuchos más importantes de la línea férrea, vivía don Miguel. Por allí tenían que pasar todos los que se dirigían a pie o en monturas a la factoría. A esta circunstancia, más que a su tamaño, debía Lajas la importancia que tenía.

Aquí fue donde Wenceslao conoció a Justina. Ya había llegado a sus oídos la noticia de la cocinera que trajo de Macorís don Miguel, porque los peones, y alguno que otro transeúnte, se habían hecho lenguas de su buenamozura.

Contaban que un día, de regreso de la finca, Lao se detuvo en la bodega de Lajas para tomarse un trago. Amarró su mula en un paral y como tenía confianza, saltó por encima del mostrador para que le sirvieron del lado adentro. Porque por fuera sólo beben los peones, que no tienen su categoría.

Tomaba de pie, mirando hacia el camino, abierto entre dos campos de cañas, cuando de repente oyó la voz de una mujer que pidió una manteca. Era Justina. Alta, elegante, de color claro, de pelo negro, lustroso, partido en mitad de la cabeza y anudado en la nuca, con una flor de maravilla enganchada en el moño. Los ojos hermosos y brillantes, inteligentes. Cuerpo bien formado, de curvas expresivas. Había penetrado por al patio de la bodega y de pie, a la entrada del mostrador, esperaba que el dependiente le sirviera, como era su costumbre.

Al volver la cara Benceslao, no se pudo contener. Colocó el vaso sobre el mostrador, le clavó la vista a Justina y luego, picándole un ojo al dependiente, exclamó fingiendo el mayor asombro:

—¡Compadre!

Refería esto con frecuencia a sus amigos. Desde ese día Lao perdió el juicio. Viajes van y viajes vienen, de Lajas a La Inocencia, de La Inocencia a Lajas, hasta que poco a poco se fue informando.

Justina era de los lados de Mata de la Palma. Tenía allí a su mamá y un hijo. Un hermano definitivamente establecido en una sección de

Higüey. Apenas debía tener dieciocho años. Lao no le echaba más. Quizás tendría menos.

En La Inocencia lo supieron en seguida. Lao no tendría reposo. Constantemente en el camino.

—A la mula no se le seca el sudor —decían algunos.

—¿Dónde está Lao? —preguntaban con malicia.

—¡En el camino! —respondían sonreídos.

Y un guasón volvió a preguntar:

—¿Y pa qué lao tenía la mula la cabeza, pa Lajas o pacá?

Reían con picardía. Rosendo sólo se limitaba a decir:

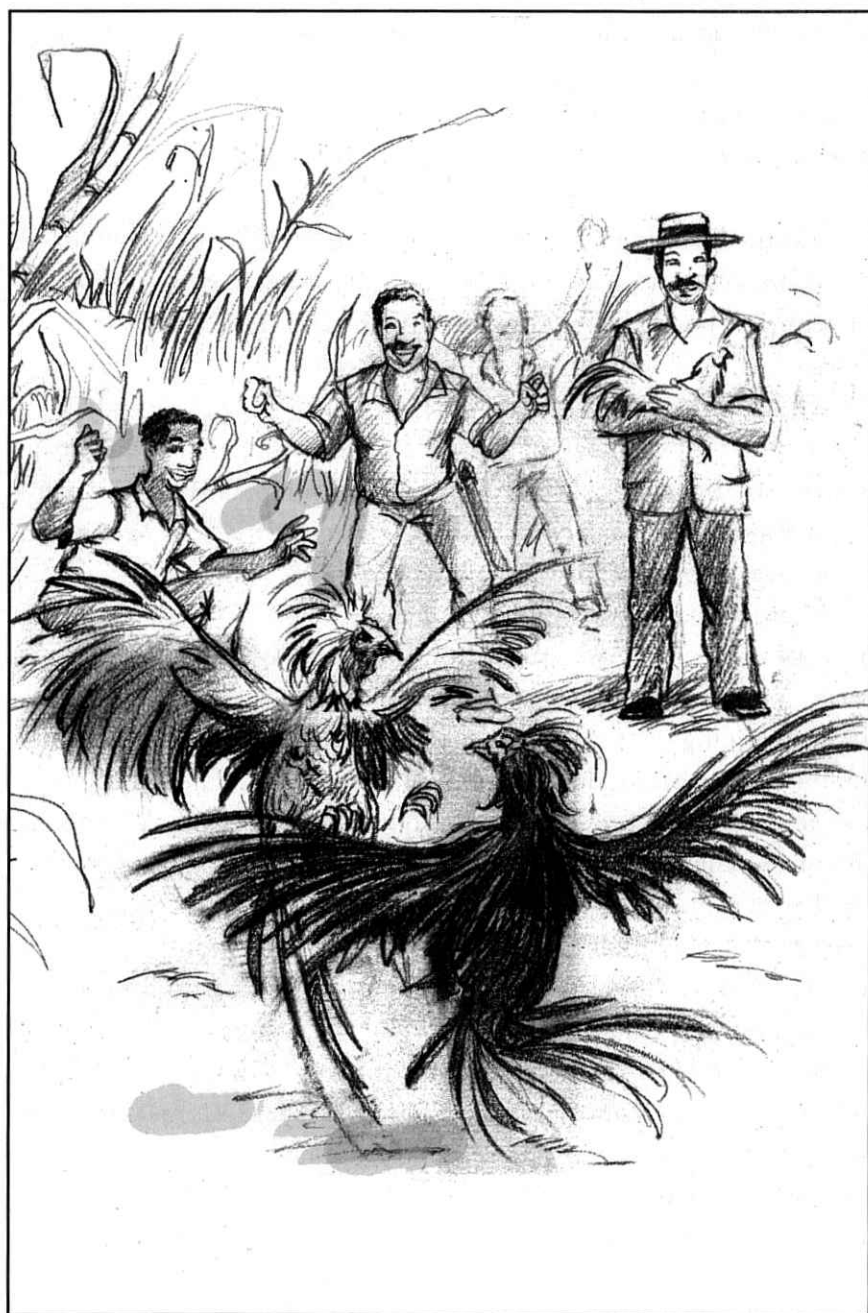
—En el camino sólo se ven las jueyas encontrá y fresquecitas de la mula de Lao.

No exageraban. Las malas lenguas le achacaban haberle producido una matadura a la bestia. Podía ser cierto y Justina bien valía la pena.

Justina vivía en la misma casa de don Miguel. En un martillo tenía su habitación. Se conducía bien, pero tenía fama de ser enamorada. En el batey de Lajas, las malas lenguas, que no faltan en ninguna parte, decían que don Miguel la distinguía demasiado y que ella era la que tenía que ver con todo en la casa. Pero él no supo de estas habladurías. ¡Quién se atrevía!

Cuatro meses solamente pasó allí. Al tercero, ya Lao le había propuesto llevársela a La Inocencia, si a ella le convenía.

Repetían en el batey cómo Lao consiguió a Justina. Una mañana llegó a Lajas con el pretexto de avisarle a don Miguel que había visto un buey suelto en la colonia y, como no lo encontró, se lo dejó dicho con Justina. Se dilató un rato explicándole bien a esta dónde estaba el buey. Otro día, le cogió un aguacero entrando al batey y fue a pasarlo a la casa. Don Miguel tampoco estaba y aprovechó la oportunidad para hablar con la muchacha. Fue así varias veces a servirle a don Miguel, a ponerle en conocimiento cosas que observaba al pasar por allí, hasta que una mañana, don Miguel se quedó esperando el café que tomaba



tempranito. Más tarde, un peón le dijo que vio al jefe Lao con una bestia *arreviatada* por los alrededores del chucho y que, deseando saber qué hacía allí, observó que montó una mujer y arrancó como para La Inocencia. El peón aseguró que le pareció sería Justina, pero que no estaba bien seguro.

Ya al mediodía don Miguel lo sabía todo y fue en el batey donde más se habló de esto. Lao no volvió a pasar por Lajas. Para ir a la Central se dirigía por El Salto. Y no pasó más nada. En La Inocencia, en la bodega, por la tarde, Rosendo se limitó a decir:

—¡El jefe está encuevao! No se le ve por parte.

Rosendo y sus compañeros de cuarto dejaron temprano el trabajo porque estaban estropeados. En la noche aún comentaban los incidentes del *baquint* de Mauricio, sentados dentro y fuera del barracón, en las hamacas unos y en sendos cajoncitos los otros.

De pronto les sorprendió la llegada de Nano. Sobre la bestia de carga del agrimensor, cubierto por una frisa que apenas le dejaba ver el rostro, Nano se estremecía. Al acercarse a la puerta, Fonso se adelantó. Sin hacerle ninguna pregunta lo ayudaron a apearse del mulo y, sujetándolo por los brazos, lo introdujeron en el cuarto. Nano les dijo que el agrimensor le facilitó el mulo para que volviera al batey. Y una frisa para que se cubriera. Vino al paso, por el camino se lo quiso comer el frío. Era la cuarta calentura que le daba. Y la más fuerte. Salió con el *yelito*, pero en el camino le arreció y le entraron unos temblores que por poco se cae del mulo. Allá le habían dado mucho té, pero no mejoró. Cada día esa fiebre era más fuerte.

Los ojos se le habían hundido y se le habían puesto amarillos. La piel ceniza y muy enflaquecido el cuerpo. Hacía días que no podía pasar ni agua. Le atacaron vómitos y un dolor de barriga que no lo dejaba tranquilo. Una mujer, donde paraba el agrimensor, le preparó una cañafístola, pero esto lo puso más malo. Fonso tendió la hamaca y lo

invitó a acostarse. Lo envolvieron en la frisa que traía y le pusieron dos más de las que allí había. Nano siguió temblando. Los amigos lo dejaron tranquilo, porque si hablaba era peor. Arropado de pies a cabeza quedó solo, mientras Rosendo y Fonso salieron a voltear por el batey.

Nano pasó una noche muy mala. Se volvió loco. Ni Fonso ni Rosendo pudieron dormir. Casi toda la noche hablando. Dos días después Rosendo comentaba el caso con Murciélagos. Ese hombre se va a morir. Las calenturas lo están acabando. Está estirado ya. Blanco como el caliche. Sin sangre. Los ojos hundidos. Y no quiere tomar nada. Ni tiene quien por él haga. Nosotros nos vamos para el trabajo y se queda ahí solo en su hamaca, a veces sin tomar café en todo el día. Ayer Fonso le trajo un poquito de donde Lupe y luego un té. Pero eso no le hizo nada. Anoche por poco se muere. Eran unos quejidos que eso daba pena. Parecía que estaba en un pleito, porque todo se le volvía pedir un machete. Pero eran gritos. Parece que lo querían matar y pedía el machete para defenderse. Rosendo lo mandaba a callar, pero en balde, seguía gritando. Y parece que *mentaba* sus gentes de allá abajo.

A Rosendo le da apuro salir para el trabajo y dejar a Nano en ese estado. Pero comprendía que no podía hacer nada. Todo lo más, buscar una persona que le diera vueltas para que no se quedara solo en el cuarto. Nano era un buen hombre, sanote. Le habían cogido pena. Y tenía buenos comportamientos. Hablaba poco.

Fonso le dijo a Rosendo que porqué no se lo recomendaba a Lupe. Este encontró buena la idea y enseguida se dirigió al bohío. Le dijo que en el cuarto, Nano estaba muy malo, que había pasado una mala noche, que estaba como loco, *divariando* y que le daba pena irse para el trabajo y dejarlo solo. Que ese pobre hombre no tenía quien hiciera por él. Lupe se brindó a darle vueltas y a hacer por él lo que pudiera. Rosendo, tranquilizado, siguió para su trabajo. Y Lupe se encaminó hacia el cuarto del barracón. Abrió la puerta. Nano estaba dormido. Solamente vio tendida su hamaca, las demás estaban arrolladas y colgadas

a la solera. En un rincón había un hacha y a poca distancia un cajón. De un clavo colgaban unos pantalones y una camisa sucia y manchada. Un cinturón y un sombrero viejo. Sin duda esa era la ropa del enfermo. Lupe se acercó a la hamaca. Nano permanecía arropado de pies a cabeza. Lo llamó, sacudiendo la hamaca. Por la madrugada había sudado la fiebre. Lupe le preguntó cómo se sentía y él le contestó que *alentaito*. En seguida le ofreció traerle un té de *anisillo*, que era muy bueno.

Lupe le dio vueltas durante el día. No le hizo crecimiento la fiebre. Al mediodía le llevó un caldo y un poquito de café.

Rosendo y Fonso se enteraron por la noche de lo que había hecho Lupe. Afortunadamente, a nadie le falta Dios.

Pasaron la noche tranquila. Nano no se movió. Ese hombre también tendría hambre, pensaron. La debilidad no lo dejaría dormir y le cogería la cabeza. Para Rosendo la mejoría se debía al caldo que le dio Lupe. ¡Usted sabe lo que es tener la barriga llena de viento! Se ha salvado de *chepa* —murmuró Fonso.

Tempranito Lupe se presentó con una taza de café. Nano la tomó y quiso dar una chupadita. Le pasó el cachimbo, se lo encendió y luego se fue para su casa prometiéndole volver.

Ese día Nano tuvo fiebre y dos días más. Lupe venía a verlo varias veces al día. Fue a la bodega a preguntarle a don Antonio si tenía alguna medicina para las calenturas y compró unas cápsulas que aquél le enseñó y recomendó. Con esas cápsulas se le cortaron las fiebres a Nano. Durante la enfermedad Lupe le cogió pena y parece que hasta sintió alguna simpatía por él. Tan pronto se le cortaron las fiebres se lo llevó a comer a su casa. Tuviera o no trabajo ya tenía la comida segura. A cambio de esto, Nano le proporcionaba el agua y le buscaba leña. Le hacía todos los servicios que podía. No tenía que preocuparse por la ropa tampoco, Lupe se la cosía y se la arreglaba.

Pero pronto encontró qué hacer. Le pagaron una limpieza en los campos más cerca del batey.

10

Una tarde Nano y Rosendo se encontraron en la bodega. A poco de estar allí se acercó Abelardo montado sobre su mula. Pidió una caja de fósforos y arrendó en seguida.

Rosendo tuvo que dejar su puesto a la mula, que casi le tocó con la cabeza en un hombro. Al alejarse Lalo, se volvió a Nano:

—¿Uté no se fijó, vale? Esta colonia está llena de gente sangrúa. Si no me quito me tira la mula encima. Este Lalo se la da de *oso*. Siempre con la boca abierta enseñando el diente de oro.

Rosendo parecía molesto, pero al ver a don Antonio de espalda, inspeccionando el aparador, se fijó en la pistola, olvidó el incidente de Abelardo y tocando a Nano con un codo le habló en voz baja:

—¡Fíjese, vale! Esa es la pistola que yo digo.

Don Antonio se daba cuenta del respeto que inspiraba su pistola. ¡Menos mal! De ese modo los intereses están más garantizados. ¡Hay tantos bandidos por estas colonias!

El compañero de Victoriano Marte desde que *enganchó* en La Inocencia fue Rosendo. Nano sentía admiración por este y lo consideraba muy despierto y muy conocedor del trabajo y de las gentes. Nunca hacía nada antes de oír sus consejos.

—Rosendo tiene mucha experiencia —decía—. Es un hombre jugao, curtío y sabe de todo. A ese no hay quien lo engañe.

Con Fonso y con Murciélago hacía liga igualmente. A Murciélago lo oía con gusto. No había conocido hombre que contara más cuentos que este carretero. Los gallos, por los cuales sentía Nano una gran pasión, lo acercaban a Fonso. Muchas veces, los domingos, salía con este para *topar* en la sabana El Malatobo. Otras le daba dinero para que se lo llevara en peleas que tenían lugar en algún cañaveral, a espaldas de Benceslao. Pocas veces perdía. Fonso tenía muy buen ojo. Tal vez conocía más de gallos que de cañas. Con él fue a la gallera de El Salto un domingo y allí perdió algunos centavos. Ese batey sí le gustó. Tenía tres bodegas grandes, una gallera muy buena y más movimiento que el de La Inocencia.

Creía Nano que Fonso debía jugar su gallo en El Salto. Ahí sí había dinero. Pero Fonso pensaba que él no tenía resto suficiente para ir allí.

—Yo, vale, tengo que empezar de a poquito. Primero lo topo aquí y después de la prueba nos juntamo tos para ir al Salto.

Nano no sabía carretear ni le gustaba cortar cañas. Lo que ganó con el agrimensor fue muy poco, a causa de las calenturas que lo baldaron un tiempo. Chencho lo utilizó después para diferentes cosas. Le dieron un pico y lo pusieron con otros a rebajar la barranca del arroyo para facilitar el tiro de los campos que se iban a cortar. Arregló empalizadas que quedaron en mal estado en campos que ya se habían cortado. Estos trabajos le producían poco. Los jornales estaban por el suelo y le pusieron una miseria por día. Pero pronto comenzarían las limpiezas y Victoriano pensaba que podría conseguir algún ajuste. Esto era lo que más le convendría, porque tenía experiencia y era *largo*.

Compró con lo que le produjo su primer trabajo una buena mocha y un cinturón en la bodega. No le gustaba mucho el juego, pero echaba sus paraditas algunos domingos y se entretenía en ver jugar a los otros.

Disponía de poco tiempo para andar, pero ya conocía todo el batey y toda la colonia. Había salido a la sabana con Rosendo varias veces.

Tomó café con Silveria. Pensaba ir al Central a conocer la casa de máquinas y Fonso le prometió dar una recorrida por los fomentos para que viera esos lugares, que eran muy bonitos.

No trabajaban siempre juntos Nano y Rosendo, pero en las horas de descanso se encontraban con frecuencia, en la bodega, en el peso, donde algunos amigos; y en el barracón dormían en el mismo cuarto por temporadas, cuando la clase de trabajos que hacían o la distancia en que lo hacían no los obligaba a separarse. En otras ocasiones la separación se debía a que Rosendo daba sus salidas con frecuencia allá fuera, a la sabana, donde tenía amigos o compadres. O Nano, por su parte, también tenía que andar solo, sin testigos.

Si no hubiera sido por su amistad con Rosendo las veces que lo hubieran engañado en el trabajo no se podrían contar. Al peón que no abre el ojo se lo llevan en las uñas. Porque para gente viva esas fincas. ¡María Santísima! Tienen unas espuelas sin comparación. Todos los que mandan en ella son unas fieras. Y Rosendo se lo advirtió desde los primeros días. Esa fue su suerte.

—¡Aquí, vale, hay que despabilarse! Al que se hace peje se lo comen. Toda esta gente que uté ve aquí tienen unas agallas del Diablo. Aquí no vienen más que a coger. A llenarse el bolsillo con el sudor del prójimo. No le tienen pena al cristiano. Se beben el sudor del probe. —Y bajando la voz para que no le cogieran tirria, agregaba—: Desde el administrador hasta el último jefe no son más que unos cogedores.

Y Nano ya estaba convencido de eso. Había tenido varios pleitos. La primera semana que trabajó le querían *mochar la paga*. Si no se *para bonito* se lo *comen vivo*.

—Yo no sé cómo hay gente todavía con entusiasmo por las fincas —le decía una noche en el barracón Rosendo—. Eso sólo se puede ver en los novatos. Aquí no se le puede creer a nadie, porque aquí nadie sabe ná. Los mayordomos no saben má que echárselas. Uté no vé a ese Mojica, ese es el má hablador de todos los que yo he conocío. Él

se cree dueño. No le vé el porte y la liontina. ¡Sujeto! De momento le dan una botá.

Y refirióle la historia de un tal Tofito, que se creció tanto que ya hablaba hasta como los blancos. Eso fue en Angelina. Los trabajadores no lo podían ver por déspota. Después que lo despidieron parecía un pollito de a real. Un día lo encontró por un camino en una yegüita haragana. Lo paró para preguntarle si el camino de Quisqueya estaba bueno. Le dijo que iba a trabajar en esa finca, que iba muy bien recomendado. Pero no supo más de él.

—Estaba sucio, vale. Y jata me pidió fósforos para prender su cigarrillo. Daba pena. ¡Y si lo hubiera conocido en sus tiempos! ¡Jesús! Se tragaba los vientos. Y se dio una degarita que no lo vi más nunca por parte.

Rosendo no creía en nadie. La finca era una esclavitud. Trabajaba en ella porque qué iba a hacer. No sabía oficio, ni conocía de número, ni de letra. ¡Ah! Si supiera *manque fuera la* o, ¡quién lo hubiera visto entre cañas!

Con frecuencia le repetía a Nano que había hecho un disparate. *Allá abajo* cualquiera tiene su bobería, pero aquí ni la hamaca es de uno. Aquí no saca uno los pies de la batea. Y si gana algo, la bodega, los juegos, los gallos, las mujeres, el mayordomo y el Diablo se lo quitan. Los *cuartos* de fincas se quedan en finca. Son sal y agua.

—Yo vale, no he visto ningún colono rico todavía. Cuando no están trabajando están muertos de hambre. La caña es azarosa, vale. Yo se lo digo, yo tengo esperencia. Yo he manejaó mucha gente, vale. Los he visto subir y bajar. Mientras más elevao más pronto han caído. Conozco bodegas por donde han pasao más de diez encargados. Mayordomos que es una barbaridad, volteadores ni se diga. Los que más duran son los administradores. Después, es un entra y sale. Y toavía no he visto a nadie rico. Desde que salen de la caña se los lleva el Diablo. De que esto azara, vale, no se pué negar. Son cuartos como de juego. Entran por

aquí y salen por allí, sólo los blancos están siempre igual. Porque eso sí es beber en regla. Yo no digo todos, pero al que le gusta sale de salidá. Y beben fuerte. Porque esos blancos sí que no son de romitos simples. Figúrese que sólo beben de brande parriba. Cosa que ajuma tanto, vale. Cuando salen de sus fiestas hay que llevarlos cargaos. Y si no se duermen toditos. Ésas si son fiestas celebrá. Yo los he visto jasta cantando a gritos. Se ponen más coloraos que un tomate. Porque la bebía los pone como gallos ruciaos con romo. ¡Si uté ve a Papá Yute metío!

Nano no conocía a los *blancos* del batey. El día que estuvo allá en compañía de Rosendo no vieron a ninguno. Era día de fiesta. Rosendo tenía que hacer unas compras. En la bodega don Antonio le había pedido muy caro por una ropita y tenía la seguridad de que en la bodega del batey la iba a encontrar más barata.

Tempranito salieron los dos. Iban a pie. Rosendo le enseñaba los campos.

—Este es Tumba Tiro, el batey más pobre, vale. Aquí no hay qué comer. Aquel de molino es Miguelucho.

Nano no se cansaba de repetir:

—Esto si e haber caña, vale.

Por los carriles encontraron poca gente. Los cortes estaban vacíos. Algunos bueyes, algunas carretas cargadas inclinadas sobre el pértigo.

—¡Qué sol tan bravo, vale!

Por las mañanas aún no se ha levantado la brisa. Las hojas de las cañas permanecen inmóviles. Hacía tiempo que Rosendo no visitaba el Central. La última vez que fue lo llevaron en la máquina. Contó a Nano cómo se desencarrilaron los vagones y el trabajo que costó ponerlos en la vía. ¡Porque estas sí que son líneas malas! Y le enseñaba a Nano las curvas más peligrosas que veía.

Avanzaron mucho y, antes de que el sol les hiciera sudar, ya habían divisado una parte del batey. Situado en un llano, a diez o doce kilómetros de La Inocencia, desde muy lejos, por casi todos los carriles, se

alcanza a ver el humo de sus chimeneas, manchando el cielo, o el verde de los cañaverales. Un humo negro, denso, como si fuera de petróleo, humo producido por el bagazo, que se quema en gran cantidad durante la zafra. Este humo se ve de día, de noche, durante seis meses, con excepción de los domingos y algunos días de fiesta.

Junto a las chimeneas anchas pintadas de negro, sostenidas por cuatro vientos, cables de alambre tejido, se levanta la casa de máquinas. Una tosca construcción formada por varias enramadas de diferentes alturas. Los techos, anchos por algunos sitios, estrechos por otros, pintados de rojo, rematan con dos o tres miradores.

En una esquina de la enramada principal se encuentran los molinos. Dos o tres y hasta cuatro a veces. Son gruesos cilindros con la superficie acanalada, pesados, que entregan la caña convertida casi en polvo, para que puedan utilizarla luego en la combustión de las enormes calderas situadas en el otro extremo. Por delante de los molinos, el conductor siempre lleno de cañas. Desde allí se alcanzan a ver las bombas, los volantes, la tubería gruesa que conduce a todas partes el vapor que mueve aquellas pesadas máquinas y también la tubería por donde sube hasta el tercer piso, a los tachos, el guarapo gris y turbio que habrá de dar el azúcar. Hacia el centro, la batería de centrífugas purgando continuamente el azúcar.

Arriba, el piso de los tanques de cristalización, la defecación y más arriba, los tachos, enormes, concentrando en su vientre el guarapo para ponerlo en punto. Estos lanzan sus silbidos periódicamente para vaciar su carga y tomar otra. A intervalos el azucarero comprueba el grado de densidad que en ellos el guarapo va tomando y el químico obtiene las muestras para determinar la riqueza en azúcar.

Luego, detrás de las centrífugas, se realiza el ensaque y el peso del azúcar. Aquí se levantan estibas de sacos de yute, traídos de la India, a través del Pacífico, vacíos y llenos, con las 320 libras reglamentarias.

Fuera, el taller de mecánica, la planta eléctrica, para iluminar la casa de calderas y todas las instalaciones importantes del batey. La casa de locomotoras, la carpintería, los depósitos, el almacén.

Junto a la factoría las demás dependencias: la bodega, la oficina, la calle de los empleados importantes, casitas de muñecas con jardín y enredaderas para mitigar el sol y la luz, y entre las cuales se destaca la del administrador. Más allá se ve el peso para vagones, el de las carretas, la jefatura, la farmacia en el arranque del camino de Lajas. Un corral para bueyes. Y fuera, en el límite del terreno, un grupo de bohíos para la peonada.

Aquí y allí se ven casitas dispersas de empleados de segundo orden, mayordomos, volteadores, carpinteros, albañiles.

Todos los días, todas las noches, continuamente, durante la zafra, se escucha el silbido del vapor en los diferentes tubos de escape y en las válvulas de seguridad. Es un soplo suave o estridente, acompasado. Y dentro de la casa de máquinas prevalece un ruido ensordecedor, de los volantes, de los reguladores, de las correas, de los pistones, de las centrífugas, de las bombas, de los tachos, de todo lo que allí dentro se mueve, entrando y saliendo, subiendo y bajando, dando vueltas, golpeando, cayendo, con una precisión que asombra y desconcierta.

A las seis, a las doce, cada seis horas, el pito grueso, fuerte, prolongado de la factoría, se escucha a kilómetros de distancia para anunciar la hora de las comidas y del relevo.

El batey estaba tranquilo. Desde las seis de la mañana habían parado la molienda. Pero se veía mucha caña en los chuchos. Las líneas próximas a la casa de máquinas tenían más de veinte vagones llenos. Y las locomotoras estaban en el campo. Rosendo se acercó al conductor y se lo enseñó a Nano. Una vez trabajó allí hasta de noche, pero no le gustó ese trabajo. Lo hizo en una zafra en que estaba muy apurado y en otro ingenio. Luego le enseñó los molinos, que eran más pequeños que los del Ingenio "Consuelo". Le contó de unas desgracias que él presencié

en “Angelina”, hace muchos años. A un hombre le llevó un brazo y hubo que parar a la carrera para sacárselo a las masas. De lo contrario, lo hubiera hecho papel. Vieron después las defecadoras, los tachos, las centrífugas. Por la parte de atrás las calderas, que estaban encendidas. Nano le hizo algunas preguntas que Rosendo contestó completamente. Permanecieron un buen rato observando todo lo que estaba al alcance de la vista y luego pensaron ir al peso de carretas. Rosendo le explicó a Nano que ya las cosas eran de otra manera. Que había fincas en que no trabajaba gente en el conductor. Que los vagones se pesaban en el aire. Conocía todos los cambios que se habían hecho últimamente. Y se esforzó en describirle cómo era el trabajo antes y de cómo se necesitaba menos gente para la zafra ahora.

La primera finca en que trabajó fue en Angelina. De eso hace mucho tiempo. Ya el administrador que conoció entonces se había muerto. Era un hombre muy bueno. Trataba muy bien a todos los peones y lo querían mucho. Le decían “El Maestro”. No era blanco. Es decir, no era del extranjero. Hablaba como nosotros. Un hombre bajetón con unos espejuelos. Angelina era una buena finca entonces, después se descompuso. Les cogió con un pegar fuego y todos los años se molía la mayor cantidad de caña quemada. Y además estaba llena de gavilleros. En Angelina fue el pleito del “Farito”. Rosendo fue testigo de ese pleito y lo contaba con todos sus detalles. Allí conoció a los generales más guapos del Este. Refería que hubo muchos heridos y muertos. Cuando hablaba de esto se entusiasmaba, porque sentía secretas simpatías por las revoluciones. Luego trabajó en Santo Ángel un tiempo.

Rosendo le mostró a Nano la casa del administrador. Un *bungalow* dentro de un jardín precioso. Situada en la parte más alta del batey. Cubierta de tela metálica a prueba de mosquitos. Con amplia galería corrida. Un campo para jugar “lawn tennis” en la parte de atrás. Una casita para un perro muy hermoso que Rosendo quiso que Nano viera. Lo tenían mejor que la gente. Bravo como ninguno. Él conocía el caba-

llicerero del Administrador. Hablaron de la silla de montar que tenía el blanco. Esa sí era silla. Como esa sólo había visto otra en Santa Fe, también de un blanco. Se refirieron a lo mucho que bebía el administrador. Cuando Rosendo trabajaba en el muelle, todas las semanas venían cajas de *bebida* para la casa. Esos sí se dan gusto, pensaba Nano. Dieron una vuelta a la casa par verla bien por todas partes. Luego siguieron para la oficina. Vieron el lugar donde se hacía el pago y Rosendo se detuvo para que Nano viera la caja donde guardaban los *cuartos*. Esa está llena de papeletas nuevecitas. Las traen del pueblo, pero ahí dentro siempre hay. Cuando llegaron al peso de carretas, Rosendo le contó cómo se desyuncó un buey ahí un día. Le dio todos los detalles, hasta del lugar donde vendieron la carne. Trabajó mucho tiempo en el batey, pero no le gustaba.

—En esta finca, vale, hay que andar derecho. El administrador es un hombre muy recio. Aquí no hay quien se atreva a amarrar un caballo en este peso, ni coger una cañita, ni montarse en los vagones. Aquí todo el mundo tiene que andar derecho, vale. Eso sí me gusta a mí. Porque donde no hay mando no hay ná.

Y mientras Nano paseaba la vista para volver a ver lo que Rosendo le había enseñado, este agregó:

—¡Fíjese, vale! Ni un bagacito en parte. Como fuerte es este Miste Mora. ¡Y tan chiquito! Parece un *brogocito*, vale. Hoy debe estar ahí en la casa trincando con los otros blancos. Cuando se corra por La Inocencia se lo voy a enseñar. Usa unos espejuelos, vale, más gordos que el vidrio de un vaso. Yo sí que no sé cómo puede ver tanto. Porque para meter el ojo en todas partes, vale, hay que buscarle el compañero.

Míster James W. Moore era el administrador de la factoría. Los trabajadores y hasta algunos empleados le llamaban Miste Mora. De estatura pequeña y de temperamento nervioso, lo que llamaba la atención al verle eran los espejuelos transparentes y gruesos con los cuales corregía su fuerte miopía. La cara, colorada y de piel fina, los ojos azules y los

pómulos y el mentón sobresalientes. Como la mayoría de los americanos continentales, no usaba bigote. Su edad rayaba en la madurez.

Un sombrero colonial, unas polainas y una fusta completaban su figura. Con motivo de su defecto visual se le habían pronunciado las arrugas de los ángulos de los ojos. Su debilidad la constituían los caballos y los perros. En la cuadra tenía dos muy buenos y mejor cuidados, de buena alzada. En cuanto a perros se le contaban dos, igualmente. El mejor y más grande, con el cual paseaba a veces, era "Rudy".

Hablaba poco, pero en ocasiones demasiado. Se le veía en la oficina después de las nueve por delante de su escritorio todos los días. Su oficina era muy sencilla. Una mesa escritorio. Dos pisapapeles de "piedra de rayo" encontradas en los campos y una canasta de tejido de alambre para correspondencia. Tintero, lápices, clavados con tachuelas sobre la pared varios planos al ferro prusiato con algunas marcas con lápiz rojo. En un rincón un mueble para planos. Un par de butacas de caoba.

A menudo a esa hora, cuando no iba a la oficina, salía en *budha* o a caballo a dar una vuelta por los campos. En las tardes paseaba también a caballo con la señora del primer ingeniero, sobre todo cuando la señora Moore estaba en el Norte.

Cuando los colonos se presentaban en la oficina por cualquier motivo y veían a míster Moore, siempre les decía lo mismo.

—¡Oh!, zafra buena. Tres y tres octavos. Ta bueno.

Míster Moore se refería a la caída de la lluvia.

—Yo pasa por allá. Caña mucho buena.

Durante la zafra era más ladino:

—¿Tieni genti? ¿Cómo va el tiro? ¿Cuántos vagones piensa llenar este semana? Tiempo bueno.

Los colonos le sonreían. Con él hablaban poco. Míster Moore siempre estaba ocupado. O estaba fuera, en el campo, en Macorís, en Nueva York.

Pero algunas veces lo encontraban a punto de explotar de mal humor y entonces cambiaba el tono.

—Colono queja siempre. Más dinero, más dinero. Colono sólo habla del cuarto. Pero coje el cuarto del siembra, del limpia, del tiro para todo. Quieri que el caña sube sola. Y siempre queja.

La última vez que lo vio don Marcial le dijo:

—¿Tieni genti? Yo saber usted queja administración, pero usted no tener razón. Mí trata bien.

Hablaron sobre el precio, sobre el cultivo, sobre los intereses.

Míster Moore lo despidió con estas tristes palabras:

—Su cuenta está grandi. Yo no va a dar más de un mil pese.

Desde ese día don Marcial pensó venir lo menos posible a la Administración. Su carácter no era como el de muchos otros, que se avienen a toda clase de desconsideraciones.

En las factorías fomentadas y dirigidas por extranjeros, los cargos están divididos en dos categorías: cargos para los nativos y cargos para los extranjeros. Del nativo se tiene un concepto muy pobre, no solamente desde el punto de vista de su capacidad sino de su moralidad. Son considerados gentes inferiores, de costumbres desordenadas y de inteligencia escasa. Se utilizan solamente para lo estrictamente indispensable. Estos prejuicios se revelan diariamente en el trato que reciben los unos de los otros. El personal extranjero constituye una categoría por el monto de los salarios que reciben, por las consideraciones de que son rodeados y por las facilidades que para la vida les son concedidas.

Este personal habita las mejores casas, dispone de buena luz y se le proporciona buena agua, buenos alimentos, deportes y en general todo lo que pueda hacerles agradable, soportable la vida en el campo, lejos de los centros urbanos. Viven bajo las mejores condiciones higiénicas y hasta las atenciones médicas que se les dispensan son las mejores.

El personal nativo, por el contrario, dispone casi exclusivamente de su sueldo para poder vivir y se le conceden muy de tarde en tarde algunos servicios que sería inhumano negar.

Estas dos categorías de empleados sólo tienen el contacto indispensable para la buena marcha de la industria. Sus relaciones están regidas exclusivamente por las necesidades del trabajo.

Míster Moore llevaba muchos años de residencia en el país. Conocía muy bien a los dominicanos, según solía él mismo decir a sus amigos. Por su oficina pasan los nativos más distinguidos en la política, en la industria y en el comercio. No frecuentaba los centros sociales. No hay necesidad ni es costumbre en el Este. Pero como la industria azucarera es la más importante de la República no puede sustraerse a las relaciones que su misma importancia le crea. Pesa su capital y pesan sus hombres en la balanza de la opinión y en la de los negocios.

Esta influencia tan preponderante hace que los hombres que la dirijan tengan un conocimiento tan completo del país. Por lo regular se guardan de expresar a menudo sus opiniones, pero míster Moore no tenía inconveniente, cuando la ocasión lo ameritaba, de despacharse a su antojo. Estas opiniones eran conocidas por sus amigos íntimos, que a veces las repetían.

En una ocasión, con motivo de una ley para favorecer al peón nativo, se expresó en estos términos:

—Dominicano no conoci su país. El genti aquí no sabi nada. Sin jaitiano, sin cocola, no hay zafra. Dominicano es el genti del gallo, del balsié, y del santo. Sabi mucho de jiglesia. No quieri trabaja. Y si trabaja es pensando en fiesta. Quieri descansar todo el tiempo.

Pensaba míster Moore que el dominicano era el hombre más civilizado o más salvaje del mundo. Es más católico que ninguno. Guarda respeto a casi todos los días del año, tiene más relaciones que ningún otro hombre. Sus compadres son infinitos. Cuando no trabaja porque el día es de guardar, no trabaja por la muerte de un deudo, de un compadre, de un amigo o simplemente por la enfermedad de cualquiera de ellos. Un día no trabaja por devoción, otro por superstición, otro por humanidad, otro por imposibilidad física y así sucesivamente. Nin-

gún hombre con más fe ni con más deberes, ni con más compromisos. Cualquiera diría que es un perfecto haragán. Ningún hombre más imprevisor, ni más descuidado, ni más conforme.

—Dominicano no quieri trabaja. Pero quieri dinero por fiesta, por caballo, por revólver. Genti del pueblo estar médicos, abogados, políticos. Quieri gana fácil. Y pide para todo. Pero nadie pide a mí para jóspital, para jacer escuela, pero pide para el baile del caña, para el fiesta San Pedro, para el carnaval, para jacer el Ley, para política. Eso no pasa en mi país. Genti pide para cosas buenas, ¿comprendi?

Como todos los norteamericanos, míster Moore no podía evadir el prejuicio racial. Sin embargo, toleraba con más frecuencia al negro puro que al mulato.

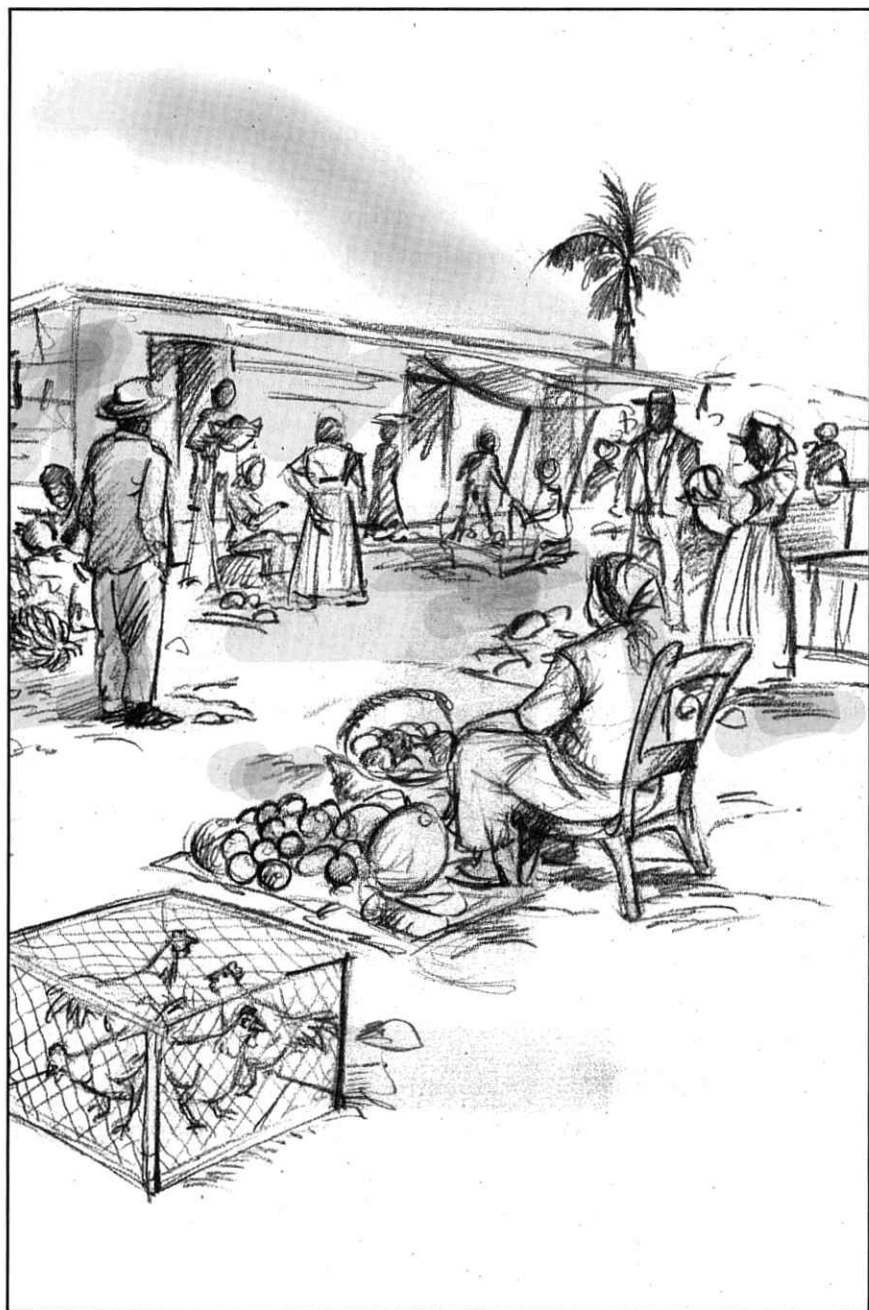
—Mulata estar un fenómeno —dijo una vez—. Mulata estar un cosa extraordinaria. Es estar blanco con cabeza de negro o estar negro con cabeza de blanco. Mí tieni un idea sobre este país. Yo no diga todo el mundo, pero yo estar siguro de un cosa, Santo Domingo tieni que estar un solo cosa. O estar blanco o estar negro. Dominicano estar cincuenta por ciento buena y cincuenta por ciento mala. Yo crea por eso Jaity estar mocho mejor.

En otra ocasión dijo:

—Este es un país interesante. Dominicano cree vali mucho. Tieni en cabeza su país es el primero del mundo. Él dice Colón estar aquí primera. Y que su país es anti que todo en América. Pero él no sabi Colón pudo estar otra parti. Ese estar un sentimiento. Pero yo piensa diferenti.

Otra vez se expresó en estos términos, delante del agrimensor:

—Mí no saber quí cosa es el dominicano. Él cree muy importante. Una vez diga a mi un abogado dominicano que Estados Unidos tiene una civilización diferenti. Que Santo Domingo tiene civilización latina. Yo me ría. Mí no comprender qué estar diciendo. Alemania, Francia, Estados Unidos estar países civilizados por una cosa que tienen todos.



Este cosa no estar aquí. Civilización no estar un palabra. Estar un idea del vida, del ley, del conducta y yo no ver ese cosa aquí.

Míster Moore habitaba una residencia casi suntuosa y allí hacía, por lo regular, vida de soltero. En las primas noches visitaba o recibía a los empleados de categoría. Junto a una mesa redonda, en cuyo centro se destacaba la botella de whisky junto a la de agua mineral, charlaban algunas horas. Una conversación simple, poco interesante, vacía casi: anécdotas, aventuras o críticas a las costumbres, a los usos nativos o a alguno que otro personaje del país con quien había estado en contacto ese día. Todo esto en medio de risas, carcajadas infantiles. Míster Moore no subía son frecuencia a La Inocencia. A veces, durante la zafra, se le veía una o dos veces, encima de un caballo, escoltado por uno o dos mayordomos y otros tantos volteadores. Cuando no, del superintendente Tonito. Los trabajadores lo consideraban un hombre muy enérgico, de carácter irascible y a muchos la presencia de míster Moore en los trabajos les inspiraba miedo.

Rosendo estuvo una vez muy cerca de él. Cuando trabajaba en el bately lo veía todos los días. Tenía míster Moore la costumbre de dar una vuelta por la casa de calderas antes de ir a la oficina. En el conductor se detenía siempre para ver la cantidad de vagones. Entonces Rosendo lo tenía a dos pasos. Trabajaba allí. Y mientras el administrador hacía su inspección, Rosendo se fijaba en sus ojos, azules como cuentas y pequeños, pero de mirada fuerte. En este momento Rosendo no podía dejar de pensar en sus dudas. Creía que esos ojitos azules no podían ver mucho. Y menos detrás de unos vidrios tan gruesos. Y le hacía afirmar en su creencia el hecho de que los pájaros, que ven mucho, no tiene ojos azules. Para él la vista fina la tenía un gavián y los ojos de este pájaro eran como los de todas las gentes, oscuros, color de hojas podridas. Miste Mora debe saber más las cosas porque se las dicen que porque las ve. Eso pensaba Rosendo. Pero al mismo tiempo le llamaba la aten-

ción el color de la cara. Era un rojo de tomate. Sin duda el *güisqui* se la pondría así.

Un día en el conductor Mister Moore se dirigió a Rosendo. Las cañas no iban bien arregladas. Mirando a Rosendo le dijo:

—Hombri, arregla el caña.

Otro día lo vio dándole órdenes a un maquinista. Los vagones habían tapado el paso de las carretas que iban para el peso y mister Moore le hizo señas para que los jalara para el chucho.

Rosendo iba contando a Nano estas cosas del administrador, mientras caminaban en dirección de la bodega.

Se detuvieron por delante de esta. Rosendo saludó a algunos amigos que ya se iban. Luego se acercaron al mostrador y pidieron un trago. Rosendo compró su muda. Nano paseó la mirada por el aparador. Colgado de un clavo se veían unos pantalones de fuerte azul que le gustaron mucho. Preguntó por el precio al dependiente. No los encontró caros, pero no tenía resto con qué llevarlos. Luego vio una silla de montar por la cual pidieron veinticinco pesos. Mientras tomaba el trago no quitó los ojos del aparador.

Rosendo deseaba que Nano lo viera todo en el batey.

11

Durante la zafra los bateyes están siempre animados. Es un ir y venir de gentes de todas partes. Se transforman en un centro de comercio y de industria. Se han abierto talleres de costura y de zapatos. Se fabrican dulces. Se establecen nuevos ventorillos. Aumentan la ventas y el consumo de productos alimenticios. Abundan las cocineras, las lavanderas, los vendedores de baratijas, los buhoneros, los andulleros, hasta los afiladores de tijeras. Se pueden ver fotógrafos y hasta curanderos. Por todas partes se nota actividad, afán de ganarse la vida. De aprovechar el tiempo. De lograr la zafra.

Pero cuando esta actividad es más extraordinaria es precisamente los días en que el trabajo de la colonia se paraliza. Los domingos. Es el día del comercio y del descanso y de las diversiones. Descansan unos y trabajan los otros. Se reemplazan los unos a los otros en el esfuerzo. Ese día el batey parece un hormiguero. En la bodega no se pueden amarrar las monturas. Los dependientes no dan abasto. La venta es extraordinaria. A veces tienen que pedir ayuda. Se despacha café, arroz, azúcar. Se venden cortes de vestidos y medicinas. De los campos cercanos vienen a hacer la compra de toda la semana y vienen a vender. Llevan siempre los mismos artículos. Los surtidos de esta bodega no son muy variados. Por la calle principal vienen y van las gentes a caballo y a pie. Jinetes

que llegan de paso, en mulas o en caballos bien enjaezados, vestidos de limpio, con su traje de domingo y enzapatados. Unos zapatos de cuero amarillo que en el campo se venden por centenares. Llevan sombreros y corbatas vistosas. Van o vienen de la gallera, de visitar a sus amistades, de practicar alguna diligencia. Sudan las monturas porque las hacen correr o hacer cabriolas.

Las carretas permanecen en hileras inclinadas. Los bueyes en los cortes. Los chuchos vacíos o con vagones sin cañas. Se cocina carne, se confecciona para la familia o para la venta platos especiales. En muchos puestos se exhiben fritanguerías. Y hacia el extremo de la calle se baila. Un acordeón o una guitarra, un balseo o una maraca se encargan de poner la nota de alegría en el ambiente.

En La Inocencia este año no hay tanto movimiento, pero los domingos siempre acuden gentes al batey. Entra el vale Alipio en *Biscochito*, instálase Gollito el barbero en la enramada, cruza Gautier Mojica con su capote sobre un brazo. Da vueltas Lao para garantizar el orden, toma sus tragos Chencho en la bodega, juega sus barajitas escondidas Fonso, y llévase a Rosendo a Agapito por dentro de un cañaveral a presenciar una peleíta. En la calle de los bohíos suena un acordeón en casa de María Antonia y Petronila. Lola canta en su bohío, mientras Murciélagos le da bromas a Lupe sobre el alcalde. Don Marcial pasa la mañana leyendo los periódicos o ajustando cuentas o conversando de bueyes, de carretas y de toneladas con Abelardo, el ajustero, que llegaba en su hermosa mula sanjuanera que Tunino ponía a la sombra bajo la casa.

Los domingos no se levanta una caña, no se ve una mocha, no se enyuga un buey. Todos descansan menos don Antonio, para quien esos días son los de mayor trabajo. Ya en la tarde los ánimos comienzan a destemplarse. El batey queda casi vacío. Se recogen las ventas. Y por los carriles, por la sabana, discurren, solos o en grupos, los que vienen a vender, a comprar o simplemente a ver a sus amistades. O a pasear. A veces se cierra la bodega también. Porque don Antonio no está dispues-

to a sacrificarse hasta tal extremo. Quedan algunos que toman con exceso y dan vueltas por la calle de los bohíos husmeando bachatas, o los que la suerte ha favorecido en algún jueguito animado, o algún galán que no quiere desperdiciar los últimos destellos del crepúsculo.

Pero muchas veces también queda Gollito. Su trabajo es pesado. Hay días de mucha clientela y esas barbas tan duras y esos cabellos tan enmarañados le hacen perder mucho tiempo. Cuando ha faltado una quincena, la siguiente es una barbaridad lo que trabaja. Y si llegan de otras colonias, a veces se ve obligado a suspender el trabajo. Ya en la tarde se limita a trasquilar. De pura fatiga, por lo que Rosendo le ha advertido a Agapito, y le recuerda a Fonso, que hay que cogerlo temprano, cuando no lo han *ajobachao*. Entonces es cuando trabaja con gusto. Hay que evitar que se le emboten los *jierros*. Y recordó cómo un domingo por poquito lo desuella. La navaja parecía un serrucho. Por dos ocasiones tuvo que mandarlo a parar.

Los domingos, sobre todo los de quincena, es cuando tiene más trabajo. Entonces es cuando puede el personal dedicarse a su persona. Ese día se cortan los cabellos que han crecido mientras se corta la caña, sobre el pértigo de la carreta, detrás del mostrador de la bodega, afeitando y discutiendo, en el barracón charlando durante las noches del verano, sintiendo el hambre del aire y los azotes del calor y de las sombras. Se atuzan los bigotes exhuberantes, rústicos, cerdosos, que ponen una pincelada blanca en la faz oscura de los trabajadores. Bigotes que el humo del cachimbo tuesta, dándoles un color de barro amarillo. Se raspa la barba desordenada que crece desapareja como yerba en terreno pobre y es ese día, ese único día, cuando se gastan perfumes, de una penetración escandalosa. Ese día es para la presunción. Para lucir. Ve el sol la camisa y el pantalón recién planchados. Los zapatos amarillos terminados febrilmente.

Es el día de Gollito, el barbero. Sus tijeras y su navaja asean, limpian y transforman el aspecto del personal, que toma aire dominguero.

Bajo la sombra de un árbol o cerca de la enramada de las carretas se instalaba desde temprano. Salía de madrugada de su casa. Dentro de las árganas venía un maletín. Una caja pequeña hecha por él mismo, forrada de papel de color, con una cerradura de baúl. Era un primor. Dentro, colocada cuidadosamente, la navaja, una brocha, un paño, una taza de vidrio para hacer la jabonadura, una polvera de aluminio y un peine de cuerno. También un cuero para asentar. Y unas tijeras bien amoladas. No faltaba un frasquito de “Kanangas del Japón” o de “Agua de Florida” y dos medias botellas. Una con agua, por si llegaba a algún sitio en que no hubiera o simplemente para no molestar, y otra con una mezcla de agua y “bayrum”. Todos tenían derecho a que se les pusiera de esta botella. La de “Agua de Florida” era especial. Se pagaba aparte, porque esta era un extra. Para la cabeza usaba vaselina perfumada, con esencia de jazmín, cuando se la pedían.

Gollito se improvisó barbero. Un día, por simple complacencia afeitó en un batey en el cual se encontraba de paso en otras diligencias. Los agradecidos clientes hicieron el elogio de su mano, que consideraron muy liviana. Desde entonces se habló de él y comenzaron a solicitarlo. ¡Había tantos con la mano pesada! Y Gollito fue poco a poco aumentando su clientela. Organizó viajes periódicos a los bateyes y a poco se hizo el barbero de más reputación en la finca. Los peones, los empleados menores y hasta algunos mayordomos se arreglaban con él.

Mientras trabajaba conversaba, con lo que evidenciaba su fuerte vocación para el oficio. De la navaja, de las fiestas de la Mercedes, de algún caballo bueno, de lo solicitado que eran sus servicios, de la zafra, de algún alto empleado que no amañaba con ningún barbero que no fuera él. Alrededor siempre había quien estuviera esperando. Trabajaba rápidamente y no daba abasto. Los domingos, y los días de pago sobre todo, era una barbaridad. Ya al mediodía, detrás del cajón, se podía ver su obra: una montaña de pelos que luego el viento dispersaba. Se había especializado. Para él no había ni barbas duras, ni cabellos malos. Todos

salían satisfechos. Como los demás trabajos que se hacen en la finca, el de Gollito se pagaba irregularmente. Cobraba la mayor parte de los días de quincena.

A las doce o un poco después, a veces por la tarde, recogía su mochila. Cerraba su baulito, montaba su caballo y desaparecía. Los días de trabajo no iba a la finca. Entonces se ocupaba de sus quehaceres ordinarios.

Muchos le hacían competencia. En las colonias hay peones que arreglan hasta gratuitamente, por pura afición. Pero la reputación de Gollito le aseguraba una clientela selecta y abundante. “¡Qué mano!”, decían cuando lo mencionaban. “Yo no me arreglo hasta que no vea a Gollito”. Y él sabía, estaba convencido del prestigio de que gozaba en todos aquellos contornos.

Rosendo era de sus clientes. Han tenido algunas dificultades porque a veces no lo deja bien. Se ha fijado que al mayordomo le dedica más tiempo, le da dos pasadas y lo descañona muy bien y esto le ha decidido a reclamarle a Gollito igual trato, porque “la plata del mayordomo no es mejor que la suya”.

Gollito es delgado, pálido, huesudo, pero fuerte. Realiza su trabajo sin fatiga. Rosendo lo cree, sin embargo, muy blandito y lo tiene de término de comparación. Cada vez que desea expresar su desprecio por algún hombre exclama:

—¡Así, como Gollito el barbero! —Y agregaba—: Si le quitan las tijeras y le ponen un hacha en la mano, hay que recogerlo en litera.

Los domingos de quince son todavía más animados. Se paga el sábado por la tarde. Otras veces los mismos domingos en la mañana.

Desde el jueves anterior al sábado de quincena se liquidaban en La Inocencia los trabajos. La hoja de pago se enviaba a la Administración el viernes en la mañana y el sábado salía muy de mañana Chéncho, a menudo acompañado por el jefe de orden, para evitar algún contratiempo en el camino. No eran frecuentes, pero sí se había dado el caso

de que fueran asaltados en el camino por malhechores y les robaran el dinero. El mayordomo, en previsión, se hacía acompañar siempre por el jefe de orden.

El sábado, comenzaban a entrar al batey los campesinos de la sabana y de La Sierra con toda clase de víveres. En un sitio que les estaba designado por Benceslao apeaban sus cargas. Tendían sacos vacíos en el suelo y encima colocaban los frutos. Montones de naranjas de china y naranjas agrias, lotes de auyamas, de ñames y de mapueyes. Plátanos en abundancia, batatas blancas y rojas, almidón de yuca, panelas de dulce de naranja con melao, piñonate, jalaos. Ajonjolí, habichuelas y guandules. Cebollines, tomates, ajies de todas clases. Huevos, pollos y gallinas. De todo lo que se podía recoger en el campo. Menudeaban las mujeres. Son las encargadas de la venta. Lo hacen mejor, venden a mejor precio y no malgastan el dinero porque no tienen vicios. Cuando el marido es el que viene al batey casi nunca lleva la cuenta completa. O juega a algún gallito, que eso se hace los sábados, detrás de los barracones, con permiso del Jefe, o en los cañaverales, a la vera del carril. O va a la bodega y se pega sus traguitos con sus conocidos o se deja rodar hasta donde los peones tallan la baraja. Hay juegos públicos, consentidos, autorizados, los hay ocultos, dentro de la caña o en algún cuarto, cuidadosamente vigilados desde la puerta por un interesado, para evitar un asalto de la autoridad. Los juegos son en las colonias un provento de la Jefatura. Hay una persona autorizada a ponerlos pagando una suma semanal o simplemente autorizada en los días de pago. Pero se juega a veces más cuando el jefe los ha prohibido expresamente. Como las mujeres no juegan casi nunca, ni beben, ni gastan en nada, suelen ser las encargadas de ir a la finca a vender, mientras los maridos las esperan en la casa, fumando tranquilamente su cachimbo en la hamaca, cuidando a los muchachos o velando porque la candela no se apague hasta que la mujer regrese para avivarla y poner el caldero con lo que haya podido traer. Porque esos días, hay dinero y se puede conseguir arroz en la finca y buen café y azúcar y una librita de

bacalao, un poco de aceite verde y sobre todo pan y galletas, que en el campo son muy escasos. Esos días se puede comer mejor.

El batey se anima con estas gentes y con los peones que permanecen revoloteando por él hasta que termina el pago. De más cerca llegan las mujeres que vienen a hacer comida. Se establecen en campo abierto o cerca de alguna enramada. Encienden su fogón de leñas y ponen sus calderos desde por la mañana hasta cerca del mediodía. La manteca no cesa de chirriar. Junto al fogón, sobre yaguiques escurren la grasa las frituras, de plátanos verdes y maduros y de batatas. Algunas llevan sus masas y su picadillo preparado y hacen empanadas o bollos de harina con bacalao o simplemente hojuelas, que son muy solicitadas. En otros yaguiques puede haber chicharrones, longanizas o pedazos de tocino. Otras hacen grandes calderos de locrios, de carne de cerdo generalmente. Y algunas sólo se ocupan en colar café. Largos coladores continuamente destilando, una media docena de tacitas y una olla de agua hirviendo a borbollones.

Más tarde llegan algunos árabes y sobre el suelo o la puerta de algún conocido, sobre tablas que descansan en barriles, ofrecen sus artículos. Entre peines, peinetas, espejos guarnecidos de hojalata, botones de hueso y nácar, alfileres, corbatas ordinarias, frisas y cortes de vestido de colores brillantes, se alcanzan a ver zapatos, collares de vidrio, pulsas y una infinidad de artículos que ellos saben son indispensables o preferidos en el campo.

También se presentan allí otros que solamente se van a vender un solo artículo. Un caballo, un cerdo, una silla de montar.

En los grandes bateyes es un día de gran movimiento. A veces estos vendedores ambulantes, sobre todos los árabes, que hacen competencia a las bodegas, han sido acosados. La Administración les ha prohibido establecer su comercio cerca de sus bodegas. Y muchas veces lo han hecho en los caminos reales, porque se les ha hecho entender que son del dominio público.

También se vende ropa hecha, sobre todo de mujer.

Es un ir y venir de gentes en todas direcciones. De los barracones a la bodega, de la bodega a las ventas ambulantes. De la sabana al batey y de este para todas partes.

El domingo, día siguiente del pago, es el día más animado. El acordeón no cesa de hacerse oír. Se improvisan fiestas. Se toma, se juega. Se habla, se canta, se grita. Y la bodega no cierra sus puertas hasta muy tarde. Don Antonio se fatiga, los dependientes no tienen manos con qué despachar. Puede ocurrir que se arme alguna discusión, que se pelee en algún sitio, pero esto no se ve siempre. Son hechos extraordinarios.

Hay un sitio en que se ven muchos caballos con sillas, en aparejos, otro en que se alinean las carretas. Más allá puede oírse una victrola.

A la hora del pago, a poco de llegar el mayordomo, la peonada se aglomera en los alrededores de la bodega. Allí se paga. Los peones son puestos en fila. El jefe cuida del pago y garantiza el orden. Se oyen chistes, risas, conversaciones en alta voz. Se les recuerda sus compromisos a los que deben, se les aclara la cuenta a los que están todavía confusos. El mayordomo y el bodeguero, o aquel y un ayudante, van llamando a los peones por sus nombres. Y tan pronto llaman a Feliciano Castro como a Malatón Cefirí o a William Pen. Porque aquella masa es internacional. Dominicanos, haitianos, ingleses. Son los hombres de la caña. Allí se habla en oriental, en cibaëño, en inglés o en patuá.

Cuando han recibido el pago vuelven a sacar sus cuentas, luego van a la bodega a utilizar los servicios de algún dependiente fuerte en números, o simplemente lo guardan, o van derecho a comprar la primera fritura, porque en el campo siempre hay hambre. Hambre de todo. Desde que salen los primeros pesos de la bodega, el batey se transforma. Alegría por todas partes. El tedio de la semana desaparece. Y al ruido de las carretas, al trote de los mulos, al estallido del machete, les suceden el chirrido de la manteca, la alegría del merengue o del son, o del balseí.

Don Marcial era un hombre discreto. Hablaba poco. En las galerías de la oficina, los viernes de quincena, varios colonos no ocultaban su disgusto. Algunos llegaban a protesta, pero don Marcial no tomaba participación en esas protestas. Consideraba inútil quejarse y hablar. La experiencia le había enseñado que en el negocio de la caña la peor parte es la de los colonos. Sabía que la compañía estaba representada por los molinos y ellos por la caña, es decir, por la parte más blandita. Toda queja, pues, era completamente inútil. La situación no podía cambiarse. Y del mal el menos. Esa era su filosofía. Oía, sin embargo, todo lo que se decía, con el propósito de evitar las consecuencias cuando a él le tocara. En las fincas nadie está conforme. En todas partes los colonos viven quejándose, pero el mal es tan enorme que la protesta no puede sino agravarlo. Diariamente se hacía más penosa la situación de todos, porque diariamente se les imponían nuevas regulaciones. Se les hacían nuevas exigencias. No se les escapaba que eran esclavos. Que a todo tenían que someterse.

Don Marcial estaba convencido de que ese mal no tenía remedio y le era completamente imposible abandonar su colonia. ¿Qué haría entonces? Muchos años hacía que trabajaba en fincas. Ya estaba completamente inutilizado. No podía hacer otra cosa ya. De caña era de lo

único que sabía un poco y de la caña era de lo que tenía que vivir. Que protestaran los novicios, que ya se convencerían de que esas protestas no los llevarían a ninguna parte.

Desde que se establecieron los bancos y comenzaron sus operaciones con los ingenios, las cosas empeoraron. Se cambió el sistema. Los pequeños colonos principiaron a extinguirse poco a poco. Los créditos privados desaparecieron. Las grandes compras de terrenos se iniciaron y los negocios tomaron una forma tan estricta, tan perfecta, que pocos pudieron resistir. No más consideraciones, no más contemplaciones, a cumplir todo el mundo, a pagar religiosamente crecidos intereses, a garantizar por todos los medios los créditos concedidos, a someterse, por último, a los designios de la compañía y de los bancos, que para la explotación se habían puesto de acuerdo. Don Marcial estaba convencido de que así eran las cosas y de que contra fuerza tan poderosa era inútil luchar. Por eso ni protestaba ni hablaba. Además, recordaba a muchos que fueron a la ruina completa por hablar. Tuvieron que salirse de la finca y abandonarlo todo, porque las dificultades que se les fueron presentando terminaron por obligarlos a la huída. Esa es la política de la Administración. En las fincas hay que someterse o sucumbir.

Como don Marcial vivió mucho tiempo en el Ingenio Quisqueya, recordaba con verdadera pena aquellos tiempos en que prevalecían otros métodos y otros hombres en la industria de la caña de azúcar. Los colonos se consideraban vinculados al ingenio. Defendían los intereses de este, velaban por su buena marcha. Contribuían a todo lo que pudiera hacerlos prosperar. Les complacía ver sus cañas y las de los vecinos. Se daban mutua ayuda. Tenían sus peones bien atendidos. Los bateyes eran su residencia. Allí vivían con su familia todo el tiempo durante la zafra. Tenían su pequeño jardín. Entonces era un encanto. Se criaban gallinas, se cebaba un cerdo o dos. Se ordeñaba la vaca. Se daban giras. Aquella propiedad les pertenecía. Era el sudor de sus frentes y la obra de sus brazos muchas veces.

Durante el tiempo muerto se vivía de las economías. Si faltaba dinero se tomaba a prestamo a un amigo comerciante, a interés convencional y moderado y con garantía también condicional, por lo regular las órdenes para azúcar, que entregaban en todo tiempo en la Administración, para que se tomara en el depósito del ingenio. No había necesidad de hipotecar la tierra. Ni se pensaba en eso. El potrero producía algo también. En el batey se vendía un poco de leche o se hacía una saca en el ganado o se colocaba un cosecho de maíz. De cualquier cosa se sacaba dinero. Los vaporcitos, las lanchas, los vagones y hasta los caballos los ponía la Administración a la disposición de los colonos para transportar su familia o para cualquier otro uso urgente o indispensable. Si necesitaba un médico, la Administración facilitaba el transporte y usted podía llamar el suyo de la ciudad. Y no había dificultad para obtener la medicina. Todo era distinto, completamente distinto a como es ahora. Todo se ha perdido. La tierra, la colonia, el tiempo. Ahora se nos ha esclavizado. No vemos el azúcar, vemos al memorándum, porque el ingenio la vende en Nueva York, al precio que le parece conveniente. Sin consultar. Tenemos que ir a la ciudad por nuestros propios medios. Aceptar el médico que nos impongan y pagar una iguala mensualmente, que se nos carga en la cuenta. No se puede tener bodega. El ingenio es el único que puede vender y comerciar. En provisiones, en implementos para el cultivo, en leche, en pan, en medicinas, en todo. Dentro de la finca nadie puede vender nada. Nadie puede tener otros animales más que los caballos indispensables y los bueyes. Por todo una multa. Si se suelta el caballo, si se suelta el buey, si se sale el cerdo. Si usted maltrata a un buey, si lo amarra mal, se le impone una multa. Si no llena bien sus vagones, si se bota la caña, si está falta de peso, también una multa. Si fuma por los carriles, si lleva una caña bajo el brazo. Si su caballo mordisquea un retoño. Si cruza por un campo a pie o montado. Si la peonada hace alboroto, si el batey no está limpio. Bueno, no es para contarlos. El peón de hoy vive bajo un régimen de esclavitud. Y el colono es un paria, un infeliz.

La guardia campestre constituye una especie de ejército permanente. Todo el recinto de la finca está bajo su dependencia y su dictadura. Pueden imponer hasta sus caprichos y hacer cumplir una legislación no escrita, rígida, acomodaticia, dictada por las circunstancias, inspirada siempre en el solo interés del ingenio. Vigilan los pagos, imponen multas, prohíben diversiones, fuerzan al trabajo, ordenan prisiones y hasta matan cuando así convenga. Persiguen toda actividad contraria a los intereses de la compañía. Sorprenden lecheros, panaderos, buhoneros, a todo el que comercie libremente en perjuicio de los intereses de las bodegas. Son policías judiciales y administrativos. Luego el servicio del cultivo. Se contrata el personal, se imponen los métodos, se ordenan las limpiezas. Al colono no le queda ya ninguna iniciativa. De propietario libre ha pasado a empleado subalterno y de clase inferior. Ha sido un cambio radical, profundo. Todo lo que está dentro del ingenio pertenece al ingenio. Esa es la situación. Y todavía hay más. Mucho más. El jornal ridículo y uniforme también. Las ganancias limitadas. Y hay que pagar un número crecido de contribuciones. Es el régimen del latifundio. Del tributo, como en los antiguos tiempos coloniales. Se ha establecido el método en todos sus aspectos. Es un feudo medioeval.

Don Marcial sabía eso y sabía más. Pero era discreto y se había resignado con su suerte. ¡Qué iba a hacer!

Tenía sus horas de pesadumbre. Consideraba los años que hacía que estaba metido en el campo, trabajando como un animal, viviendo mal, comiendo peor, sin distracciones, alejado de la familia, sin más relaciones que las de los peones. Levantábase con el sol a corretear por los carriles, vigilando intereses que ya casi no le pertenecían, embruteciéndose más de la cuenta, sin más horizonte que la caña y sin otra esperanza que salir de allí viejo y cansado, con los bolsillos vacíos. Se consideraba un verdadero esclavo. Y sin derecho a protestar. Obligado a sufrir, a tolerarlo todo, para evitarse la enemiga del administrador, que

podía muy fácilmente acabar con él. Obligado a sonreír, a mostrarse satisfecho, a complacer a los jefes.

A menudo don Marcial inspeccionaba su guerrillera, sus pantalones, sus polainas sucias y sus espuelas. El campo lo había transformado. Entre el peón y él no había gran diferencia.

“Soy un burro de carga, pensaba. Un esclavo de la finca. Ahora un empleado, viviendo de un miserable sueldo que se me ha fijado, porque todos mis esfuerzos se han consumido en levantar un crédito enorme que no podré cancelar jamás”.

Los años que habían transcurrido los creía los más inútiles de su vida.

Y don Marcial pensaba también en su otra desgracia, que no aabrumbaba menos que la económica. La familia que había creado en el campo constituía para él una gran preocupación. Nunca creyó que tal cosa le sucediera. De no haber vivido en el campo, alejado de su familia, expuesto a la tentación, invitado por el ambiente y las facilidades que allí se ofrecen, jamás le hubiera ocurrido. Don Marcial se recriminaba, pero al mismo tiempo consideraba un sinnúmero de razones que a sus ojos lo justificaba plenamente.

Pero algunos días don Marcial no estimaba este suceso como una desgracia. Tan hijos suyos eran estos como los que tenía en Macorís y ya él se ocuparía de hacer lo mejor que pudiera en su beneficio. Nunca pasó por su mente abandonarlos. Ocupándose de ellos evitaría que en el mañana afrentaran a los otros. Si no se criarían en las mismas condiciones, por lo menos haría de ellos personas honradas, laboriosas y buenas. Con este pensamiento don Marcial se tranquilizaba.

Hizo esfuerzos para que esto permaneciera oculto, pero fue en vano. Todo el mundo en La Inocencia, y hasta fuera de la colonia, lo sabía.

Fue Chencho quien la introdujo en la casa de vivienda. Un día don Marcial no tenía cocinera y le encargó una al mayordomo. Este le trajo a Dominga. Hacía días que estaba en el batey.



Pasaron algunos meses sin que don Marcial se fijara en su cocinera. Sin duda, la mala vida que llevara anteriormente la había privado de todos sus encantos. Fue en el servicio de don Marcial donde Dominga adquirió su hermosura provocativa y atrayente. Muy pronto engruesó. Sus carnes se pusieron duras por esta causa. En el batey muchos ojos se fijaron en ella y en más de una ocasión, en la bodega, don Antonio, Abelardo y hasta el mismo Chenchó le llamaron la atención. Mucho tiempo pasó don Marcial observándola en todos los momentos en que podía hacerlo. Dominga por su parte se conducía bien. Lo atendía con verdadera solicitud. Poco a poco se fue ocupando de casi todos los quehaceres de la casa. Hacía la comida, cuidaba de la limpieza, le hacía la cama. Echaba a lavar la ropa y la arreglaba. Le pegaba los botones.

Una tarde, a poco de llegar del campo, don Marcial llamó a Dominga:

—Quítame estas polainas, que están muy enlodadas, y lávamelas.

Quedaron muy limpias. Nunca las había visto con tanto lustre.

Una semana después, mientras almorzaba:

—Dominga, anoche sentí muchos mosquitos.

Ese día se arregló el mosquitero, que tenía algunos agujeros.

Don Marcial durmió sin molestias.

¿Qué más podía apetecer? La comida no podía ser mejor. Dominga era limpia y tenía gusto.

Pero una tarde cayeron unos fuertes aguaceros en La Inocencia. Don Marcial permaneció en casa. Dominga, que había terminado sus oficios, estaba sentada en la galería trasera, porque la cocina se anegó.

Don Marcial resolvió acostarse. No tenía sueño, pero deseaba descansar. La lluvia no cesaba. Hubo que cerrar todas las puertas.

—Dominga, Dominga —dijo don Marcial—, cierra esa ventana, que entra el agua.

Dominga acudió al aposento. Se trepó en una silla para poder enganchar la aldaba. Don Marcial tuvo ocasión de verle las piernas. ¡Realmente eran bien hechas! Luego se fijó en el cuerpo. No se podía pedir más. ¡Y tan joven!

Don Marcial a poco inventó unos cuantos pretextos para que se le acercara. Había perdido la tranquilidad.

A partir de esa tarde don Marcial pudo soportar mejor las privaciones que sufría en el campo. Por un tiempo dejó de quejarse. Parecía conforme, y más que conforme, alegre. Pero esta alegría no alcanzó gran expresión. Pocos se dieron cuenta de ella.

Lo demás lo hizo el tiempo. Y aunque pasaba horas en que se arrepentía, se recriminaba casi, los tres muchachos se encargaron de evitar la frecuencia de esas horas.

Cuando don Marcial recordaba las historias que en los primeros días de sus intimidades amorosas le hacía Dominga con toda sinceridad se apesadumbraba y muchas veces, sentado en la galería, a la caída de la tarde, paseando la vista por los campos de cañas, se sentía avergonzado, sobre todo si cruzaba por su imaginación la otra familia, que nunca podía sospechar que estos lazos existieran.

Pensando en estas cosas permanecía don Marcial apoyado en la baranda de la galería la tarde que terminó la zafra.

Fue el día 15 de junio, un jueves, cuando Chencho, montado en su mula, venía por un carril detrás de Fonso y Murciélagos, que se dirigían al chucho con los dos últimos viajes de cañas de La Inocencia. Apenas serían las tres de la tarde. El sol quemaba poco y los iluminaba por mitad. A uno y otro lado, a través del barbojo seco, habían subido ya los retoños. Venían todos a paso entre paso sin prisa, alegres, conversando.

Don Marcial alcanzó a ver los carreteros. Tan lastrado estaba su espíritu ese día que se retiró de la galería antes de que desaparecieran las carretas. Aquello le parecía una comitiva fúnebre. ¡Tantos pensamientos pasaron por su mente en ese instante!

Más tarde o más temprano tendría que salir de allí. ¿Cómo iba a continuar en esas condiciones? El Este pertenece a las compañías. Allí no hay más autoridad que la de los administradores de los ingenios. Es otra república. Los que van allí están bajo un régimen de ocupación. ¿A quién nos quejamos? ¿Quién nos protege?

¡Terminó la zafra! A las doce de la noche de ese día se oyó en el batey de La Inocencia el pito de la casa de máquinas. Un pito largo, repetido, como suele oírse cuando hay fuego. Hacía días que ya no había gran cosa que hacer, pero como tenían retenido el pago, todavía se veían muchos trabajadores en la colonia. El lunes siguiente, a las seis de la mañana, un grupo de haitianos, casi treinta, con sus mochilas al hombro, sus mochas en la mano, se dirigían al camino real por un carril. Rosendo respiró. Esos haitianos eran enemigos. No los podía ver. Cuando los vio partir estaba parado por delante del mostrador de la bodega y no se pudo contener. Dirigiéndose a don Antonio le expresó su alegría por el acontecimiento, agregando que deberían ahogarse en el camino para que no volvieran más. Es una plaga. Los dominicanos debieran impedir que vinieran a trabajar. Seguramente que se llevan toda la plata que han ganado, porque no comen. Se la llevarán a sus mujeres, que los estarán esperando allá muertas de hambre. Y se bebió un trago cuando desapareció detrás de la caña el último *carrao*, como les solía llamar.

Han transcurrido cinco meses de actividad, de movimientos, para convertir en azúcar esos inmensos cañaverales que se extienden leguas y leguas como un mar de verdura sin más horizonte que el cielo y donde tantos infelices consumen sus energías, sudan, se afanan, padecen y sufren y pagan su tributo a la vida. Cinco meses de lucha continua de día y de noche. El peón, el contratista, el colono, todos alimentados por la esperanza de días mejores que no llegan nunca. Año tras año víctimas del mismo desengaño.

Cinco meses de agitación febril para vaciar los campos en los molinos, cinco meses durante los cuales, a cada hora, con el lápiz en la

mano, el colono hace innumerables cálculos, alimenta ilusiones y vive asido a la promesa de algo mejor.

Pero el día de la liquidación la realidad les golpea el espíritu fuertemente. Y el peón, el contratista, el colono, llegan a sus casas llenos de pesadumbre, con las manos vacías. Se han derrumbado muchos castillos en el aire.

Luego se resignan. Han logrado vivir ellos y sus familias. Su fortuna no ha aumentado, ¡pero quién sabe! ¡El año que viene! Y así, en una eterna espera de un bienestar que no llega nunca, ellos, los hombres que cubrieron de cañas el Este, desaparecen como la gramínea que les consume la vida, como si un trapiche colosal los devorara.

Llegó el "tiempo muerto". En la Central el peso está cerrado. Por las avenidas cruzan algunos campesinos con cargas. Dos o tres. El largo mostrador de la bodega está desierto. Un muchacho, con un pantalón corto, hendido, casi hecho ripios, un sombrero de cana, recoge de manos del dependiente una botella. Una yunta arrastrando la cadena, seguida de un boyero, va camino del bebedero. Mediodía. Se levanta una polvareda frente a la casa del jefe, en el alto. El sol abrasa la tierra. La oficina está solitaria. Parece vacía, sin gente. Sólo se ve una persona en la galería que da al frente de la casita de los empleados. Lleva polainas y espuelas. Un sombrero de anchas alas. Mira fijamente hacia un punto como si estuviese allí esperando.

En el batey un silencio triste, de ruina. Mucho calor, demasiado calor, eso es todo lo que hay en este mes de junio.

En las primeras horas de la mañana sale una máquina, la número 3, con cuatro vagones cargados con sacos de semillas. Hacía varias semanas que no se sentían correr trenes ni se oía un pito. Algunos peones la aprovechan para salir al campo subidos en los vagones. Es un ruido grato en muchos hogares del batey, que alienta esperanzas para la próxima zafra. El silencio del batey amplifica este ruido del

tren y se escucha lejos, porque ningún otro lo apaga. Cruza los cañaverales aparentemente desiertos, porque apenas hay media docena de peones en cada campo, perdidos entre los retoños, limpiando la mala yerba con sus mochas.

Desde la línea se alcanza a ver una yunta de bueyes que con el arado cruza un campo. Un muchacho con los pantalones cortos, o arrollados hasta el muslo, con una vara en la mano y con una copla en la boca, los conduce de un extremo a otro, de carril a carril. Un barro amarillento, salpicado de manchas de tierra negra, se levanta. Ya lleva varias líneas casi paralelas, largas.

Un poco más lejos una cuadrilla siembra semilla. Los piqueros van delante haciendo hoyos y los muchachos, con sus sacos colgados del cuello, van tirando y enterrando los pequeños trozos que se convertirán en cañas pronto, si las lluvias los favorecen en tiempo oportuno.

En los carriles la grama vuelve a reverdecer. Ya no se levantan polvaredas. Si ha llovido ya, muchos se hacen intransitables. ¡Ya se secarán para la zafra! Algunos han menester de un pequeño arreglo para que puedan pasar por ellos las carretas. Se hará más tarde, cuando ya se aproxime la molienda.

El batey tiene menos luz. Tarde en la noche se siente trotar una bestia por el camino que sale a los campos.

En la fonda las mesas están desmanteladas. La bodega cierra temprano. En la botica juegan una mano de tablero. La casa de máquina, a la luz de la luna, parece una ruina abandonada.

—No hay negocio —dice el dueño de la fonda.

—En tiempo muerto las ventas son escasas. Y este año no se abrirán trabajos —dice el bodeguero.

Una cantidad de gentes ha emigrado. Pueden encontrarse algunas casas vacías.

El tiempo muerto es largo. Se trabaja poco, pero se hace durante transcurrir, muchos cálculos. El retoño va subiendo bien. Ha llovido

suficiente. El precio va mejorando. Se harán economías en el cultivo. Habrá cambios en el personal.

—No es posible que el próximo año sea peor —dice el colono en su casa.

Y no falta quien recuerde las palabras del administrador.

—Año que viene, llueve más. Precio un poco mejorando. Hay que dar condición, mocha condición.

Y en la bodega, convencido, un contratista afirma:

—Estas gentes saben lo que dicen. Los blancos no se equivocan.

Hacía días que de La Inocencia se había ido casi toda la gente. Muchos, antes de terminar, ya se retiraban con gran tristeza. El batey parece abandonado. La Inocencia está casi desierta. La casa de vivienda como vacía. En la bodega sólo ha quedado un dependiente. Las noches son demasiado tristes. Apenas se ve pasar una que otra carreta cargada de semilla para la resiembra. En los campos se ha iniciado la limpieza. Por los carriles cruzan campesinos de tarde en tarde y los peones que trabajan en el desyerbo.

Chencho va a descansar ahora. Trabaja con menos fatiga. La lucha será menor. El personal se ha reducido considerablemente. Muchos ingleses, los haitianos y otros tantos dominicanos se han ido de la colonia. Quizás de estos volverán unos cuantos, mientras otros tendrán a La Inocencia entre sus recuerdos.

Transcurrieron unas semanas después que se habían llevado una parte de los bueyes para los potreros de la sabana. Mientras, los otros trabajaban en el tiro de leña y de semilla. La mayoría de las carretas estaba bajo la enramada y otras fueron al taller a repararse. Las monturas también se las llevaron al potrero, solamente quedaron dos caballos y el mulo del mayordomo. Mucha gente se fue después que se retiraron los haitianos. Fonso, Murciélagos y con ellos otros trabajadores. En la calle de los bohíos también dejaron las casas dos o tres familias que se trasladaron a otros bateyes más propicios.

Dos semanas antes de terminar la zafra, Nano le dijo a Rosendo:

—Vale, yo tengo pensao dirme. Esto es una esclavitú.

—Yo se lo decía, vale. Las fincas son pa los sinvergüenzas. Pa la gente que no tiene aspiración. Pa los que no tienen otra cosa qué hacer. Con esos trabajos que uté dejó allá abajo tenía uté pa vivir mejor que aquí y más libre. Cada uno debe trabajar lo suyo, vale. Trabajarle a otro no da producto. Eso ta visto. Tó el mundo sale de aquí pior.

Cinco meses trabajó Nano en La Inocencia. Lo que había sufrido lo guardó dentro del pecho para todo el mundo menos para Rosendo. Y lo que había aprendido era bastante. Allá en San Cristóbal, donde había nacido, la vida no era tan dura. Sus padres lo querían mucho y lo consentían más. Y sus hermanos no se diga. ¿Qué dificultad ni contra-tiempo se le presentaba que no lo ayudaran a resolverlo? Su vecindario era un vecindario tranquilo. No recuerda que allí se produjera ninguna desgracia. A no ser la muerte del viejo Pacheco, que unos ladrones asesinaron en compañía de su mujer para robarles las morocotas, y eso en otra sección, aunque cerca de la que él habitaba no recordaba más hechos de sangre.

Por allí no se presentaban gentes desconocidas, ni malhechores de otras partes. Ni se hablaban otras lenguas. Se comía con cualquier cosa y aunque corría poca plata se gastaba menos. Todos tienen de todo en sus casas. Menos dinero, pero sí más comida. Además, trabajaba cuando era menester, no obligado.

Por las mañanas se levantaba tempranito, tomaba café y se dirigía al conuco. Hacía luego fuego para asar un plátano o una batata y se entregaba al repaso. Limpiaba algún pedazo, componía tramos de empalizada, recogía guandules o registraba las matas. Le daba vueltas a las lechosas, a los molondrones, a las batatas, al maíz. En la cañada le daba de beber al burro.

Recogía las yaguas y hacía sus cálculos para cuando tuviera que ir a la Capital a vender.

A veces, antes de que se pusiera el sol ya estaba de regreso al bohío, si no tenía viaje preparado. Si lo tenía entonces recogía lechosas, ahuyamas, yuca, mapuey, zapotes, guandules, todo lo que encontraba a propósito para hacer su carga, y al día siguiente salía tempranito. Por la tarde ya estaba en su casa. Esto le dejaba poco, pero no tenía que darle cuenta a nadie. Cuando quería juntar o necesitaba más dinero hacía uno o dos hornos de carbón en sociedad. Recogía madera en los montes de sus amigos interesándoles en el carbón y lo vendían allí mismo a otros que se encargaban de llevarlo a la ciudad.

Muy diferentes eran las cosas en la finca. En La Inocencia cortó cañas, hizo limpiezas, cortó leña, en fin, todo lo que se le presentaba y no había podido juntar nada. Trabajaba como un burro, sin resultado. Todo lo gastaba en la comida. Le daban casa, pero tenía que pagar la manutención, la ropa y los trabajos no dejaban beneficio. En muchos perdió. El mayordomo no tenía conciencia. Siempre salía cortao. Y trabajando sin descanso, de seis a seis, como un animal. Cuando trabajaba por día le sacaban el cuero. No tenía derecho a sestear. Un día se puso malo en un chapeo. Formaba parte de una cuadrilla, y los atendía un capataz de los más malos del batey. Ese hombre no lo podía ver sin estar dando machetazos.

—¡Mire amigo, eche palante!

Cuando, a la caída de la tarde, los peones fatigados, cubiertos de polvo, se juntaban en campo abierto, cerca de la piedra de amolar, para sacar filo a sus machetes, a sus mochas, a sus cuchillos, o en la puerta de la cuartería, y de las condiciones de trabajo hacían motivos de conversación, tenían que hacerlo en voz muy baja, pendientes del cruce del algún achuchón, porque en la finca todo se sabe y hay más correos de a pie que en ninguna otra parte y por cualquier cosa, por leve que sea, se pierde el pan. Porque los mayordomos y sus aduladores no van lejos para despedir a los que insisten en la queja.

Hay que estar contentos siempre, con buena carta. Ser sufridos y revelar una conformidad sin límites a toda hora y en todo sitio. En una

palabra, ser discretos. Muchos, decía Rosendo, han perdido el pan por menear demasiado la lengua. Mientras más callados más provecho. Eso está probado en fincas.

—Hasta los colonos están locos aquí. Tó lo que uté ve no es más que apariencia. Bien, lo que se diga bien, los *blancos*. Esos sí que tan a su gusto.

Sólo Rosendo, a pesar de todo, no se mueve.

Una mañana que Anselmo Benítez cruzó por La Inocencia, camino de Hato Mayor para enmendarle la plana al notario, que equivocó los linderos en una venta que él hizo por cuenta de un amigo de El Hoyón, le dijo a Rosendo:

—Tú parece que estás clavao en este batey. Que te han enterrao el ombligo aquí.

—A mí no me lo entierran en parte, vale. Es que yo sé que todas las fincas son iguales.

“Si yo supiera manque fuera la O, no se hubieran juntao estos blancos conmigo. Pero semo tan bruto vale, que nos cuesta dar la boca”.

Guía de lectura

Medio ambiente

1. ¿Cómo afectó la vida de campesinos y campesinas la destrucción del bosque para sembrar caña?
2. Dibuje los dos paisajes descritos en la novela: a) El bosque virgen, sus caminos, ríos y cultivos variados; b) las colonias, cañaverales y bateyes.
3. Analice esta frase: “Cuando se ha nacido a la vera de un monte no se puede vivir sin él” (pág. 11).

Relaciones sociales y expoliación de los campesinos (la “mensura”).

4. ¿Por qué Don José Contreras no quería más tierras de las que tenía, “ni regaladas”?
5. ¿Cómo perdió Don José Contreras sus tierras?
6. ¿Qué son “tierras comuneras”?
7. ¿Por qué Don José Contreras llegó a sentir odio por los abogados y la Justicia?
8. ¿Cómo y por qué los campesinos se fueron quedando sin tierra?
9. ¿Cuál fue el procedimiento que siguieron la Compañía Nacional de Inversiones y el agrimensor para apropiarse de las tierras de los campesinos?
10. ¿En qué consistía la “mensura” y por qué arruinó a los campesinos?

Vida en la colonia cañera

11. ¿Qué significa el *tiempo muerto* para el batey?
12. Describa la importancia y el papel de los bueyes en las labores cañeras.
13. ¿Por qué a los trabajadores les entregaban “vales”? ¿Qué función tenían los “vales”?
14. ¿Cuáles ocupaciones y funciones sociales desempeñaban las mujeres en los bateyes y colonias cañeras?
15. ¿Cuáles extranjeros llegan a la colonia cañera a trabajar?
16. ¿Cuáles idiomas se escuchan en la colonia?
17. ¿Qué son los barracones? ¿Quiénes viven en ellos?
18. ¿Quiénes son *los cocolos*?
19. ¿Quiénes eran y qué papel desempeñaban *los árabes*?

Prejuicios culturales y raciales

20. Averigua en qué tiempo se desarrolla la novela. ¿Qué pasaba en el país entonces?
21. ¿Qué pensaban los campesinos del blanco extranjero?
22. ¿Cuáles prejuicios se destacan entre los propietarios y administradores de las colonias cañeras hacia los trabajadores nativos?
23. ¿Qué pensaba mister Moore de los dominicanos?
24. ¿Cómo eran las relaciones entre dominicanos, haitianos, cocolos y árabes?

Novela y sociedad actual

Expresa con tus propias palabras lo que encontraste en la novela aplicable para comprender nuestra cultura y realidad actual.

(Sugerencia a profesoras y profesores: asignar sólo un bloque de preguntas a un grupo reducido de estudiantes, a fin de que puedan profundizar en sus respuestas).



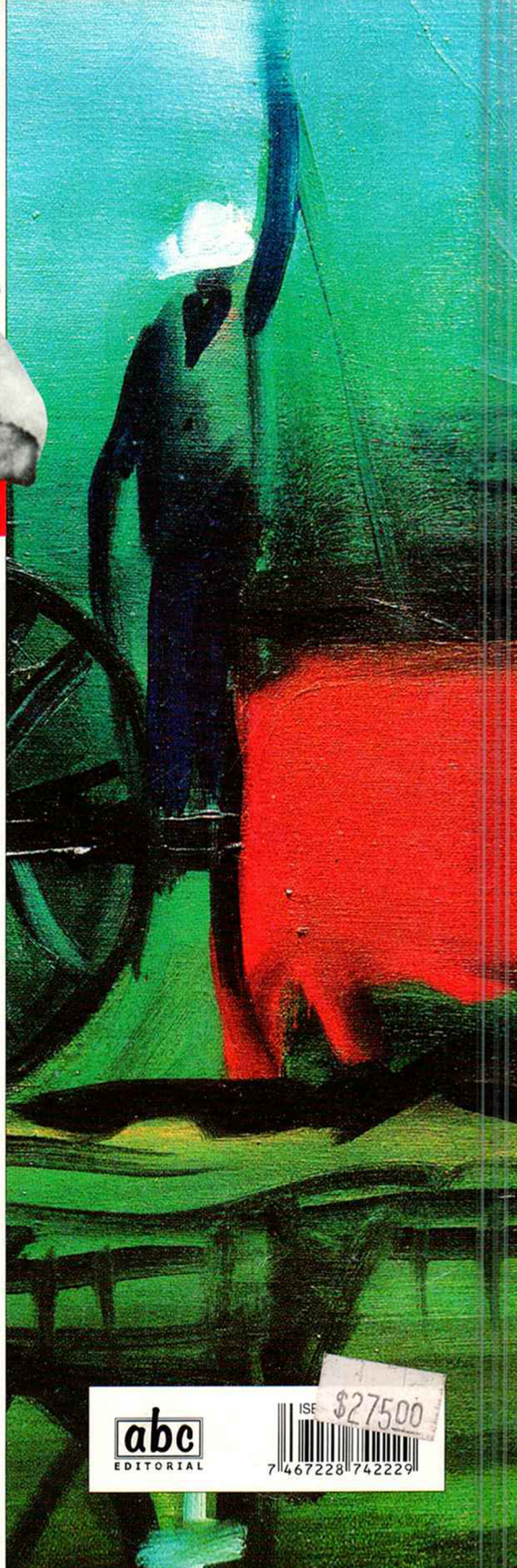
FRANCISCO MOSCOSO PUELLO

Médico y escritor. Nació en Santo Domingo en el año 1885. Se graduó de Licenciado en Medicina en el Instituto Profesional en el año 1910.

Enseñó en la Universidad de Santo Domingo. Fue director del hospital San Antonio de San Pedro de Macorís y del Padre Billini de Santo Domingo.

Se destacó como escritor de temas sociales. Escribió la novela *Cañas y bueyes* en la cual narra con destreza el control económico de los ingenios azucareros en el Este; y un libro de memorias titulado *Navarajo*. Su obra *Cartas a Evelina* (Editora Cole, 2000) es una interpretación sociológica de la realidad dominicana.

Murió en su ciudad natal en el año 1959.



abc
EDITORIAL

ISE \$27500
7 467228 742229